

secretos para contar

Cuentos y pasatiempos

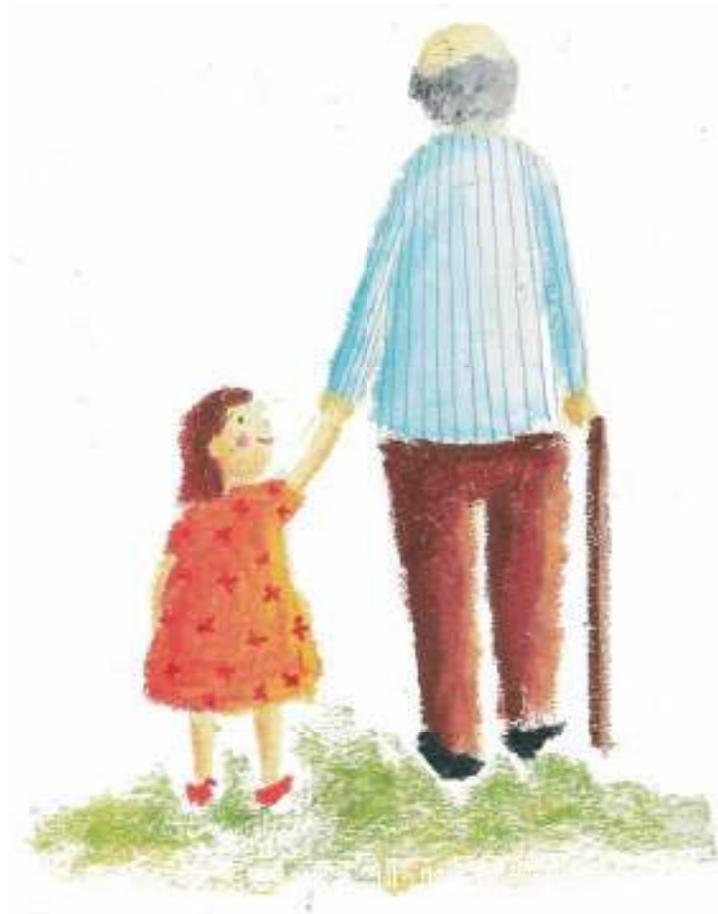
Compilado por Tita Maya



secretos para contar

Cuentos y pasatiempos

Compilado por Tita Maya



Ilustraciones de Carolina Bernal

FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

Directora General: Tita Maya

Presidenta Consejo de Administración: Lina Mejía Correa

Directora administrativa: Isabel Cristina Castellanos A.

Directora instalación: Natalia Olano Velásquez

Coordinación de Talleres: Sebastián Castro P. - Javier Burgos M.

Consejo de Administración: Juan Guillermo Jaramillo C., Beatriz Restrepo G., Carlos Alberto Uribe M., Jorge Mario Ángel A., Manuel Santiago Mejía C., Gloria Inés Palomino L., Olga Clemencia Villegas, Martha Luz Botero R., Luis Alberto Gómez R., Margarita Inés Restrepo C.

Asesoría: Beatriz Restrepo Gallego.

Gracias a los aportes de:

Acción Social - Programa Red de Seguridad Alimentaria RESA, Agenciaauto S.A., Alcaldía de Medellín - Secretaría de Cultura Ciudadana - Secretaría de Educación, Antioqueña de Negocios Ltda., Arquitectos e Ingenieros S.A. - AIA, Augura, Banco Agrario de Colombia, Bimbo de Colombia S.A., Boulevard Mayorca, C.I. Cultivos Miramonte S.A., C.I. Hermeco S.A., Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, Cervecería Unión S.A., Coca-Cola Servicios de Colombia, Colinversiones, Colombiana de Comercio S.A., Comfama, Comfenalco Antioquia, Compañía de Empaques S.A., Coninsa Ramón H. S.A., Contegral Medellín S.A., Coordinadora Mercantil S.A., Corantioquia, Corbanacol, Cornare, Corpoayapel, Corporación Banco de Bogotá para el fomento de la educación, DeLima Marsh, Developing Minds Foundation, Inc., Distrihogar S.A., Ecopetrol, Edatel S.A. E.S.P., Electrolux de Colombia S.A., Emilio Restrepo Ángel, Emisora Cultural Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Estudio de Moda S.A., Exxon Mobil de Colombia, Fábrica de Calcetines Crystal S.A., Fabricato - Tejicóndor S.A., Federación Nacional de Cafeteros - Comité Departamental de Antioquia, Fernando Vélez Escobar, Fundación Argos, Fundación Amigos de Camilo C. y Jonás, Fundación Bancolombia, Fundación Colombia, Fundación Éxito, Fundación Fraternidad Medellín, Fundación Grupo Nacional de Chocolates, Fundación Oleoductos de Colombia, Fundación Pinar del Río, Fundación Probán, Fundación Saldarriaga Concha, Fundación Sofía Pérez de Soto, Fundación Suramericana, Fundaunibán, Give to Colombia - Mc Millan Foundation, Gobernación de Antioquia - Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia, IDEA, Imusa S.A., Indupalma S.A., Industrias El Cid, Industrias Haceb S.A., Interconexión Eléctrica S.A. - ISA, Inversiones Forestales La Cabaña, Isagen, Johnson & Johnson de Colombia, Jorge Agudelo Restrepo, Londoño Gómez S.A., María Luz Ospina Villa, Merilétrica S.A., Mineros S.A., Nestlé de Colombia, Orbitel, Panasonic, Philip Morris Colombia S.A., Prebel S.A., Procter & Gamble Industrial Colombia, Productos Familia - Sancela, Protección S.A., RCN Radio, Samsung Electronics, Setas Colombianas, Sofasa S.A., Solla S.A., Spot S.A., Tablemac S.A., Tahamí Cultiflores S.A. C.I., Todelar - Transmisora Surandes, Warner Lambert y a otras entidades, fundaciones y personas que han ayudado de manera silenciosa.

CUENTOS Y PASATIEMPOS

Compilación: Tita Maya

Edición: Lina Mejía Correa - Tita Maya. Fundación Secretos para contar

Asesoría: Beatriz Restrepo Gallego

Diseño gráfico, ilustraciones y montaje: Carolina Bernal Camargo

Instalación de tejido: Susana Mejía ("Marcando el tiempo")

Ilustraciones técnicas: Martín López

Introducción y corrección de estilo: Alberto Quiroga

Agradecemos a: Juan Guillermo Jaramillo, Irene Vasco, Juan David Aguilar B., Adriana Rendón, Olga Osorio, María Adelaida Restrepo, Ana María Medrano, Sebastián Castro, Luz Stella Molina, Biblioteca Pública Piloto, Emisora Universidad de Antioquia, RCN Radio, Diócesis de Santa Rosa de Osos, Todelar - Emisora Transmisora Surandes.

Primera edición: 100.000 ejemplares, febrero 2007

Segunda edición: 52.500 ejemplares, febrero 2007

Tercera edición: 50.000 ejemplares, marzo 2008

Cuarta edición: 50.000 ejemplares, septiembre de 2008

Secretos para contar ISBN 978-958-33-8473-8

Planeta Vivo ISBN 978-958-44-0123-6

Impreso en Colombia por Spot S.A.- Quebecor World Bogotá S.A.

® Todos los derechos reservados

FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

fundasecretos@une.net.co /www.secretosparacontar.org

Teléfono 57 (4) 266 41 63

Medellín - Colombia



“Recordar es pasar de nuevo las cosas con el corazón”

Recordamos la casa y los olores de la infancia
la profesora bonita y los amigos del recreo.
Recordamos las fiestas, los paseos,
la señora de la esquina,
el primo, el amigo,
el gato del vecino.

Recordamos los abuelos, la visita de parientes
en cada navidad y los primeros amores.

Además recordamos, con especial afecto
a los que, aunque se hayan ido,
permanecen con nosotros
en el corazón.

Va al principio y al final el príncipe principal

Contenido de cuentos



13. La demanda - Santiago Vélez Escobar
14. Palabras - Nicolás Buenaventura
15. Estrellitas y duendes - Anónimo
16. Sapo enamorado - Max Velthuijs
18. El par de zapatos - Pierre Gripari
22. El encuentro - Cuento de la dinastía T'ang
24. El conde Olinos - Romance tradicional español
25. Matrimonio de gatos - Carlos Castro Saavedra
30. Seledumbres - Manuel Mejía Vallejo
31. El cartero enamorado (fragmento) - Clarisa Ruiz
34. Carta a Clara Aparicio - Juan Rulfo
35. Vive para mí - De Simón Bolívar a Manuelita



39. El petirrojo y su pareja - Anónimo
40. Matrioska - Cuento popular ruso
42. El ángel de los niños - Anónimo
43. Siempre te querré - Debi Gliori
46. Receta para dormir - Yolanda Reyes
46. Canción de cuna - Juana de Ibarborou.
47. Chigüiro se va - Ivar da coll
51. Parábola - Antonio Machado
52. El niño abandonado - León Tolstoi
53. Qué es un Muchacho - Bert Wheeler
54. La pajarita de papel - Fernando Alonso
56. El Poder de la infancia - León Tolstoi
58. La madre que quería pensar en todo - Ursula Wölfel.
59. Vista al mar - Eduardo Galeano



63. Esos ojitos que te miran - Edgar Guest
64. Por el alto río - Nicolás Guillén
65. Del tamaño de un hermano - Marina Colasanti
68. Nudos - Anónimo
72. El oso diferente - Daniel Nesquens
74. El joven cangrejo - Gianni Rodari
76. Los tres cerditos - Cuento Popular Ingles
77. Tres cochinitos - Popular española
80. Trompo - Rubén Darío Lotero.
81. Barrilete - Rubén Darío Otálvaro
82. La herencia del rey - Anónimo
83. Amor fraternal - Anónimo



- 87. Recuerdos del abuelo
- 88. Conversaciones con el abuelo - Irene Vasco
- 89. De otra manera - Antonio Orlando Rodríguez
- 89. La abuelita - Tomás Allende Irigorri
- 90. Ronda del pinar - David Cherician
- 91. La abuela tejedora - Uri Orlev.
- 94. Los ojos de mamá - Lionel Koechlin
- 100. El árbol de manzanas - Anónimo
- 102. Vasija vieja - Cuentos del Talmud
- 103. Los abuelos - Jairo Ojeda
- 106. Pasatiempos - Mario Benedetti
- 107. Sé todos los cuentos - León Felipe



- 111. Un amigo - Leif Kristiansson
- 112. Un amigo fiel - Anónimo
- 114. El Búho y la Luna - Arnold Lobel
- 116. Androcles y el león - Anónimo
- 118. La amistad de Damón y Pitias - Anónimo
- 120. Solo - Arnold Lobel
- 128. Compañeros - Emilio Abreu Gómez
- 129. Grillito y Cocuyo - Raúl Sánchez Acosta



- 133. Mi vecina está enamorada - Regis Lejenc
- 134. Vive como creas que es mejor - Tradicional
- 135. Las ventanas de oro - Anónimo
- 138. La idea que da vueltas - Gabriel García Márquez
- 140. Un drama en el corral - Victor Eduardo Caro
- 144. Una anciana terca - Anónimo
- 145. ¡Ay, señora, mi vecina! - Nicolás Guillén
- 152. Acertijo del tiempo - Michael Ende
- 153. Tiempo sin tiempo - Mario Benedetti

- 154. Repuesta de acertijos
- 155. Biografías





Los hilos de la vida

La vida de cada uno es como una madeja de hilos que se desenvuelven, que se entretrejen con los hilos de otras vidas para formar nuevos y diversos y maravillosos tejidos.

Cada nueva relación que tejemos está anudada por muchos hilos, y la fortaleza y la belleza de ese tejido depende de los hilos que utilizemos.

Con hilos de tolerancia y respeto formamos un tejido solidario que nos permite construir alrededor un mundo que viva en armonía y en donde haya justicia.

Con hilos de confianza y apoyo se teje una red de compromisos que nos une de manera estrecha y firme a los amigos.

Con hilos de ternura y comprensión hacemos un tejido suave y amable que nos protege, con la calidez del afecto de las personas que más queremos.

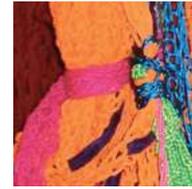
Con hilos de pasión y deseo se trenza ese tejido único y maravilloso que nos permite compartir momentos con alguien más allá de nuestros sueños.

Así, cada hilo le va dando un valor y una riqueza única y especial a cada puntada que hacemos para tejer nuestra red de vínculos y relaciones.

Así vamos por la vida, siguiendo los hilos de nuestros destinos, tejiendo y destejiendo, solos y acompañados, amando y siendo amados.

Finos hilos para diversos nudos:

La Pareja trenzará hilos de amor, de generosidad y de gozo de estar juntos. Puntada tras puntada coincidirán los sueños y los deseos comunes, el perdón y la comprensión.



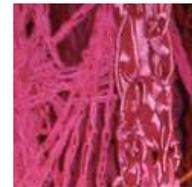
Padres e hijos usarán hilos de respeto, cariño y reciprocidad. Estos hilos son fuertes y duraderos y aguantan una de las más grandes responsabilidades que tenemos en la vida.



Hay hilos que están hechos del mismo material de nuestra sangre, hilos fraternales que tienen la devoción de la hermandad, la resistencia del apoyo mutuo, y la delicadeza de la cooperación.



La sabiduría de los viejos forma hilos que se alargan a través de las generaciones y forman un tejido que abarca un tiempo tan grande como el de los siglos. Los hilos que nos unen a los abuelos tienen la nobleza del respeto, de la compasión y de la humildad; así como los hilos que descienden hasta nuestros nietos.

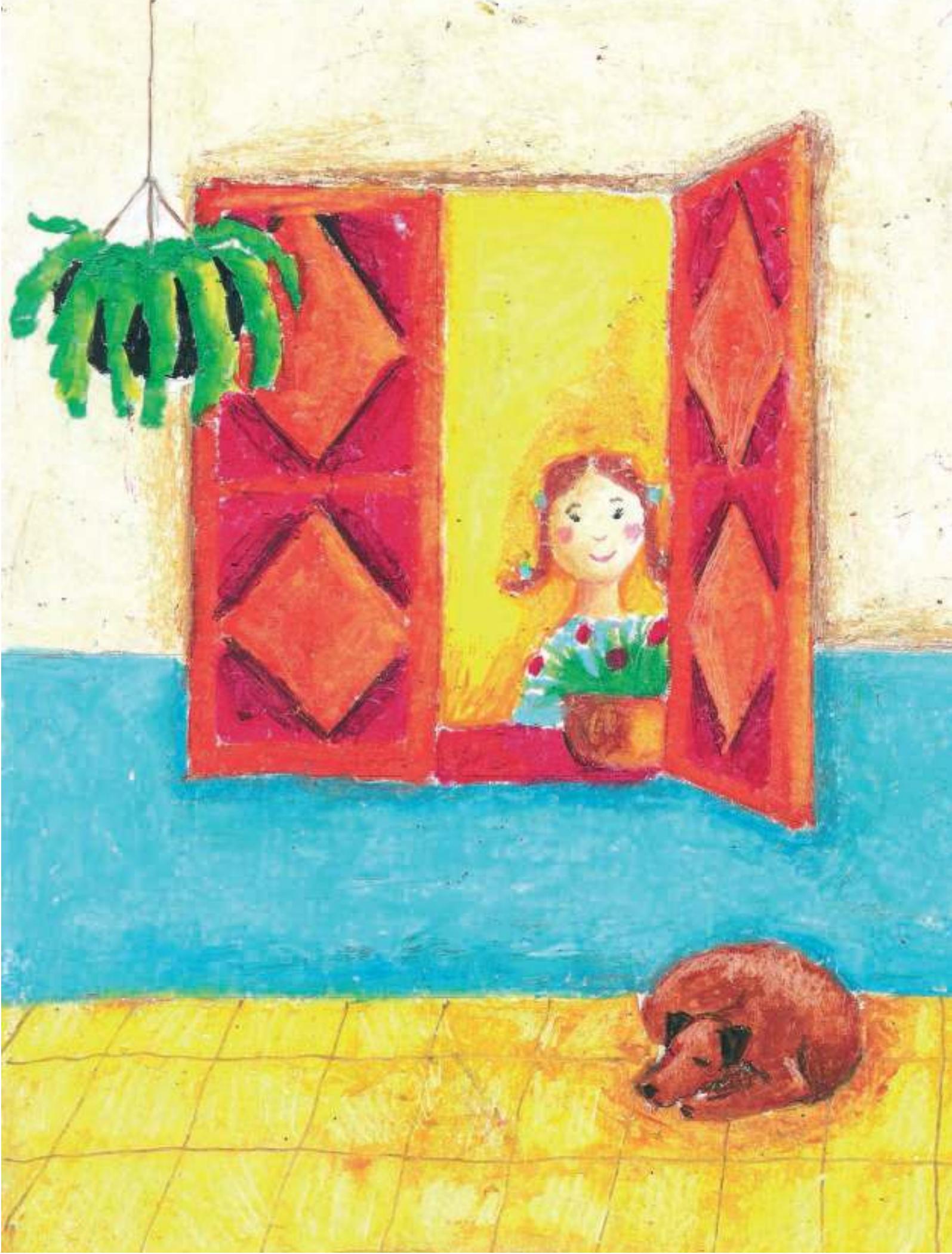


Los hilos misteriosos del cariño y del afecto se buscan entre sí en medio del mar de la vida y se encuentran para formar la amistad, ese tejido que resiste duras pruebas. Hay muchos hilos que atan la amistad y los mejores son la confianza, la delicadeza y la complicidad.



Hay tejidos que se forman porque convivimos con otros en el mismo espacio del campo o de la ciudad. Los hilos que nos unen a ellos tienen la fortaleza de la prudencia y entrelazados vienen con ella la solidaridad, el respeto y el apoyo que siempre da una mano amiga en caso de necesidad.





El rancho campestre

Salvo Ruiz

Es de urgente precisión,
en el rancho de un campestre,
un banco en el corredor
a falta de un taburete.

Una tinaja con agua
y un par de totumas secas,
un hacha y un azadón
y un guasco tras la puerta.

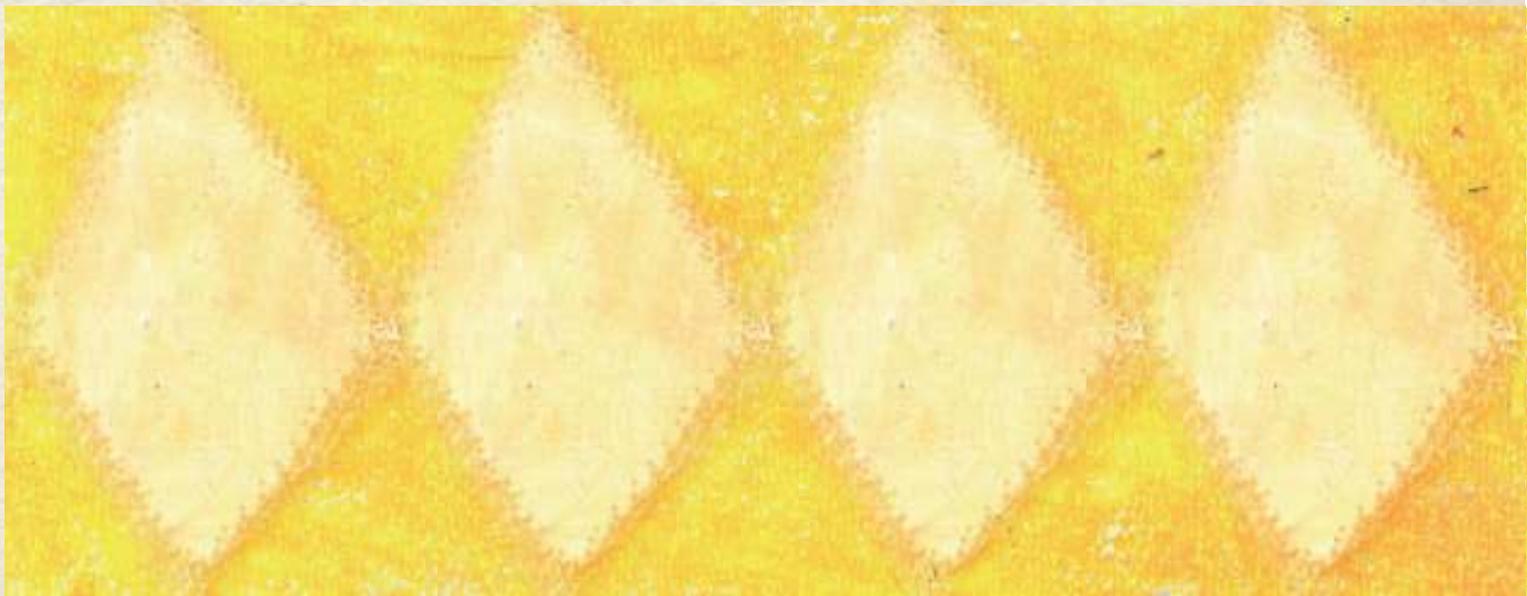
Un rosario y dos santicos
en un tablón de madera,
un almanaque en la puerta,
un zarzo y una escalera.

Una muchacha bonita,
pero que no sea coqueta,
y en un garabato doble,
un tiple y una escopeta.

Una piedra y un pilón
y un canasto revueltero,
una gallina con pollos
y un muchacho mandadero.

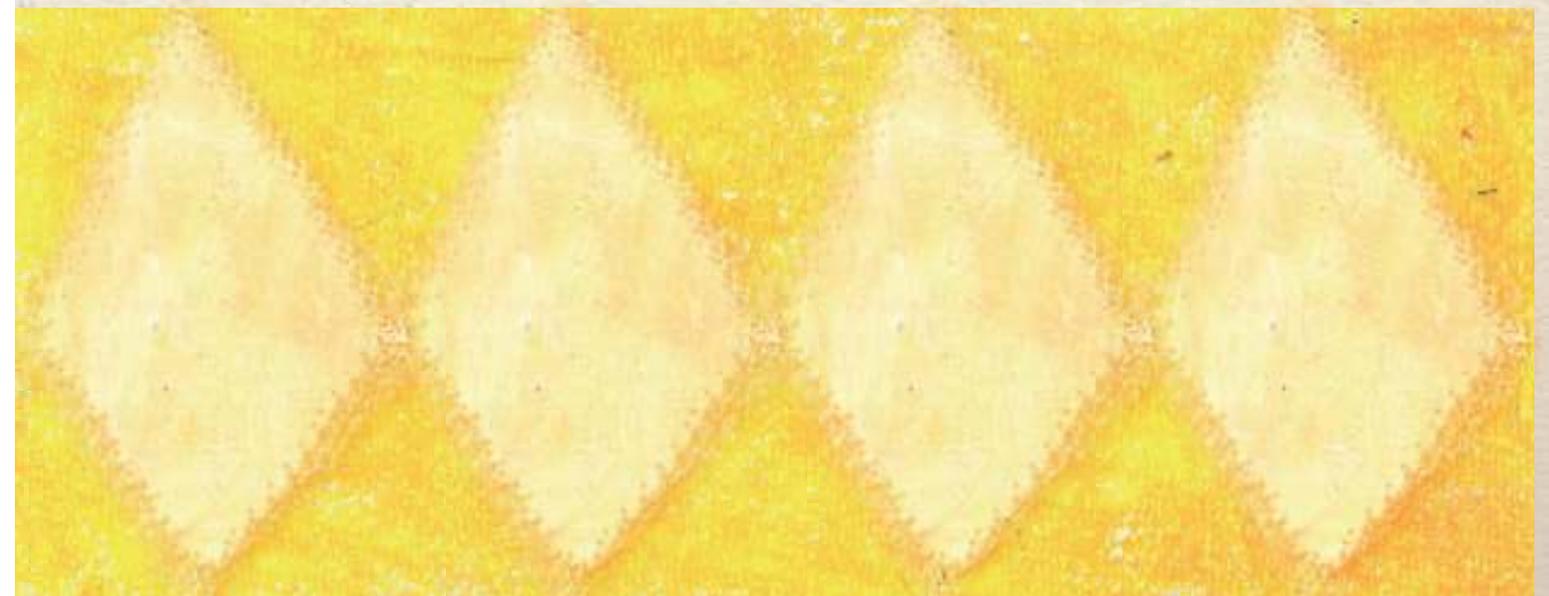
Un perro criollo que lata
y un gallo fino que cante,
una vieja pa' que gruña
y un viejo que se lamente.







“El amor es el encuentro de dos mundos”





Ajuste simple

Este nudo sirve para unir dos cuerdas con mucha firmeza, ya sean del mismo o de diferente grosor.

La demanda

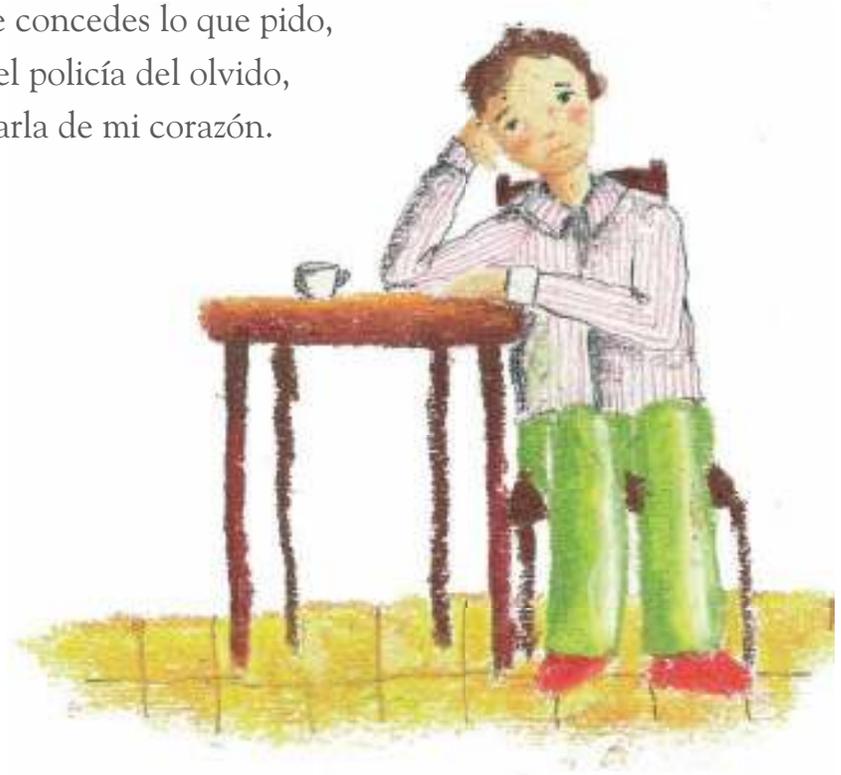
Santiago Vélez Escobar

Hace un año, Señor, estoy queriendo
con todo el corazón a una mujer.
Hace un año que en él está viviendo
y no quiere pagarme el alquiler.

A la ingrata le di mil ilusiones
y en pago de su amor se lo alquilé.
La cuenta me negó en mil ocasiones
hasta que hoy ante Ti la demandé.

Tú que eres juez, justísimo y severo,
haz que me quiera como yo la quiero,
pues pierdo la paciencia y la razón.

Y si no me concedes lo que pido,
préstame el policía del olvido,
para arrojarla de mi corazón.





Mitos de la creación

Palabras

Nicolás Buenaventura

En un tiempo no había nada. Tan sólo el vacío, un vacío insensible y ciego.

Al vacío insensible y ciego le gustaba pensar de vez en cuando, sólo de vez en cuando. Y cada vez que pensaba, los pensamientos se quedaban suspendidos, flotando en el vacío. Y se fueron sumando, los pensamientos, y se conocieron en el vacío. Y se pusieron a jugar. Jugando, jugando, fueron creando nuevos pensamientos.

Al vacío comenzaron a nacerle como turupas, como jorobas... y esas jorobas estallaron y formaron palabras, porque el vacío era insensible y ciego, pero no mudo.

Las palabras rápidamente se levantaron y comenzaron a distinguirse: unas se volvieron árboles, enredaderas, arbustos y florecitas. Otras se hicieron agua, y hubo las que se pusieron a nadar y se volvieron peces y las que se sentaron a descansar y se convirtieron en piedra. Las palabras “aire voladoras” se hicieron pájaro.

Hasta que las palabras, aburridas de nombrar, decidieron ser nombradas: dijeron mujer, dijeron hombre, y las palabras “Mujer” y “Hombre” caminaron, se encontraron, se nombraron y se amaron. Le pusieron nombre a las palabras. Apareció la palabra “Casa” y la mujer y el hombre la habitaron. Se dijo “Mesa” y hubo dónde sentarse a comer. Con la palabra “Palabra”, apareció la primera herramienta, y sentados alrededor de la palabra “Fuego”, la mujer y el hombre se contaron las primeras historias.



Estrellitas y duendes

Anónimo

En el país de los cuentos, había una vez un pequeño duende muy travieso que siempre andaba riendo y saltando de un lado para otro.

Vivía en una casita toda rodeada de montañas. A su lado, un pequeño río discurría plácidamente por la falda de la ladera describiendo un paisaje difícil de imaginar.

Lo que más gustaba al duendecillo era ver cómo cada mañana, con los primeros rayos de sol, todas las flores de su jardín iban abriendo, una por una, sus pétalos.

Uno de aquellos días, como muchos otros, salió a pasear a la montaña, y caminando entre las rocas, encontró una flor preciosa. Nunca había visto otra de igual belleza. Le había cautivado tanto, que pasó toda la tarde mirándola. Era maravilloso verla cuando se contoneaba, cada vez que el viento acariciaba sus hojas.

Al día siguiente y al siguiente y al otro, volvió para estar a su lado y mirarla.

Un día nuestro duendecillo vio cómo de una de sus hojas caía una pequeña lágrima. No entendía cómo la flor más maravillosa del mundo podía estar triste. Se acercó a ella y le preguntó:

—“¿Por que lloras?” —Y contestó la flor: “Me siento triste aquí entre las rocas, sin nadie que me mire, salvo tú. Me gustaría vivir en un jardín como el tuyo y ser una más de entre las flores. Además, te concederé el deseo que más quieras si me llevas allí”. El pequeño duende la tomó entre sus manos y, con todo el cariño del mundo la plantó en el lugar más bonito de su jardín.

Una vez cumplido el deseo, la flor le dijo al duendecillo:

“Y bien, ahora que me has llenado de felicidad al traerme aquí, ¿qué es lo que más deseas en este mundo?”

Y el duendecillo la miró fijamente y contestó:

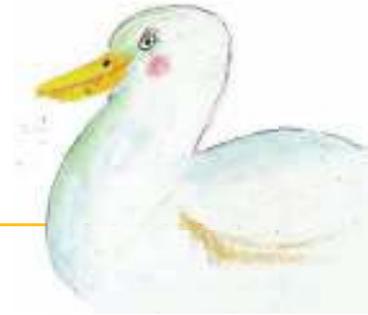
“Quiero ser flor como tú, para sentirme por siempre a tu lado”.





Sapo enamorado

Max Velthuijs



Sapo estaba sentado a la orilla del río. Se sentía raro. No sabía si estaba feliz o triste, había pasado toda la semana con la cabeza en las nubes. ¿Qué sería lo que le pasaba? Entonces se encontró con Cochinito.

—Hola Sapo —dijo Cochinito—. No te ves bien. ¿Qué tienes?

—No sé —dijo Sapo—. Tengo ganas de llorar y de reír al mismo tiempo. Hay algo que hace Tunk tunk dentro de mí, aquí.

—Quizá tienes gripe —dijo Cochinito—. Mejor te vas a acostar. Sapo siguió su camino. Estaba muy preocupado.

Entonces pasó por la casa de Liebre.

—Liebre —dijo—, no me siento bien.

—Pasa y siéntate —dijo Liebre amablemente—. Ahora cuéntame, ¿qué te pasa?

—A veces tengo calor y a veces tengo frío— dijo Sapo. Y hay algo que hace Tunk tunk dentro de mí, aquí. Y se puso la mano sobre el pecho.

Liebre pensó profundamente, como un doctor de verdad. —Ya veo —dijo— es tu corazón. El mío hace tunk tunk también.

—Pero el mío algunas veces hace tunk tunk más rápido de lo normal —dijo Sapo.

—Liebre sacó de su biblioteca un enorme libro y pasó las páginas. —¡Aja!— dijo —Oye esto. Latidos acelerados, sudores fríos y calientes...¡Estás enamorado!

—¿Enamorado? —preguntó Sapo sorprendido—. ¡Guau! ¿Estoy enamorado?

Y se puso tan contento, que de un salto salió de la casa y brincó hasta el cielo.

Cochinito se asustó cuando vio a Sapo caer del cielo.

—Parece que estas mejor —dijo Cochinito

—Estoy mejor. Me siento muy bien —dijo Sapo. Estoy enamorado.

—¡Qué buena noticia! ¿Y de quién estás enamorado? —preguntó Cochinito.

Sapo no había pensado en eso.

—Ah, ¡ya sé! —dijo— Estoy enamorado de la linda y encantadora Pata blanca.

—No puedes —dijo Cochinito—. Un sapo no puede enamorarse de una pata. Tú eres verde y ella es blanca.

Pero Sapo no se preocupó por eso. Sapo no sabía escribir, pero podía pintar.

Cuando regresó a su casa, hizo un hermoso dibujo, con rojo, azul y mucho verde su color favorito. En la tarde, al oscurecer, salió con su dibujo y llegó hasta la casa de Pata. Metió el dibujo debajo de la puerta. Su corazón palpitaba de la emoción. Pata se sorprendió mucho cuando encontró el dibujo.

—¿Quién me habrá mandado este dibujo tan bello? —preguntó emocionada, y lo colgó en la pared.

Al día siguiente, Sapo recogió muchas flores silvestres. Se las quería dar a Pata. Pero cuando llegó a la casa de Pata, le faltó valor. Dejó las flores frente a la puerta y salió corriendo. Hizo lo mismo, día tras día. Sapo no encontraba el coraje para hablarle a ella.

Pata estaba encantada con todos sus regalos. Pero, ¿quién se los estaría mandando? ¡Pobre Sapo! —ya no disfrutaba su comida, ya no podía dormir. Así siguieron las cosas, semana tras semana.

¿Cómo podía mostrarle a Pata que la quería? —Tengo que hacer algo que nadie más pueda hacer —decidió—. ¡Romperé el récord mundial de salto alto! Mi Pata querida estará muy sorprendida, y entonces me amará también. Sapo empezó a entrenarse de inmediato. Practicó el salto día tras día. Saltó más y más alto, hasta que llegó a las nubes. Ningún otro sapo en el mundo había logrado jamás saltar tan alto.

¿Qué le pasará a Sapo? —preguntó Pata preocupada— Saltar así es peligroso. Puede hacerse daño.

Ella tenía razón.

Trece minutos después de las dos, un viernes en la tarde, algo pasó. Sapo estaba dando el salto más alto de la historia, cuando perdió el equilibrio y cayó a tierra. Pata, que pasaba justo en ese momento, lo vio y fue corriendo a ayudarlo; Sapo casi no podía caminar. Pata lo ayudó con mucho cuidado, y lo acompañó a su casa. Lo cuidó tiernamente.

—¡Ay, Sapo! Te has podido matar —dijo—. Tienes que ser más cuidadoso. ¡Me gustas tanto! Finalmente Sapo se armó de valor.

—Tú también me gustas mucho, querida Pata— tartamudeó—. Su corazón hacía tunk, tunk más rápido que nunca, y su cara se puso verde, muy verde.

Desde entonces, un sapo verde y una pata blanca se han amado tiernamente.





El par de zapatos

Pierre Gripari

Había una vez un par de zapatos que estaban casados. El zapato derecho, que era el señor, se llamaba Nicolás, y el zapato izquierdo, que era la señora, se llamaba Tina.

Vivían en una bonita casa de cartón, donde estaban envueltos en papel de seda. Se sentían allí totalmente felices y esperaban que sería para siempre.

Pero he aquí que una hermosa mañana una vendedora los sacó de su caja para probarlos a una señora. La señora se los puso, dio algunos pasos con ellos, y después, viendo que le servían, dijo:

—Los compro. —¿Se los envuelvo?— preguntó la vendedora.

—No hace falta, dijo la señora, me los llevo puestos. Pagó y salió con los zapatos nuevos puestos.

Así resultó que Nicolás y Tina anduvieron todo un día sin verse el uno al otro. Sólo por la tarde se volvieron a encontrar en un armario oscuro, empotrado en la pared.

—¿Eres tú, Tina? —Sí, soy yo, Nicolás.

—¡Ah, que suerte! ¡Te creía perdida! —Yo también. Pero ¿dónde estabas?

—¿Yo?, yo estaba en el pie derecho. —Y yo, en el pie izquierdo.

—Ahora lo comprendo, dijo Nicolás.

Todas las veces que tú estabas delante, yo estaba detrás, y cuando tú estabas detrás, yo estaba delante. Por eso no nos podíamos ver —¿Y esta vida va a repetirse todos los días? —Preguntó Tina —¡Me temo que sí!

—Pero ¡es horrible! ¡Estar todo el día sin verte!, mi pequeño Nicolás. ¡Jamás podré acostumbrarme!

—Escucha —dijo Nicolás—, tengo una idea. Como yo estoy siempre a la derecha y tú siempre a la izquierda, pues bien, cada vez que yo avance me inclinaré al mismo tiempo un poquito hacia tu lado. Así nos saludaremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Así lo hizo Nicolás; de manera que durante todo el día siguiente, la señora que llevaba los zapatos no podía dar tres pasos sin que su pie derecho se enganchará en

su talón izquierdo, y ¡plaf!, todas las veces se caía al suelo.

Muy inquieta, fue ese mismísimo día a consultar a un médico.

—Doctor, no sé qué me pasa. ¡Me pongo zancadillas a mí misma!

—¿Zancadillas a usted misma?

—¡Sí, doctor! Casi a cada paso que doy, mi pie derecho se engancha en mi talón izquierdo y me caigo!

—Es muy grave —dijo el doctor—. Si esto continúa, habrá que cortarle a usted el pie derecho.

La misma tarde en el armario, Tina preguntó a Nicolás:

—¿Has oído lo que ha dicho el doctor?

—Sí, lo he oído.

—¡Es horrible! Si le cortan el pie derecho a la señora, te tirarán, y nos separaremos para siempre! ¡Hay que hacer algo! —Sí, pero ¿qué?

—Escucha, tengo una idea: como yo estoy a la izquierda, ¡seré yo mañana la que haga un pequeño movimiento hacia la derecha cada vez que avance! ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Así lo hizo, de manera que a lo largo del segundo día fue el pie izquierdo el que se enganchaba en el talón derecho, y ¡plaf!, la pobre señora volvía a caerse al suelo. Cada vez más inquieta, volvió a casa de su médico.



—Doctor, ¡esto va de mal en peor! ¡Ahora es mi pie izquierdo el que se engancha en mi talón derecho!

—Es cada vez más grave —dijo el doctor—. Si esto continúa, ¡habrá que cortarle a usted los dos pies!

Esa misma tarde, Nicolás preguntó a Tina:

—¿Has oído? —He oído.

—Si le cortan los dos pies a la señora, ¿qué será de nosotros?

—¡No me atrevo ni a pensarlo!

—Y, sin embargo, ¡yo te quiero, Tina!

—Yo también, Nicolás.

—¡Yo no quiero separarme nunca de ti!

—Yo tampoco quiero separarme.

Hablaban así en la oscuridad, sin darse cuenta de que la señora que los había comprado se paseaba por el pasillo en zapatillas, porque las palabras del médico no la dejaban dormir. Al pasar por delante de la puerta del armario, oyó toda esta conversación y se enteró de todo.

—Así que es eso, pensó. No es que yo esté mala, es que mis zapatos ¡están enamorados! ¡Qué conmovedor!

Entonces le dijo a su asistenta:

—¿Ve usted este par de zapatos? No me los volveré a poner, pero, de todos modos, quiero guardarlos. Así que deles betún, cuídelos bien, que estén siempre brillantes, y sobre todo no los separe nunca el uno del otro.

Cuando se quedó sola su asistenta, se dijo:

—La señora está loca, ¡guardar estos zapatos sin ponérselos! Dentro de quince días, cuando se le haya olvidado, ¡me los pondré!

Quince días más tarde, se los puso. Pero en cuanto los tuvo puestos, también ella empezó a ponerse zancadillas. Una tarde en la escalera, cuando bajaba la basura, Nicolás y Tina quisieron abrazarse y ¡cataplum! ¡bing! ¡bang!, la asistenta se encontró sentada en un descansillo, la cabeza llena de desperdicios y una monda de patata que colgaba en espiral sobre su frente.

—Estos zapatos están embrujados —pensó—. No me los volveré a poner. ¡Voy a dárselos a mi sobrina, que es coja!

Así lo hizo. La sobrina que en efecto, era coja, se pasaba casi todo el día sentada en una silla; cuando por casualidad andaba, lo hacía tan lentamente, que no podía enredarse los pies. Y los zapatos eran felices, pues incluso durante el día estaban la mayor parte del tiempo uno al lado del otro. Esto duró mucho.

Como la sobrina era coja, desgastaba un lado más de prisa que el otro.

Un día, Tina le dijo a Nicolás:

—Noto que mi suela se vuelve fina, fina ¡Voy a tener pronto un agujero!

—No hagas eso, dijo Nicolás. ¡Si nos tiran, volveremos a estar separados!

—Ya lo sé, dijo Tina, pero ¿qué hago? No puedo evitar hacerme vieja.

Y, en efecto, ocho días más tarde, su suela tenía un agujero. La coja se compró zapatos nuevos, y tiró a Nicolás y a Tina al cubo de la basura.

—¿Qué va a ser de nosotros? —preguntó Nicolás.

—No sé —dijo Tina—. ¡Si solamente pudiera estar segura de no separarme nunca de ti!

—Acércate —dijo Nicolás— ata mi cordón con el tuyo. De esta manera, no nos separarán.

Así lo hicieron. Juntos los tiraron a la basura, juntos fueron llevados por el camión de los basureros y abandonados en un campo. Allí estuvieron hasta el día en que un niño y una niña los encontraron.

—¡Andá!, ¡mira esos zapatos! ¡Están cogidos del brazo!

—Es que están casados —dijo la niña.

—Bien —dijo el niño—, puesto que están casados, ¡van a hacer su viaje de novios!

El niño cogió los zapatos, los clavó uno al lado del otro en una tabla, después llevó la tabla al borde del agua y la dejó ir con la corriente hacia el mar. Mientras se alejaban, la niña agitaba su pañuelo gritando:

—Adiós, zapatos, ¡y buen viaje!

Fue así como Nicolás y Tina, que no esperaban ya nada más de la vida, tuvieron por lo menos un bello viaje de novios.



Adivina, adivinador. ¿Qué cosa es que cosa que si te acuestas, nos paramos; si te paras, nos acostamos?



El encuentro

Cuento de la dinastía T'ang

Chien, la hija del señor Yi, tenía un primo llamado Wang Chu, que era un joven inteligente y bien parecido. Se habían criado juntos y, como el señor Yi quería mucho al joven, dijo que lo aceptaría como yerno. Ambos oyeron la promesa, y como ella era hija única y siempre estaban juntos, el amor creció día a día. Pasaron los años, y no siendo ya niños, llegaron a tener relaciones íntimas.

Desgraciadamente, el padre era el único en no advertirlo. Un día un joven funcionario le pidió la mano de su hija. El padre, descuidando y olvidando su antigua promesa, consintió el matrimonio de su hija con el nuevo pretendiente. Chien, desgarrada por el amor y por la piedad filial, estuvo a punto de morir de pena, y el joven Wang Chu estaba tan despechado, que resolvió irse del país, para no ver a su novia casada con otro. Inventó un pretexto y comunicó a su tío que tenía que irse a la capital. Como el tío no logró disuadirlo, le dio dinero y regalos y le ofreció una fiesta de despedida. Wang Chu, desesperado, no cesó de cavilar durante la fiesta y pensó que era mejor partir y no perseverar en un amor sin esperanza ninguna.

Se embarcó una tarde y cuando había navegado unas pocas millas, le dijo al marinero que amarrara la embarcación y que descansaran. No pudo conciliar el sueño y hacia la medianoche oyó pasos que se acercaban. Se incorporó y preguntó: “¿Quién anda a estas horas de la noche?” “Soy yo, soy Chien”, fue la respuesta. Sorprendido y feliz, la hizo entrar en la embarcación. Ella le dijo que había esperado ser su mujer, que su padre había sido injusto con él y que no podía resignarse a la separación. También había temido que Wang Chu, solitario y en tierras desconocidas, se viera arrastrado al suicidio. Por eso, había desafiado la reprobación de la gente y la cólera de los padres y había venido para seguirlo a donde fuera. Ambos, muy dichosos, prosiguieron el viaje.

Pasaron cinco años de felicidad y ella le dio dos hijos. Pero no llegaban noticias de la familia y Chien pensaba diariamente en su padre. Ésta era la única nube en su felicidad. Ignoraba si sus padres vivían o no y una noche le confesó a Wang Chu su congoja: como era hija única, se sentía culpable de una grave impiedad filial.

“Tienes un buen corazón de hija y yo estoy contigo”, respondió él. “Cinco años han pasado y ya no estarán enojados con nosotros. Volvamos a casa”. Chien se regocijó y se aprestaron para regresar con los niños.

Cuando la embarcación llegó a la ciudad natal, Wang Chu le dijo a Chien: “No sé en qué estado de ánimo encontraremos a tus padres. Déjame ir solo a averiguarlo”. Al avistar la casa, sintió que el corazón le latía. Wang Chu vio a su suegro, se arrodilló, hizo una reverencia y pidió perdón. El señor Yi lo miró asombrado y le dijo: “¿De qué hablas? Hace cinco años que Chien está en cama y sin conciencia. No se ha levantado una sola vez”.

“No estoy mintiendo”, dijo Wang Chu. “Chien está bien y nos espera a bordo”.

El señor Yi no sabía qué pensar y mandó dos doncellas a ver a su hija. A bordo, la encontraron sentada, bien ataviada y contenta; hasta les mandó cariños a sus padres. Maravilladas, las doncellas volvieron y aumentó la perplejidad del señor Yi. Entretanto, la enferma había oído las noticias y parecía ya libre de su mal y había luz en sus ojos. Se levantó de la cama y se vistió ante el espejo. Sonriendo y sin decir una palabra, se dirigió a la embarcación. La que estaba a bordo iba hacia la casa y se encontraron en la orilla. Se abrazaron y los cuerpos se confundieron, y sólo quedó una Chien, joven y bella como siempre. Sus padres se regocijaron y Wang Chu y Chien vivieron juntos y felices.





El conde Olinos



Romance tradicional español

Madrugaba el Conde Olinos,
mañanita de San Juan,
a dar agua a su caballo
a las orillas del mar.
Mientras el caballo bebe,
canta un hermoso cantar:
las aves que iban volando
se paraban a escuchar;
caminante que camina
detiene su caminar;
navegante que navega
la nave vuelve hacia allá.

Desde la torre más alta,
la reina le oyó cantar:
—Mira, hija, cómo canta
la sirenita del mar.
—No es la sirenita, madre,
que esa no tiene cantar;
es la voz del conde Olinos,
que por mí penando está.
—Si por tus amores pena,
yo le mandaré matar,
que para casar contigo
le falta sangre real.

—¡No le mande matar, madre;
no le mande usted matar,
que si mata al conde Olinos,
juntos nos han de enterrar!
—¡Que lo maten a lanzadas
y su cuerpo echen al mar!
Él murió a la media noche;
ella, a los gallos cantar.
A ella, como hija de reyes,
la entierran en el altar,
y a él, como hijo de condes,
unos pasos más atrás.

De ella nace un rosal blanco;
de él, un espinar albar.
Crece el uno, crece el otro,
los dos se van a juntar.
La reina, llena de envidia,
ambos los mandó cortar;
el galán que los cortaba
no cesaba de llorar.
De ella naciera una garza;
de él, un fuerte gavilán.
Juntos vuelan por el cielo,
juntos vuelan par a par.



Matrimonio de gatos

Carlos Castro Saavedra

Una gata y un gato
se casaron un día
y hubo una fiesta
donde el gato vivía.

Hasta la media noche
llegaron invitados,
con sombreros azules
y vestidos dorados.

Estuvieron presentes
en aquella ocasión,
vecinos y vecinas
de toda la región:

El grillo con la grillo,
el mono con su mona
y el ratón de la esquina
con su hermosa ratona.

Las crestas de los gallos
parecían faroles,
y al pie de los conejos
alumbraban las coles.

Mientras tanto, la gata
y el gato del casorio
se quedaron dormidos
en un reclinatorio.

Y soñaron que iban
por un camino hermoso,
a vivir en un mundo
tranquilo y generoso.

Donde todos los gatos
y todos los ratones
crecían como hermanos
en medio de canciones.



Trabalenguas

Me han dicho que has dicho
que yo he dicho un dicho.
Un dicho que no he dicho yo.
Ese dicho que me han dicho
que has dicho que yo he dicho,
no le he dicho yo.
Y si yo lo hubiera dicho,
estaría muy bien dicho
por haberlo dicho yo.

Tiene el topo
tope y tapa,
todo tipo
de tapón:
parapeto
y escondite
en su recóndito
rincón.

En el río
se baña el rebaño
y yo me río del baño
del rebaño en el río.

No me mires
que miran que nos miramos,
y si miran que nos miramos
dirán que nos amamos.



Si esa gallina no fuera pinta
pipinta pipiripinta,
tampoco sus pollitos serían pintos
pipintos pipiripintos.
O si no fuera pinta
pirrinca piripirranca
rubia y titiblanca,
no criaría los pollitos pintos
pirrincos piripirrancos
rubios y titiblancos.

Una vaca peda meda
pipirigorda, sorda y ciega
criaba hijos pedos medos
pipirigordos, sordos y ciegos.
Si la vaca no fuera peda meda
pipirigorda, sorda y ciega,
no criaba hijos pedos medos
pipirigordos, sordos y ciegos.

Los osos son mochos,
los mozos son ocho
y marchan dichosos
con los ocho mozos
muchos osos mochos.

Corren las patas traseras
detrás de las delanteras.

gikikiugiyuisma
kjda. ewati wtawet r
tñ re nv t qñtqr qot
faiowe aeh ot t´hs
erit ñqet qaweywhf
sytT O4 WT W
ID DJHF terth ie
ñir trta irt riue g rey
oy ri nfgjigse t sri ñt
ñoriut oryñywe y
weywñ yi ñwier yi
weryñoyn to





Pienso y acierto

Los acertijos son misterios para resolver. El juego consiste en proponer un problema para que los otros piensen y encuentren la respuesta.

- ★ El carpintero y su hija, el herrero y su mujer, se comieron nueve huevos y a todos les tocaron de a tres.
- ★ Pensando y pensando me vuelvo loco y no sé qué parentesco me toca con la suegra de la mujer de mi hermano.
- ★ Mirando una foto Juan le pregunta a su padre:
¿Papa, quién es el que está en esta foto?
A lo que su padre le responde:
-No tengo hermanos ni hermanas, pero el hombre que ahí ves es el hijo mi padre.
¿Quién es? Te pregunto yo también.
- ★ ¿Cuál es un invento muy antiguo de la humanidad que permitió que la gente pudiera ver y pasar a través de las paredes?



María va, María viene, y en un punto se mantiene.



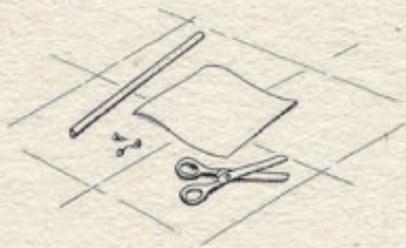


Veleta

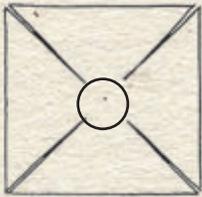
Las veletas son móviles divertidos que giran de cara al viento.

Para hacer una veleta necesitas:

Un cuadrado de papel de 25 centímetros, aproximadamente; un pedazo de cartulina, una puntilla, un poco de pegante y una varilla o palo delgado de madera, de unos treinta centímetros.

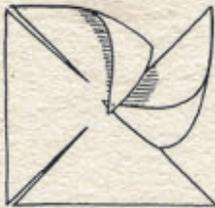


1



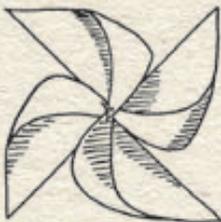
1. Traza un círculo de un centímetro de diámetro en el centro del cuadrado, y cuatro líneas diagonales desde cada una de las puntas hasta el inicio del círculo. Recorta, con unas tijeras, siguiendo las líneas diagonales que dibujaste.

2



2. Coge una de las puntas y ponla en el centro del círculo y luego haz lo mismo con la punta opuesta.

3



3. Recorta dos círculos pequeños de cartulina y pega uno sobre las puntas dobladas en el centro, y el otro del otro lado.

4

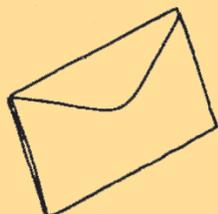
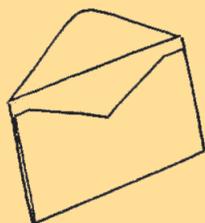
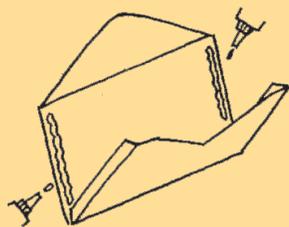
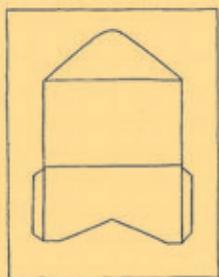


4. Atraviesa con la puntilla el centro de la veleta y luego clava la puntilla a la varilla para que se sostenga. Pon a girar la veleta contra el viento.



puedo hacerlo en casa

Puedes hacer sobres para tus cartas con papeles de colores o estampados, de revistas o periódicos pintados o con hojas grandes de plantas como el plátano.



Soledumbres

Manuel Mejía Vallejo

Según la manta es el frío,
según la canción el canto,
según el calor el llanto,
según lo tuyo, lo mío.

Si sólo un amor hubiera,
si fuera sólo un dolor;
si tuviera poco amor,
si viniera, si viniera.

Siempre ignora la partida
el corazón en la espera.
Que si el amor aprendiera,
fuera dulce lo partido.

Si pudieras entender
mi manera de olvidar,
en vez de tanto llorar
te pondrías a querer.

Las estrellas tan arriba,
mis tristezas tan abajo...
decíme amor, en qué gajo
va mi amor a la deriva.

Tu amor me trajo el olvido,
mi olvido trajo tu amor:
hoy sólo queda el sabor
de lo que pudo haber sido.

El cartero enamorado

(Fragmento)



Clarisa Ruiz

Tocotoc no fue siempre un cartero feliz. Hubo una época en la cual, a pesar de lo mucho que le gustaba repartir cartas, no podía evitar sentirse cada día más triste. La causa de tanto pesar era que él, el propio cartero de Cataplún, no tenía nadie que le escribiera una carta y no tenía tampoco a quién escribirle. Tocotoc no podía evitar un hondo suspiro cada vez que entregaba una carta y, a pesar de ser amigo de todos en el pueblo, se sentía descartado.

En todo su recorrido por las casas de Cataplún, sólo había un momento en que Tocotoc se sentía verdaderamente feliz. Era cuando llegaba el turno de entregarle las cartas a María, la costurera.

—¡Qué linda es esa costurerita! —pensaba el cartero y se peinaba y se subía las medias antes de tocar a su puerta.

Toc-toc-toc...

—¿Quién es? —preguntaba María.

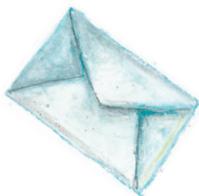
—Soy yo, Tocotoc, y te traigo una carta de Nina la costurera de Ravapindi —respondía el cartero, con las mejillas todas rojas y el corazón que se le explotaba.

La costurera, que era muy trabajadora, nunca tenía tiempo para charlas con Tocotoc y apenas si se despedía. El cartero, por su parte, era tan tímido, que no se atrevía a decirle que estaba enamorado de ella.

Una noche, mientras ordenaba las cartas que debía repartir al día siguiente, Tocotoc tuvo una idea que le iluminó el rostro con una gran sonrisa: “Voy a escribirle una carta a María. Le diré lo que siento por ella sin que sepa que soy yo”. Y así fue como por primera vez en su vida, el cartero de Cataplún escribió una carta.

«Hola, María:

Espero que cuando abras este sobre estés contenta y no te hayas pinchado ningún dedito con la aguja de coser. Tú no me conoces, pero yo sí a tí y yo te quiero mucho. Tú me encantas, Mari. Tus ojitos son como dos limones y tus mejillas como dos bellas manzanas. Tu nariz de frijolito es muy graciosa y tus labios parecen dos pétalos de rosa.



Cuando veo un sacacorchos, me acuerdo alegremente de tus cachumbos y por las mañanas, la miel del desayuno me trae a la memoria el color de tu pelito. María, eres una niña muy bella, yo te quiero mucho».

Tocotoc dobló el papel y lo metió en el sobre junto con una florecita silvestre.

Al día siguiente, Tocotoc salió a repartir sus cartas silbando de alegría pero, al llegar frente a la puerta de María, se puso muy nervioso.

Toc—toc—toc...

—¿Quién es? —preguntó María.

—So—soy yo, Tocotoc. Te tra—traigo u—una carta.

—¿De dónde viene? ¿De quién es? —dijo María emocionada, al abrir la puerta.

—No, no sé —dijo Tocotoc con las mejillas todas rojas y el corazón que se le explotaba.

—Bueno, hasta luego Tocotoc —respondió la costurera sin siquiera mirar al cartero.

Al día siguiente, cuando Tocotoc volvió a la casa de María para llevarle una revista, ella ya estaba esperándolo en la puerta desde mucho antes.

—Buenas, Tocotoc, ¿qué cartas me traes hoy? —preguntó impaciente la costurera.

—Buenas, María —dijo Tocotoc con emoción—. Te traigo una revista que viene de Ivigtut.

—Y... ¿nada más?

—No. Nada más —dijo Tocotoc.

—¿No me traes otra carta como la de ayer? —preguntó María muy curiosa.

—No, María, nada más —dijo el cartero ordenando su morral con aire despreocupado.

—Bueno, hasta luego, Tocotoc —dijo María decepcionada.



Tocotoc se dio cuenta de que su carta había tocado el corazón de la costurera y, como no quería que ella estuviera triste repartió rápido las cartas que le quedaban y se fue a su casa a escribir otra carta para María.

«Hola, María:

Ojalá te haya gustado mi primera carta. Te escribo nuevamente, porque siento deseos de hablar contigo. Cómo me gustaría charlar contigo un ratito.

A mí me encanta pasear por el bosque, pero solo no me gusta ir; si tú me acompañas, ¡qué feliz sería yo!

Me gusta mucho cocinar pollo con cebolla y papas, pero me da pereza hacerlo para mí solo. Si tú quisieras comer conmigo ¡que feliz sería yo!

Me gusta jugar a las escondidas, pero no tengo con quién jugar, si tú quisieras jugar conmigo, qué feliz sería yo.»

Tocotoc dobló el papel y lo metió al sobre junto con una florecita silvestre, como la primera vez.

Al día siguiente, María estaba en el balcón de su casa esperando a Tocotoc desde muy temprano.

—¡Hola, Tocotoc! ¿Qué carta me traes hoy? —preguntó la costurera apenas vio aparecer a Tocotoc en su calle.

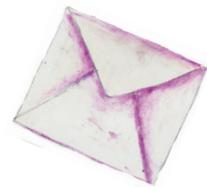
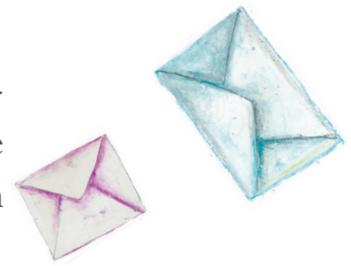
—¡Hola, María! —dijo el cartero, un poco más tranquilo que los otros días—. Te traigo estas revistas y... una carta.

—¿Una carta? ¿De quién? —dijo María, quitándole el sobre de las manos al cartero.

—No lo sé —dijo Tocotoc risueño.

—¡Oh! ¡Qué bueno! ¡Hasta luego, querido Tocotoc —dijo María casi cantando. Tocotoc también quedó muy contento por el resto del día.

Desde entonces, el cartero empezó a escribir una hermosa carta de amor a María todas las noches. La costurera recibía el correo feliz, y Tocotoc, al ver que sus cartas eran tan bien acogidas, escribía y escribía y escribía cada vez cartas más bellas.





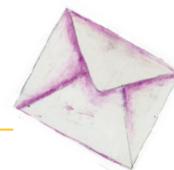
Vive para mí

Carta de Simón Bolívar a Manuelita

Mi encantadora Manuela:

Tu carta del 12 de septiembre me ha encantado: todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este estado. Tú me pides que te diga que no quiero a nadie. ¡Oh, no! A nadie amo; a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa, de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más. ¡No te mates! Vive para mí y para ti: vive para que consueles a los infelices y a tu amante, que suspira por verte. Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra, que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquiticas y cartas grandotas como tú quieres. Pero en recompensa, si no rezo, estoy todo el día y la noche entera haciendo meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre lo que te amo, sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré cuando nos veamos otra vez. No puedo más con la mano. No sé escribir.

Carta a Clara Aparicio



Juan Rulfo

Desde que te conozco, hay un eco en cada rama que repite tu nombre; en las ramas altas, lejanas; en las ramas que están junto a nosotros, se oye.

Se oye como si despertáramos de un sueño en el alba.

Se respira en las hojas, se mueve como se mueven las gotas del agua.

Clara: corazón, rosa, amor...

Junto a tu nombre, el dolor es una cosa extraña.

Es una cosa que nos mira y se va, como se va la sangre de una herida; como se va la muerte de la vida.

Y la vida se llena con tu nombre: Clara, claridad esclarecida.

Yo pondría mi corazón entre tus manos sin que él se rebelara.

No tendría ni así de miedo, porque sabría quién lo tomaba.

Y un corazón que sabe y que presiente cuál es la mano amiga, manejada por otro corazón, no teme nada.

¿Y qué mejor amparo tendría él, que esas tus manos, Clara?

He aprendido a decir tu nombre mientras duermo. Lo he aprendido a decir entre la noche iluminada.

Lo han aprendido ya el árbol y la tarde...

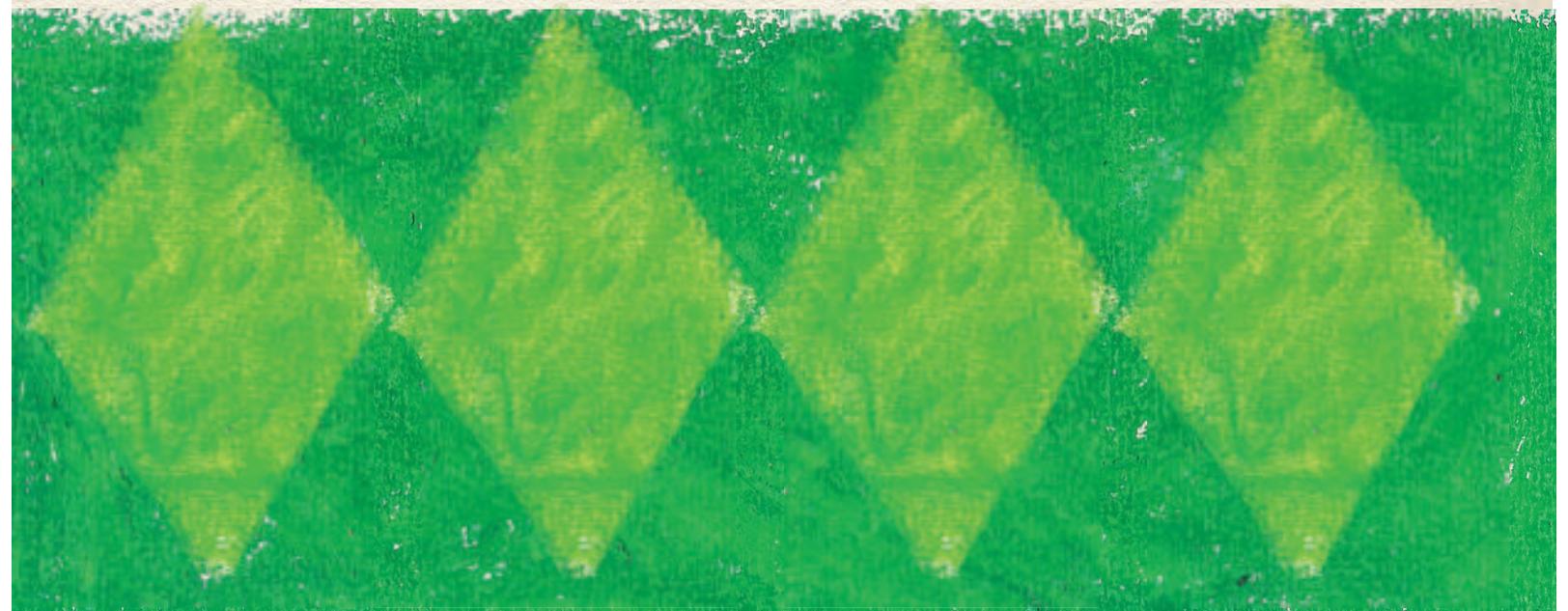
y el viento lo ha llevado hasta los montes y lo ha puesto en las espigas de los triguales. Y lo murmura el río...

Clara:

Hoy he sembrado un hueso de durazno en tu nombre.



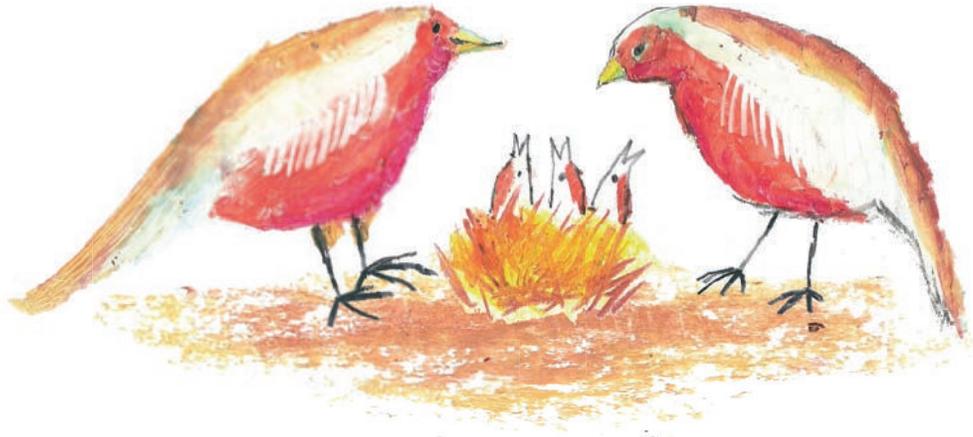
“No es la sangre sino el afecto
lo que nos hace familia”





Boca de dos brazos

Es el mejor nudo de enganche cuando se trata de cargar grandes pesos porque la carga se reparte por igual en ambos lados. Con este nudo, al jalar hacia arriba con firmeza, se iguala el esfuerzo que hacen las cuerdas dando gran seguridad, pues si uno de los dos lados se rompe, el otro soporta la carga el tiempo suficiente como para llevarla al suelo sin contratiempos.



El petirrojo y su pareja

Anónimo

Dijo el petirrojo a su pareja:
“Un poco de hierba vas a buscar;
y también unas ramitas y pajas,
y con barro las vamos a mezclar.
Así tendremos construido el nido,
donde tú muy pronto puedes poner
tus delicados huevos azules.
¡Vamos, tenemos mucho que hacer!
Luego los cubrirás con tu calor,
y verás que pronto, querida mía,
cuatro pajarillos nos encontramos
llenando el nido de alegría”.



Matrioska

Cuento popular ruso

Hace mucho, mucho tiempo, un carpintero salió de su cabaña y recorrió lentamente el camino hacía el bosque, en busca de un buen tronco para tallar. En un claro del bosque, el viejo carpintero vio un tronco tan hermoso como nunca antes había visto. Lo cogió y lo llevó a casa. Era un hermoso tronco, con el que, sin duda, debía fabricar algo muy especial. Durante varios días, no supo qué hacer. Finalmente una mañana, despertó y decidió hacer una muñeca. Puso el tronco sobre la mesa de trabajo y empezó a tallarla suave y delicadamente. Cuando la terminó, le gustó tanto, que decidió no ponerla en venta y la colocó en su mesilla de noche. Le puso por nombre Matrioska. Cada mañana, el carpintero se levantaba y la saludaba cortésmente, antes de iniciar sus tareas:

—Buenos días, Matrioska.

Un día tras otro repetía la misma expresión, hasta que una mañana, un tenue susurro le respondió:

—Buenos días.

El carpintero quedó tremendamente impresionado y repitió:

—Buenos días, Matrioska...

—Buenos días —le contestó la muñeca, con un hilo de voz.

Asombrado, se acercó a la muñeca para comprobar que era ella quien hablaba y no sus viejos oídos que le jugaban una mala pasada. Desde aquel día, vivió acompañado por la pequeña Matrioska, que era un pozo de palabras y risas, y le distraía y alegraba en su trabajo diario. Una mañana, Matrioska despertó muy triste. Tras mucho rogarle, un poco avergonzada, ella le explicó que cada día veía por la ventana los pájaros con sus crías, los osos con sus oseznos, y hasta las orugas que se enganchaban unas a otras formando una gran fila familiar.

—Incluso tú —apuntó Matrioska— me tienes a mí, pues bien, yo también quería tener una hija.



—Pero entonces —respondió el carpintero— tendría que abrirte y sacar la madera de tu interior para hacerte una hija y eso sería doloroso y nada fácil .

—Ya sabes que en la vida las cosas importantes siempre suponen pequeños sacrificios —respondió la dulce Matrioska.

Y así fue como el carpintero abrió a Matrioska y extrajo cuidadosamente la madera de su interior, para hacer una muñeca un poco más pequeña, a la que llamó Trioska. Desde aquel día, cada mañana, al levantarse, saludaba:

—Buenos días, Matrioska; buenos días, Trioska.

—Buenos días, buenos días —respondían ellas al unísono. Ocurrió que también Trioska sintió la necesidad de ser madre. De modo que el viejo carpintero extrajo la madera de su interior y fabricó una muñeca, aun más pequeña, a la que puso por nombre Oska. Al cabo de un tiempo, también Oska quería tener su propia hija, pero al abrirla, se dio cuenta de que sólo quedaba un mínimo pedazo de madera, tan blanca como el primer día, pero del tamaño de un garbanzo. Sólo una muñeca más podría fabricarse. Entonces el carpintero, temeroso de no poder cumplir el deseo de la pequeña muñequita y de que ésta se sintiera triste toda su vida, le dibujó unos enormes bigotes y lo puso ante el espejo diciéndole:

—Mira, Ka,... tú tienes bigotes. Eres un hombre, o sea que no podrás tener un hijo o una hija de dentro de ti.

Y así es como Ka, Oska, Trioska, Matrioska y el carpintero siguieron viviendo felices el resto de sus días.



El ángel de los niños

Anónimo

Cuenta una leyenda que a un angelito que estaba en el cielo le tocó su turno de nacer como niño y le dijo a Dios:

—Me dicen que me vas a enviar mañana a la Tierra. ¿Pero, cómo vivir tan pequeño e indefenso como soy?

—Entre muchos ángeles, escogí uno para ti, que te está esperando y te cuidará.

—Pero dime, aquí en el Cielo no hago más que cantar y sonreír, eso basta para ser feliz.

—Tu ángel te cantará, te sonreirá todos los días y tú sentirás su amor y serás feliz.

—¿Y cómo entender lo que la gente me hable, si no conozco el extraño idioma que hablan los hombres?

—Tu ángel te dirá las palabras más dulces y más tiernas que puedas escuchar, y con mucha paciencia y con cariño te enseñará a hablar.

En ese instante, una gran paz reinaba en el Cielo, pero ya se oían voces terrestres, y el niño, presuroso, repetía sollozando con lágrimas en sus ojitos:

—¡Dios mío, si ya me voy, dime su nombre! ¿Cómo se llama mi ángel?

—Su nombre no importa, tú le dirás: “Mamá”.



Siempre te querré

Debi Gliori

Colín estaba muy enfadado y tristón. Se puso a tirar, a romper, a derramar, a gritar, a llorar y a patalear. Rompió, astilló, machacó y aporreó.

—¡Ay Dios mío! —dijo su madre—. ¿Qué es todo este lío? Y Colín dijo:

—Soy un zorro pequeño, enfadado y tristón y nadie me quiere de corazón.

—¡Pero, Colín! —dijo su madre—. Enfadado o no, pase lo que pase, siempre te querré de corazón. Y Colín dijo: —Si fuera un oso pardo, ¿todavía me querrías y me cuidarías?

—Pues claro —dijo su madre—. Seas oso o no, pase lo que pase, siempre te querré de corazón.

Y Colín dijo: —Si me volviese gusano, ¿todavía me querrías y me mimarías?

—Pues claro que sí —dijo su madre—, gusano o no, pase lo que pase, siempre te querré de corazón.

—¿Pase lo que pase? —dijo Colín y sonrió—. ¿Y si fuera un cocodrilo?

Y su madre dijo: —De besos y mimos te cubriría, y por las noches, te arroparía.

—¿El cariño se gasta? —preguntó Colín.

¿Se rompe o se dobla?

¿Se puede coser o pegar?

¿Se puede arreglar?

—¡Vaya, vaya! —dijo su madre—, tantas cosas no sé, pero te aseguro que siempre te querré.

Y Colín preguntó:

—Cuando te mueras y te hayas ido, ¿me seguirás queriendo? ¿El cariño sigue vivo? Su madre lo llevó amorosa a ver la noche serena con la luna luminosa y las brillantes estrellas.

—Colín, fíjate en los luceros que brillan como diamantes, aunque algunos ya murieron hace siglos... siguen brillando de noche año tras año.

El cariño, como su luz, no muere, es duradero.

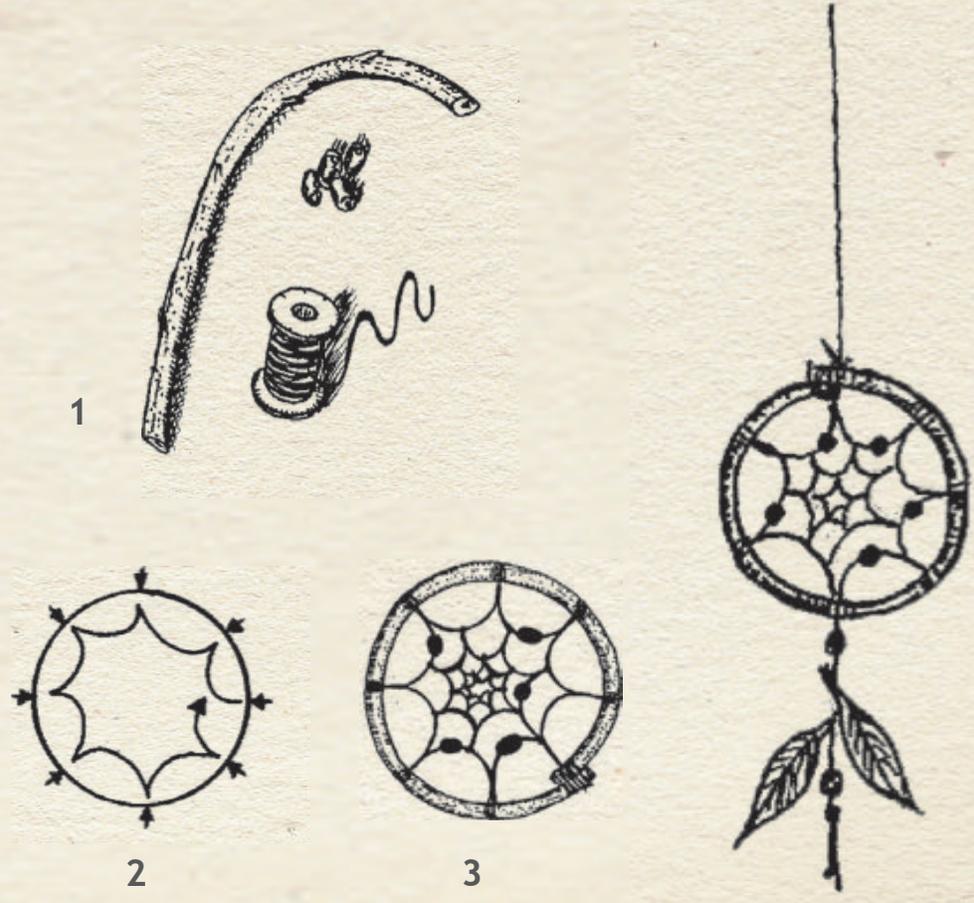


podemos hacerlo en casa

Atrapasueños

Cuenta una leyenda de los indígenas de Norte América que si una persona cuelga un atrapador de sueños encima de la cabecera de la cama, los sueños, al pasar por el centro y entrar en contacto con los tres elementos de la tierra - vegetal, animal y mineral -, se harán realidad y las pesadillas quedarán atrapadas en la red.

Para hacer un Atrapasueños: 1.coja un bejuco seco o una rama flexible a la que pueda dar forma circular, unas chaquiras o semillas y unas plumas. 2. Haga un tejido de nudos con una pita formando una red en el interior del círculo. Inserte semillas, chaquiras y plumas entre algunos de los nudos. 3. Al terminar la red, cuelgue de ella tres pitas con plumas, semillas y piedras. Ponga el Atrapa sueños encima de la cabecera de la cama.





Muñecas de trapo

Las muñecas son tan antiguas como la humanidad. Desde los tiempos de las cavernas los niños las han utilizado para jugar. En casa se pueden hacer muchas clases de muñecas. Para hacer una muñeca de trapo, que es la más sencilla de todas, podemos aprovechar pedazos de ropa vieja y recortes de tela, y utilizar rellenos de aserrín, arroz, algodón o espuma.

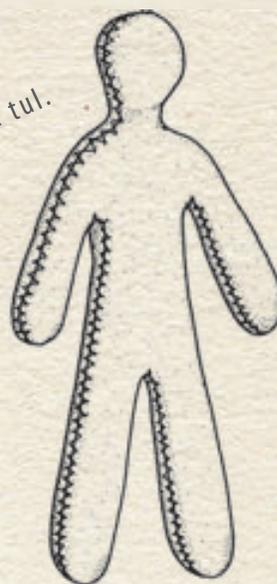
Tengo una muñeca vestida de azul, con zapatos blancos y el velo de tul.



1. Dibujo y recorto el molde sobre dos telas (que pueden ser una camisa usada o un retazo).



2. Coso ambas telas por los bordes dejando un hueco de 2 cm para voltearlo y rellenarlo.



3. Relleno con algodón o lana y coso el hueco con fina puntada. El resto depende de tu imaginación.

Receta para dormir

Yolanda Reyes

Para que el sueño venga, se recomienda
cerrar los ojos, contar ovejas
oír el canto de las estrellas
comer manzana con mejorana
y tomar agua de toronjil
sentir que el viento mece la cama,
tocar la almohada con la nariz.

Para que el sueño venga y se quede quieto
toda la noche, cerca de ti
pídele al mundo que haga silencio
dile que el sueño quiere dormir.

Shhh...¿Quieres que te lo vuelva a decir?



Arrurú mi niño, arrurú mi sol, arrurú pedazo de mi corazón

Canción de cuna

Juana de Ibarborou

La señora luna
le pidió al naranjo
un vestido verde
y un velillo blanco.

La señora luna
se quiere casar
con un pajarito
de plata y coral.

Duérmete mi niña
e irás a la boda
peinada de moña
y en traje de cola.



Chigüiro se va

Ivar da coll

Un día Chigüiro hizo cosas que delataron a Ata, y Ata se molestó tanto, que lo regañó.

Entonces Chigüiro le dijo:

—Me voy lejos a donde nadie me regañe.

—Tomó sus cosas, las metió entre una bolsa, y se fue sin decir nada más.

Caminó y caminó hasta que llegó a la casa de Vaca.

—Hola, Vaca —le dijo.

—Hola, Chigüiro —le contestó Vaca. Vaca estaba cortando flores y Chigüiro quiso ayudarle.

Cortaron margaritas, rosas, azucenas, hortensias y claveles.

Después Chigüiro le dijo:

—¡Qué bien se está a tu lado! Tú no me regañas como Ata.

¿Podría quedarme contigo?

—Está bien —contestó Vaca.

—Pero tengo, hambre mucha hambre —dijo Chigüiro

Entonces Vaca, que también tenía hambre, hizo una tortilla de hierba que a Chigüiro le pareció horrible.

—¡Qué fea está! Prefiero la tortilla de queso que prepara Ata.

¿Podrías hacerme una tortilla de queso?

Pero Vaca no sabía hacer tortillas de queso, así que Chigüiro le dijo:

—Me voy lejos, a donde me den tortilla de queso.

Y Chigüiro se fue sin decir nada más.

Caminó, caminó y caminó hasta que llegó a la casa de Tortuga.

—Hola, Tortuga —le dijo Chigüiro

—Hola, Chigüiro —contestó ella.

Tortuga tenía puesto un sombrero de paja y estaba tomando limonada y comiendo hojitas de lechuga fresca mojadas en vinagreta.

Entonces invitó a Chigüiro a sentarse y le sirvió limonada y lechuga.

Después de un rato, Chigüiro le dijo:

—¡Qué bien se está a tu lado! Tú no me regañas como Ata y no comes cosas horribles como Vaca. ¿Podría quedarme contigo?

—Está bien —contestó Tortuga.

—Pero quiero escuchar un cuento. ¿Podrías contarme uno?

Tortuga se acomodó y comenzó la historia:

—Había una vez... había una vez... ¡Ay!, ¡ay! ¡Ay!, no me acuerdo bien —decía mientras bostezaba—. Había una vez, había una vez...

Entonces Chigüiro le dijo:

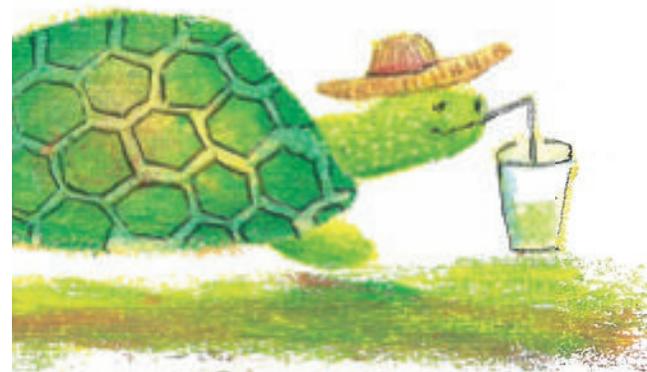
—Tú no sabes contar historia como las que cuenta Ata. Me voy lejos, a donde sepan contar cuentos.

Y Chigüiro se fue sin decir nada más.

Caminó, caminó y caminó hasta que llegó a casa de Tío Oso, que estaba meciéndose en una hamaca.

—Hola, Tío Oso —dijo Chigüiro.

—Hola, Chigüiro —le contestó. Tío Oso estaba rascándose la panza y comiendo miel de un jarro.



Tío Oso invitó a Chigüiro a que se subiera a la hamaca y le contó un cuento tras otro.

Entonces Chigüiro le dijo:

—¡Qué bien se está a tu lado, Tío Oso! Tú no me regañas como Ata, no comes cosas horribles como Vaca y no se te olvidan los cuentos como a Tortuga.

¿Podría quedarme contigo?

—Está bien —contestó Tío Oso.

—Pero tengo sueño y estoy cansado, porque he caminado mucho —dijo Chigüiro.

Se subió a la hamaca, que era muy pequeña para dos. Los bigotes de Tío Oso le hacían cosquillas y sus ronquidos no lo dejaban dormir.

Entonces Chigüiro le dijo:

—Tu hamaca es muy incómoda; no es como la cama de Ata.

Me voy lejos, a donde tengan camas cómodas.

Cuando Tío Oso vio que Chigüiro se marchaba, le dijo:

—La casa que buscas está cerca de aquí. Vete por ese camino y la encontrarás.

Y Chigüiro hizo tal cual le decía Tío Oso.

Caminó, caminó y caminó hasta que llegó a una casa. Llamó a la puerta y... ¿quién le abrió? ¡Pues Ata! ¡Nadie más y nadie menos que Ata!

—Hola, señora —dijo Chigüiro.

—Hola, señor —contestó Ata.

Ata estaba haciendo una tortilla de queso e invitó a Chigüiro a comer. Luego le contó una historia y otra, y otra, y después lo acostó en su cama, que era calentita y blanda.

Entonces Chigüiro le dijo:

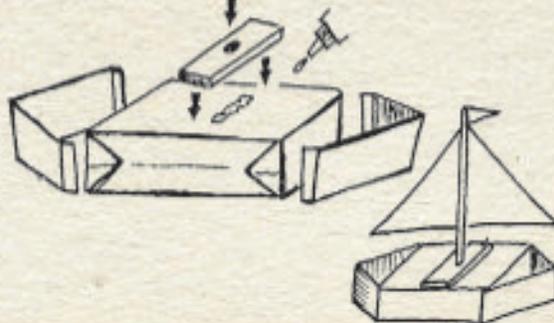
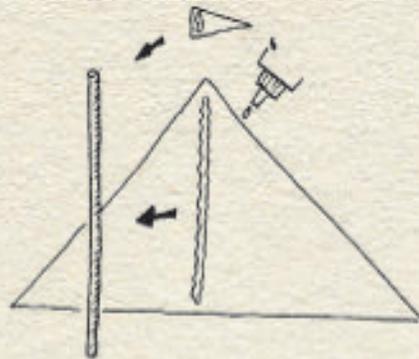
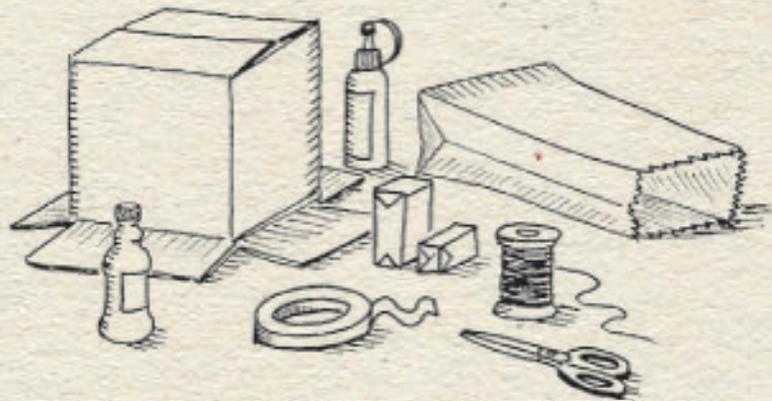
—¡Qué bien se está a tu lado, Ata! Cocinas delicioso. Sabes contar historias. Y tu cama es calentita. ¿Podría quedarme contigo?

—¡Claro que puedes! —le respondió Ata.



Construyendo juguetes

Cuando se quiere jugar, no hay imposibles. Cualquier objeto puede pasar a ser un juguete: un trapo arrugado ser una pelota; una caja de cartón, un carro o una casa; un papel periódico, la tela para un vestido; los cartones recortados, máscaras, y los palos, bastones o caballos de trote.



Caballito de palo

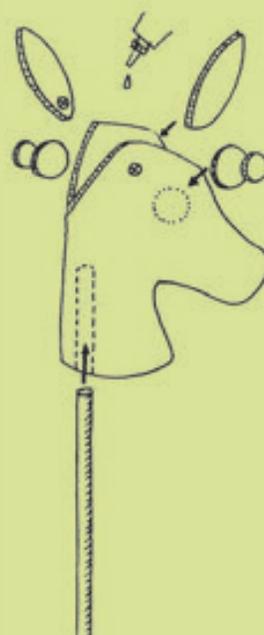
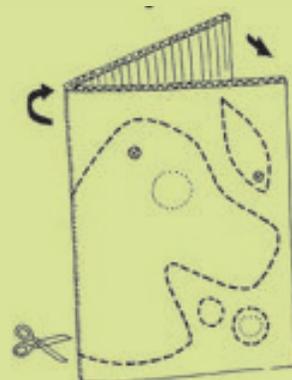
¡Este juguete es tan fácil de hacer! Basta un palo de escoba o una vara de madera larga y delgada, y una pita o cordón doble, de unos treinta centímetros aproximadamente, que se ata a lado y lado de la parte superior del palo, para que haga las veces de rienda.

También se puede poner una silueta de cabeza de caballo en la parte superior del palo, hecha de madera o de cartulina, de cuya boca se atan las cuerdas, a lado y lado, para que formen las riendas.

Parábola

Antonio Machado

Era un niño que soñaba
un caballo de cartón.
Abrió los ojos el niño
y el caballito no vio.
Con un caballito blanco
el niño volvió a soñar;
y por la crin lo cogía...
¡Ahora no te escaparás!
Apenas lo hubo cogido,
el niño se despertó.
Tenía el puño cerrado.
¡El caballito voló!



El niño abandonado

León Tolstoi

Una pobre mujer tenía una hija llamada Masha. Una mañana cuando iba por agua, Masha vio un hatillo envuelto en un trapo, junto a la puerta de su casa. Dejó los cubos de agua en el suelo y desato el hatillo. En cuanto tocó el trapo que lo envolvía , alguien hizo “Ua, ua, ua.” Y Masha vió que era un recién nacido . Estaba muy colorado y gritaba: “¡Gue, gue, gue! “ La niña lo llevó a su casa , donde le dio a beber leche a cucharadas.

—¡Que has traído? –preguntó su madre.

—Un niño recién nacido, que encontré en la puerta.

—Somos muy pobres. ¿Cómo vamos a alimentarlo? Voy a decirle al alcalde que lo recoja.

Mamaíta, quedémonos con él, ya verás cómo no va a comer mucho –exclamo Masha, echándose a llorar–. Fíjate qué arrugadas y qué coloraditas tiene las manos.

La madre de Masha miró al recién nacido y le dio lástima de él. Consintió en que se quedara. Desde entonces, Masha fajaba al pequeño, le daba de comer y le cantaba canciones para dormirlo.



Qué es un muchacho

Bert Wheeler

Los muchachos vienen en tamaños, pesos y colores surtidos. Se los encuentra donde quiera: encima, debajo, dentro, trepando, colgando, corriendo, saltando. Las mamás los adoran, las niñas los odian, las hermanas y los hermanos mayores los toleran, los adultos los desconocen y en el cielo los protegen. Un muchacho es la verdad con la cara sucia, la sabiduría con el pelo desgreñado, la esperanza del futuro con una rana en el bolsillo. Un muchacho tiene el apetito de un caballo, la digestión de un tragaespadas, la energía de una bomba atómica, la curiosidad de un gato, los pulmones de un dictador, la imaginación de Julio Verne, la timidez de una violeta, la audacia de una trampa de acero, el entusiasmo de un triquitraque, y cuando hace algo, tiene cinco pulgares en cada mano.

Le encantan los dulces, las navajas, las sierras, la Navidad, los libros con láminas, el chico de los vecinos, el campo, el agua (en su estado natural), los animales grandes, papá, los trenes, los domingos por la mañana y los carros de bomberos. Le desagradan las visitas, la doctrina, la escuela, los libros sin láminas, las lecciones de música, las corbatas, los peluqueros, las muchachas, los abrigos, los adultos y la hora de acostarse.

Nadie más se levanta tan temprano, ni se sienta a comer tan tarde. Nadie más puede embutirse en el bolsillo un cortaplumas olvidado, una fruta mordida, medio metro de cordel, un saquito de picadura vacío, dos caramelos, seis centavos, una honda, un trozo de sustancia desconocida y un auténtico anillo supersónico de clave con un compartimiento secreto.

Un muchacho es una criatura mágica. Usted puede cerrarle la puerta del cuarto donde guarda las herramientas, pero no puede cerrarle la puerta de su corazón. Puede echarlo del estudio, pero no puede echarlo de su mente, todo el poderío suyo se rinde ante él: es su carcelero, su jefe y su amo.

¡ÉL ES UN MANOJITO CARIPECOSO! Pero cuando usted llega a casa por la noche, con sus esperanzas y sus ambiciones hechas pedazos, él puede remediarlo todo con dos palabritas mágicas ¡HOLA, PAPAÍTO!





La pajarita de papel

Fernando Alonso



Tato tenía seis años y un caballo de madera.

Un día, su padre le dijo: —¿Qué regalo quieres? Dentro de poco es tu cumpleaños.

Tato se quedó callado. No sabía qué pedir.

Entonces, vio un pisapapeles sobre la mesa de su padre. Era una pajarita de plata sobre un pedazo de madera.

Y sobre la madera estaba escrito:

Para los que no tienen tiempo de hacer pajaritas.

Al leer aquello, sin saber por qué, el niño sintió pena por su padre

—Quiero que me hagas una pajarita de papel.

El padre sonrió:

—Bueno, te haré una pajarita de papel.



El padre de Tato empezó a hacer una pajarita de papel, pero ya no se acordaba. Fue a una librería y compró un libro. Con aquel libro, aprendió a hacer pajaritas de papel. Al principio le salían mal; pero, después de unas horas, hizo una pajarita de papel maravillosa.

—Ya he terminado, ¿te gusta?

El niño miró la pajarita de papel y dijo:

—Está muy bien hecha, pero no me gusta. La pajarita está muy triste.

Y el padre fue a casa de un sabio y le dijo:

—Esta pajarita de papel está triste; inventa algo para que esté alegre.

El sabio hizo un aparato, se lo colocó a la pajarita debajo de las alas, y la pajarita comenzó a volar.

El padre llevó la pajarita de papel a Tato y la pajarita voló por toda la habitación.

—¿Te gusta ahora? —le preguntó

Y el niño dijo: —Vuela muy bien, pero sigue triste. Yo no quiero una pajarita triste.

El padre fue a casa de otro sabio. El otro sabio hizo un aparato con el que la pajarita podía cantar.

La pajarita de papel voló por toda la habitación de Tato. Y, mientras volaba,



cantaba una hermosa canción. Tato dijo:

—Papá, la pajarita de papel está triste; por eso, canta una triste canción.

¡Quiero que mi pajarita sea feliz!

El padre fue a casa de un pintor muy famoso. Y el pintor muy famoso pintó hermosos colores en las alas, en la cola, y en la cabeza de la pajarita de papel.

El niño miró la pajarita de papel pintada de hermosos colores.

—Papá, la pajarita de papel sigue estando triste.

El padre de Tato hizo un largo viaje. Fue a casa del sabio más sabio de todos los sabios. Y el sabio más sabio de todos los sabios, después de examinar a la pajarita, le dijo:

—Esta pajarita de papel no necesita volar, no necesita cantar, no necesita hermosos colores, para ser feliz.

Y el padre de Tato le preguntó: —Entonces ¿por qué está triste?

Y el sabio más sabio de todos los sabios le contestó:

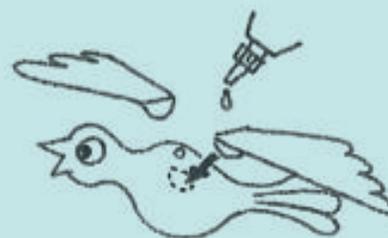
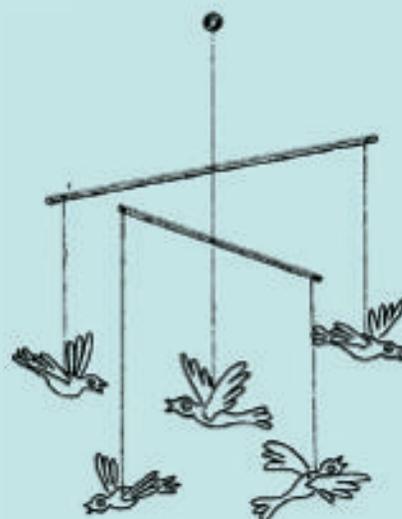
—Cuando una pajarita de papel está sola, es una pajarita de papel triste.

El padre regresó a casa. Fue al cuarto de Tato y le dijo:

—Ya sé lo que necesita nuestra pajarita para ser feliz. Y se puso a hacer muchas, muchas, pajaritas de papel. Cuando la habitación estuvo llena de pajaritas, Tato gritó:

—¡Mira, papá! Nuestra pajarita de papel ya está muy feliz. Es el mejor regalo que me has hecho en toda mi vida.

Entonces, todas las pajaritas de papel, sin necesidad de ningún aparato, volaron y volaron por toda la habitación.





El poder de la infancia

León Tolstoi

¡Que lo maten! ¡Que lo fusilen! ¡Que fusilen inmediatamente a ese canalla!... ¡Que lo maten! ¡Que corten el cuello a ese criminal! ¡Que lo maten, que lo maten!... —gritaba una multitud de hombres y mujeres, que conducía, maniatado, a un hombre alto y erguido. Éste avanzaba con paso firme y con la cabeza alta. Su hermoso rostro viril expresaba desprecio e ira hacia la gente que lo rodeaba.

Era uno de los que, durante la guerra civil, luchaban del lado de las autoridades. Acababan de prenderlo y lo iban ejecutar.

¡Qué le hemos de hacer! El poder no ha de estar siempre en nuestras a manos. Ahora lo tienen ellos. Si ha llegado la hora de morir, moriremos. Por lo visto, tiene que ser así, pensaba el hombre; y, encogiéndose de hombros, sonreía, fríamente, en respuesta a los gritos de la multitud.

—Es un guardia. Esta misma mañana ha tirado aún contra nosotros —exclamó alguien.

Pero la muchedumbre no se detenía. Al llegar a una calle en que estaban aún los cadáveres de los que el ejército había matado la víspera, la gente fue invadida por una furia salvaje.

—¿Qué esperamos? Hay que matar a ese infame aquí mismo. ¿Para qué llevarlo más lejos?

El cautivo se limitó a fruncir el ceño y a levantar aun más la cabeza. Parecía odiar a la muchedumbre más de lo que ésta lo odiaba a él.

—¡Hay que matarlos a todos! ¡A los espías, a los reyes, a los sacerdotes y a esos canallas! Hay que acabar con ellos, en seguida, en seguida... —gritaban las mujeres.

Pero los cabecillas decidieron llevar al reo a la plaza.

Ya estaban cerca, cuando de pronto,

—¡Papá! ¡Déjenme que vaya con papá! —lloriqueó el pequeño.

—¿Cuántos años tienes, niño?

—¿Qué vais a hacer con papá?

—Vuelve a tu casa, niño, vuelve con tu madre —dijo un hombre.

El reo oía ya la voz del niño, así como las respuestas de la gente. Su cara se tornó aún más taciturna.

El niño se fue abriendo paso, hasta que logró llegar junto a su padre; y se abrazó a él. La gente seguía gritando lo mismo que antes: “¡Que lo maten! ¡Que lo ahorquen! ¡Que fusilen a ese canalla!”

—¿Por qué has salido de casa? —preguntó el padre.



—¿Dónde te llevan?

—¿Sabes lo que vas a hacer?

—¿Qué?

—¿Sabes quién es Catalina?

—¿La vecina? ¡Claro!

—Bueno pues... ve a su casa y estate ahí... hasta que yo... hasta que yo vuelva.

—¡No, no iré sin ti! —exclamó el niño, echándose a llorar.

—¿Por qué?

—Te van a matar.

—No. ¡Nada de eso! No me van a hacer nada malo.

Despidiéndose del niño, el reo se acercó al hombre que dirigía la multitud.

—Escuche; máteme como quiera y donde le plazca, pero no lo haga delante de él —exclamó, indicando al niño. Desátame por un momento y cójame del brazo, para que pueda decirle que estamos paseando, que es usted mi amigo. Así se marchará. Después..., después podrá matarme como se le antoje.

El cabecilla accedió. Entonces, el reo cogió al niño en brazos y le dijo:

—Se bueno y ve a casa de Catalina.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Ya ves, estoy paseando con este amigo; vamos a dar una vuelta; luego iré a casa. Anda, vete, sé bueno.

El chiquillo se quedó mirando fijamente a su padre, inclinó la cabeza a un lado, luego al otro, y reflexionó.

—Vete, ahora mismo, yo iré también.

—¿De veras?

El pequeño obedeció. Una mujer lo sacó fuera de la multitud.

—Ahora estoy dispuesto; puede matarme —exclamó el reo, en cuanto el niño hubo desaparecido.

Pero, en aquel momento, sucedió algo incomprensible e inesperado. Un mismo sentimiento invadió a todos los que momentos antes se mostraron crueles, despiadados y llenos de odio.

—¿Sabéis lo que os digo? Debíais soltarlo —propuso una mujer.

—Es verdad. Es verdad —asintió alguien.

—¡Soltadlo! ¡Soltadlo! —rugió una multitud.

Entonces, el hombre orgulloso y despiadado que aborreciera a la muchedumbre hacía un instante, se echó a llorar; y, cubriéndose el rostro con las manos, pasó entre la gente, sin que nadie lo detuviera.





La historia de la madre que quería pensar en todo

Ursula Wölfel

Una mujer quería subir a la montaña con sus hijos durante las vacaciones y estuvo pensando en lo que deberían llevar.

Quería pensar en todo: por ejemplo, podría haber lluvia.

Entonces necesitarían impermeables, calzado para cambiarse y medias.

Podría hacerse de noche demasiado pronto.

La mujer alistó una linterna para cada uno.

También podría suceder que se perdieran y tendrían que pasar la noche al aire libre.

La mujer metió una carpa y sacos de dormir, junto con un hornillo de alcohol, una olla grande y alimentos para unos días.

¿Y si uno de ellos se enfermara o hiriera en el camino?

Era imprescindible tener medicinas para diferentes enfermedades y vendajes.

También se le ocurrió a la mujer que podría haber niebla en el camino.

Así que ató a los niños a una cuerda fuerte y se colgó al cuello una bocina para la niebla.

De este modo subieron a la montaña, y se arrastraban unos a otros y jadeaban y sudaban. Pero no llegaron muy lejos. La mujer piso una boñiga de vaca y, como iba muy cargada, se resbaló cuesta abajo con los niños tras ella, atados a la cuerda.

En la boñiga del camino no había pensado la mujer.



Vista al mar

Eduardo Galeano

Diego no conocía el mar. El padre, Santiago, lo llevó a descubrirlo.

Viajaron al sur. Él, el mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando.

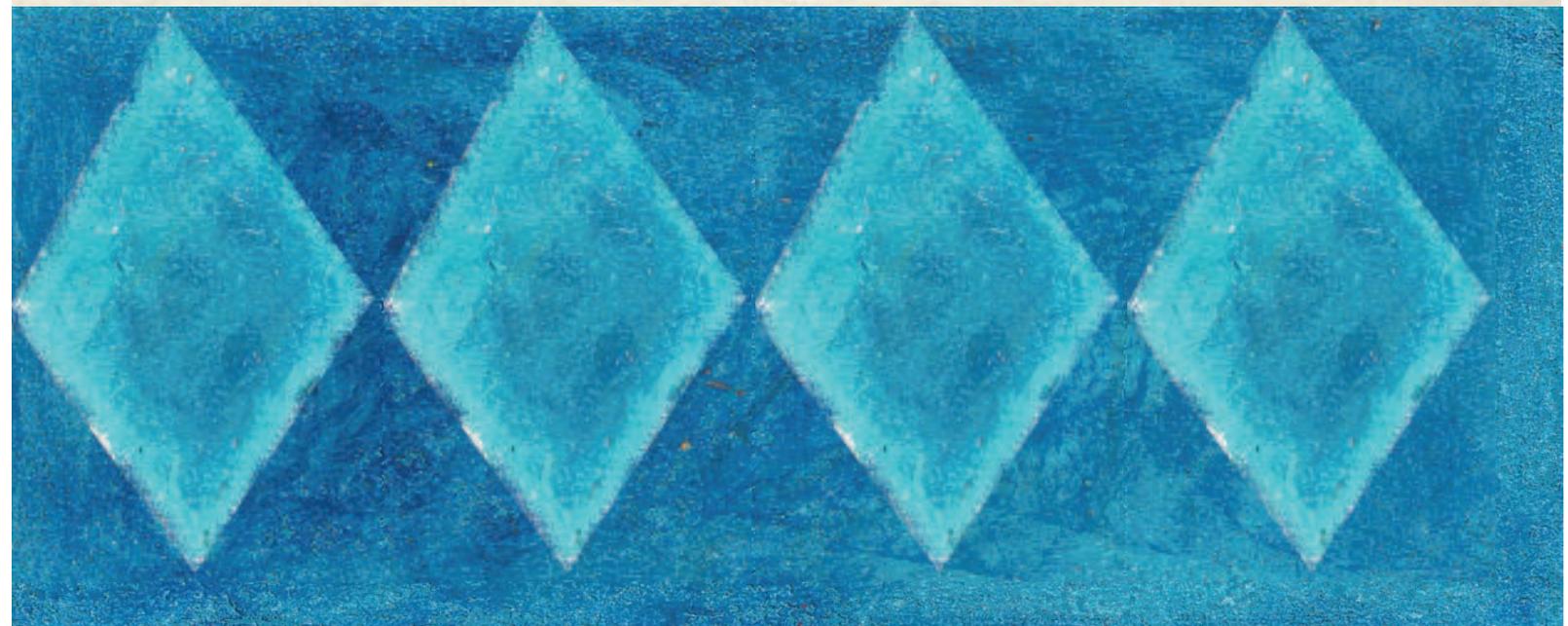
Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, el mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad del mar y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura.

Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre:

¡Ayúdame a mirar!



“Todos los hombres estamos hechos del mismo barro, pero no en el mismo molde”





Trenzado plano

Esta sencilla trenza de tres tiene muchas aplicaciones decorativas, y es muy popular entre las niñas que se la hacen en el pelo, para lucir más hermosas. Para hacer una trenza, se cruzan los cordones de los extremos sobre el centro, y luego se hace lo mismo con los nuevos extremos, una y otra vez hasta llegar al final de las cuerdas.

Esos ojitos que te miran

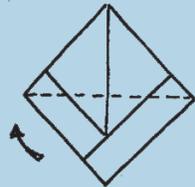
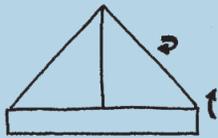
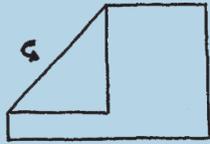
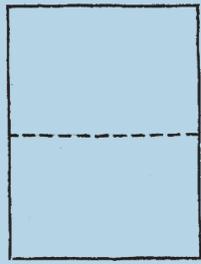
Edgar Guest



Esos ojitos que te miran,
que siguen todos tus movimientos;
esas orejas que te escuchan,
con atención y arrobamiento;
esas manos que todos tus actos
de inmediato copian con fervor
son de ese niño que sueña
con ser igual que su hermano mayor.

Tú eres su único ídolo,
el mejor modelo que imitar,
y en su cabecita no cabe
que tú te puedas equivocar.
Cree en ti con total devoción
y afirma con toda seguridad
que hará y dirá igual que tú
cuando por fin tenga tu edad.





Por el alto río

Nicolás Guillén

Por el alto río,
por la bajamar,
Sapito y Sapón
se han ido a jugar.

En una barquita
de plata y coral
ayer por la tarde
los vieron pasar.
Con Pedro Gorgojo,
con Pancho Pulgar,
con Juan Ropavieja
y Aurora Real.

¡Qué suave era el viento,
qué azul era el mar,
qué blancas las nubes
en lento vagar,
qué alegres las islas
de rojo coral!

Por el alto río,
por la bajamar,
Sapito y Sapón
se han ido a jugar.





Del tamaño de un hermano

Marina Colasanti

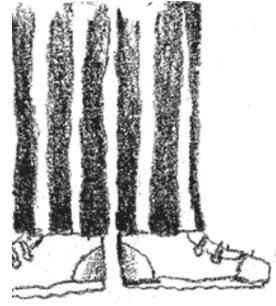
Tení un hermano pequeño, y a nadie más tenía. Hacía mucho tiempo, desde la muerte de sus padres, vivían los dos solos en una playa desierta, rodeada de montañas. Pescaban, cazaban, recogían frutos y se sentían felices.

En verdad, tan pequeño era el otro, apenas la palma de su mano, que el mayor encontraba normal ocuparse de todo él solo. Pero atento siempre a vigilar de su hermano, delicado y único en su minúsculo tamaño.

Nada hacía sin llevarlo consigo. Si era día de pesca, allá se iban los dos mar adentro, el mayor metido en el agua hasta los muslos, el menor a caballo en su oreja, ambos inclinados sobre la transparencia del agua, esperando el momento en que el pez se acercaría y izas!, cayera preso en la celada de sus manos.

Si se trataba de cazar, salían hacia el bosque, el pequeño acomodado a sus anchas en la alforja de cuero, el grande caminando a largos pasos por entre los arbustos, en busca de algún animal salvaje que les garantizara el almuerzo, o de frutas maduras y jugosas para calmar la sed.

Nada faltaba a los dos hermanos. Pero en las noches, sentados frente al fuego, recordaban el pasado cuando sus padres aún estaban vivos. Y entonces la casa entera



parecía llenarse de vacío y, casi sin advertirlo, comenzaban a hablar de un mundo más allá de las montañas. Se preguntaban como sería, si estaría habitado, e imaginaban la vida de aquellos habitantes.

De una en otra suposición, la charla se ampliaba con nuevas historias que se ligaban entre ellos, prolongándose hasta la madrugada. Y, durante el día, los dos hermanos sólo pensaban en la llegada de la noche, cuando habrían de sentarse junto al fuego a recrear ese mundo que desconocían. Y la noche se fue haciendo mejor que el día y la imaginación más seductora que la realidad.

Hasta que una vez, ya cerca del amanecer, el pequeño dijo:

—¿Por qué no vamos?

Y el mayor se sorprendió de no haber pensado en algo tan evidente.

No tardaron mucho en los preparativos. Reunieron algunas provisiones, tomaron pieles para enfrentar el frío de las montañas, cerraron bien la puerta de entrada, y se pusieron en camino.

Montado en la cabeza del hermano, asegurando con vigor las redes de su cabello, el pequeño se sentía tan valiente, como si también él fuera alto y poderoso. Cabalgadura de su hermano, pisando con firmeza tierras cada vez más desconocidas, el mayor se sentía estremecer por dentro, como si también él fuera pequeño y delicado. Pero los dos cantaban sin cesar, estaban juntos, y aquella era la más linda aventura.

Después de algunos días de marcha, el suelo dejó de ser plano y comenzó la cuesta de la montaña. Subieron por caminos abiertos mucho antes por los animales, inventaron atajos. Desde la cabeza del hermano, el pequeño indicaba los rumbos más felices y el grande se aferraba a las piedras, rodeaba zanjas, bordeaba precipicios. Cada día más frío, el viento les arañaba el rostro. Nubes densas cubrían su canto. Acampaban por las noches entre las rocas, envueltos en pieles. Y al amanecer proseguían su lenta ascensión. Tanto subieron, que un día de repente, no hubo manera de subir más. Habían llegado a la cima de la montaña. Y desde allá arriba, extasiados, contemplaron por fin el otro lado del mundo.

Qué bonito era. Tan diminuto en la distancia, tan limpio y bien dispuesto. Las colinas descendían suaves hasta los valles, sembrados de huertos y campos, salpicados de aldeas con casitas y gentes muy pequeñas que se movían a lo lejos.

Alegres, los dos hermanos comenzaron a descender. Bajaron y bajaron por caminos ahora más felices, trazados por otros pies humanos. Pero, curiosamente, por más que avanzaban, las casas y las personas no parecían crecer tanto como habían esperado. Ellos estaban cada vez más cerca y los otros seguían siendo pequeños. Tan pequeños tal vez como el hermano que, desde su alto mirador, espiaba sorprendido.

Casi estaban llegando a la primera aldea, cuando oyeron un grito y después otro. Vieron que todas aquellas personitas corrían a encerrarse en sus casas, cerrando tras de ellos puertas y ventanas.

Sin entender lo que sucedía, el hermano mayor depositó en el suelo al pequeño. Éste, viéndose por primera vez en un mundo de su tamaño, infló el pecho, irguió la cabeza y, pisando con determinación, se acercó a la casa más próxima. Llamó a la puerta y esperó.

A través de la hendidja que se abrió con cautela, dos ojos, exactamente a la altura de los suyos, espieron. Silencio al otro lado de la puerta. Pero, un segundo después, también las alas de la ventana se apartaron levemente, dando espacio a la vivaz curiosidad de otro par de ojos. En cada casa se abrieron otras hendidjas y se asomó tras ellas el destello de otras miradas. Al principio, recelosas, casi encogidas entre los hombros, después más osadas, estirándose, surgieron cabezas de hombres, de mujeres y de niños.

Cabezas pequeñas, todas minúsculas como la de su hermano, pensó el mayor, mientras trataba afanoso de comprender. No había nadie allí que fuera grande, nadie de su propio tamaño. Sin duda, sucedía lo mismo en las aldeas vecinas, en todas aquellas casas que él había creído pequeñas sólo a causa de la distancia.

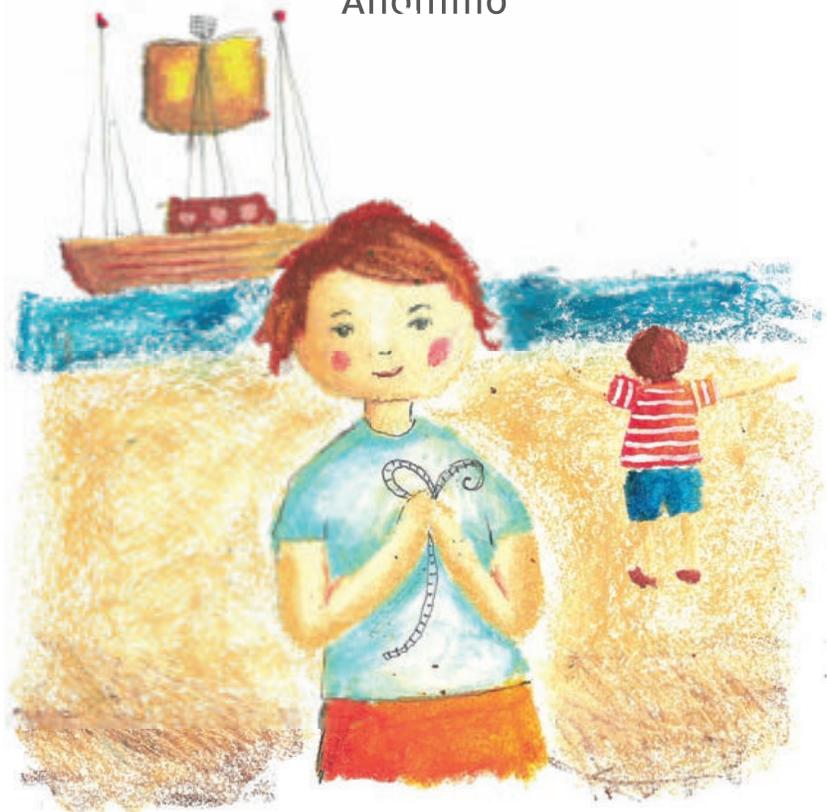
El mundo, descubrió con súbito sobresalto, en realidad estaba hecho a la medida de su hermano.

Entonces vio que éste, después de hablar con los habitantes de la casa, volvía hacia él tendiéndole la mano. El hermano, que siempre le parecía tan frágil, ahora lo llamaba con dulce firmeza. Y él se inclinó hacia la gente de la aldea, frágil y único gigante en este mundo.



Nudos

Anónimo



Un día, dos niños llegaron a una pequeña aldea junto a la mar salada, para ver a un marinero que conocían. Encontraron al marinero sentado a la puerta de su casa, frente al océano, haciendo nudos en una cuerda.

—Buenos días —dijo el marinero—. ¿Cómo están?

—Muy bien, gracias —respondieron los niños, que estaban muy bien educados—. Hemos oído decir que usted tiene un barco y hemos pensado que quizá quisiera llevarnos para que pudiéramos aprender a navegar. Es lo que más deseamos.

—Cada cosa a su tiempo —dijo el marinero—. Ahora estoy muy ocupado, pero quizá luego, cuando haya terminado mi trabajo, llevaré a uno de ustedes conmigo, si están dispuestos a aprender. Ahora debo marcharme, pero he ahí unos cordeles que deben ser anudados; podrían hacerlo ustedes, porque tienen que estar listos.

Les enseñó la manera de hacer los nudos y se fue.

Cuando estuvo lejos, el mayor de los niños corrió hacia la ventana y miró hacia afuera.

—Veo el mar —dijo—. Las olas llegan hasta la playa, junto a la casa. Están cubiertas de espuma, como los caballos que se encabritan y luego arquean el lomo ¡ven a verlo!

—No puedo —dijo el otro niño. Estoy a punto de hacer un nudo.

—¡Oh! —gritó su hermano—, ¡veo la barca! Baila en el mar como una bailarina. No he visto jamás nada tan bonito. ¡Ven a verlo!

—¡No puedo! —dijo el segundo niño—. Estoy a punto de hacer otro nudo.

—Sería maravilloso pasear por allí —dijo el primer niño—. Creo que el marinero me llevará con él, porque soy el mayor. No necesito mirar cómo se hacen los nudos, porque ya lo sé.

En aquel preciso momento volvió el marinero.

—¡Bien! —dijo—. Ya he terminado. ¿Qué han hecho mientras me esperaban?

—Yo he mirado el barco —dijo el mayor de los niños—. ¡Qué bello es! Me alegro de poder subir a él!

—Yo he hecho nudos —dijo el segundo.

—Entonces, ven —dijo el marinero tendiéndole la mano—. Te llevaré conmigo en mi barco y te enseñaré a conducirlo.

—¡Pero yo soy el mayor! —gritó el otro—. ¡Y sé mucho más que él!

—Puede ser —dijo el marinero—. Pero es necesario aprender a hacer un nudo antes de querer navegar.

—Yo he aprendido a hacer nudos —gritó el niño—, Los hago muy bien.

—¿Cómo puedes saberlo si no has hecho ninguno? —preguntó el marinero.

Nudo de pescador

Este nudo se utiliza para atar dos cuerdas mojadas o que estén bajo el agua; o cuando es necesario que ambas cuerdas se deslicen una sobre otra.



Piedra, papel y tijera

Este es un juego en el que pueden participar dos o tres personas. Cada jugador debe formar una figura con la mano al conteo de uno, dos y tres.



piedra.



papel



tijera

¿Quién gana?

La Piedra le gana a la Tijera porque puede romperla. La Tijera le ganan al Papel porque pueden cortarlo. El Papel le gana a la Piedra porque puede envolverla.

Juegos de descubrir

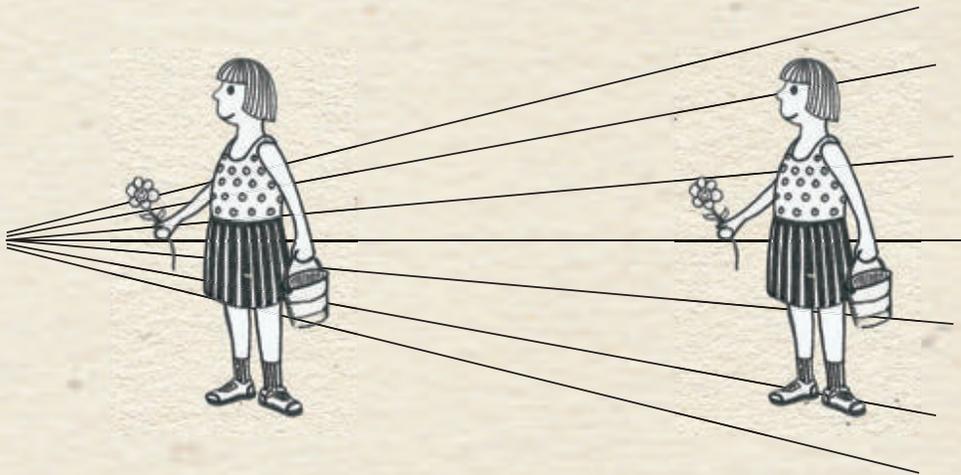
Existen muchos juegos, cuyo objetivo es descubrir o adivinar dónde está un objeto. Generalmente se juegan haciendo un círculo de participantes, y uno de ellos se hace fuera, pues debe adivinar por donde va el objeto que debe descubrir, en manos de quién está, o quién da las órdenes para que el objeto pase de mano en mano.

- ★ En el juego llamado Capitán, se elige en secreto a un participante que debe proponer diferentes movimientos que el resto del grupo sigue, y a otra persona que debe adivinar ¿quién es el capitán?
- ★ En el juego llamado Pasa objetos los participantes pasan de mano en mano un anillo o una piedrita, ya sea por delante de todos o por la espalda, y alguien debe adivinar dónde va o quién lo tiene.

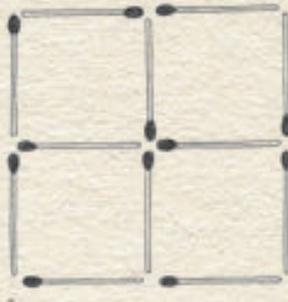
Esconde el anillo, escóndelo bien hasta que llegue tu tío Javier



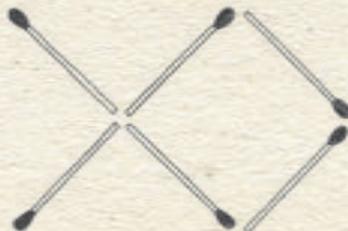
★ ¿Cuál de las dos niñas es más alta? ¿Están paradas en la misma línea? Mide las figuras y lo sabrás.



★ Forma cuatro cuadrados con palillos parecidos a los del dibujo. El juego consiste en quitar sólo dos palillos y que queden sobre la mesa dos cuadrados.



★ Mira este pez y pon tu ingenio a prueba: mueve sólo dos palillos y haz que el pez mire hacia otro lado.



pienso y acierto



El oso diferente

Daniel Nesquens

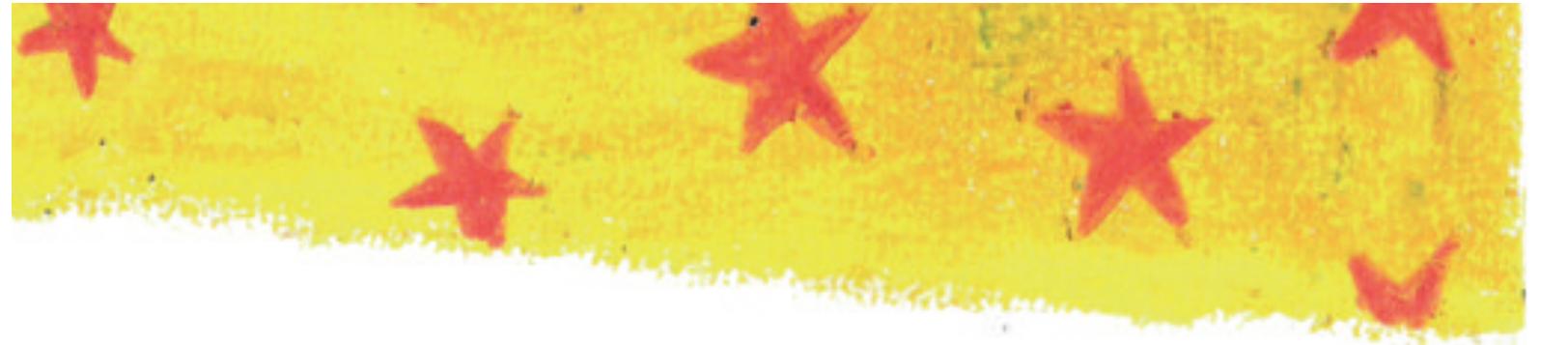
Tengo un primo que es un oso. No es que sea fuerte como un oso. O que sea muy feo y le digan que cuanto más feo más hermoso, como el oso. Es que mi primo Javier es un oso.

El día que mi tía Argelis acudió al médico y éste le dijo que estaba embarazada, se alegró tanto, que nos dio una fiesta en su casa de campo. Todos estábamos muy contentos, pero sobre todo mi tía Argelis y mi tío Gonzalo. Nos lo pasamos de miedo. Había de todo: pepinillos en vinagre, bocadillos de queso, de jamón, torta, helado de limón, refrescos, avellanas...

Cuando, semanas después, volvieron a ir al médico y éste les dijo que había algo que no alcanzaba a comprender, mi tía Argelis se puso triste y mi tío Gonzalo, serio, como si le hubieran dicho que tenía que irse a vivir a Bruselas. Fue en el cuarto mes de embarazo cuando el médico les confirmó que, lo que llevaba mi tía dentro no era un niño o una niña, sino un osezo.

El médico les tranquilizó diciéndoles que si bien era la primera vez en el mundo que una mujer iba a dar a luz a un oso, se conocían casos en que mujeres embarazadas habían dado a luz a otras cosas. Y que todo había ido perfectamente. Cuando nació mi primo Javier,





nadie decía que había sacado la nariz de su padre, los ojos de su madre o las orejas de su abuelo. No.

Mi primo Javier era un auténtico osito de peluche.

Era una dicha pasarle la mano por su pelo suave y delicado.

Al principio, mis tíos no terminaban de acostumbrarse a tener un hijo oso, pero cuando lo acariciaban y reconocían lo suave de su pelaje olvidaban todas sus penas. Cada día que pasaba queríamos más a mi primo Javier, era tan tierno.

Poco a poco, mi primo Javier fue creciendo y haciéndose mayor. En la escuela le enseñaron a leer y a escribir. Mi primo era muy bromista. La profesora le decía que no hiciera el oso. El se miraba su pelaje largo y espeso y se echaba a reír.

Pero un día, comenzadas las fiestas de nuestro barrio, un circo se estableció cerca de su casa. Mi primo se enamoró perdidamente de una joven osa nacida en las montañas de Ucrania. La osa era la principal atracción del circo. Montaba en bicicleta y en moto.

No sé qué vería mi primo en aquella osa que no tuviesen las chicas del barrio.

Cuando acabaron las fiestas, y con lágrimas en los ojos, mi primo Javier anunció a mi tía Argelis y a mi tío Gonzalo que se iba a enrolar en el circo para así estar cerca de su amor. Mis tíos se disgustaron mucho, pero comprendieron que no podían hacer nada para aplacar los sentimientos de su hijo. La vida es así.

Mis tíos dieron una fiesta de despedida. Mi primo Javier nos presentó a su novia. Nunca había visto a dos osos tan contentos. Parecían dos tortolitos arrullándose. En la fiesta de despedida había de todo: pepinillos en vinagre, bocadillos de queso, de jamón, torta, helado de limón, refrescos, avellanas... y lágrimas.

Ayer recibí la primera carta de mi primo Javier, desde Buenos Aires.

Está muy contento, pero nos echa de menos. Cuenta que el otro día un niño le regaló una bolsa de crispetas. Que aquel niño tenía mi misma mirada y mi misma sonrisa. Y que casualmente se llamaba igual que yo: Óscar.

El joven cangrejo

Gianni Rodari



Un joven cangrejo pensó: “¿Por qué en mi familia todos caminan hacia atrás? quiero aprender a caminar hacia adelante como las ranas, y que se me caigan las muelas si no lo logro”.

Comenzó a ejercitarse a escondidas, entre las piedras del arroyo natal, y en los primeros días se fatigaba mucho. Chocaba por todas partes, se magullaba la coraza y se le trababan las patas. Pero, transcurrido un tiempo, las cosas marcharon mejor, porque todo se puede aprender si se quiere.

Cuando estuvo seguro de poder hacerlo bien, se presentó a su familia y dijo:
—Vengan a ver.

E hizo una magnífica carreta hacia adelante.

—Hijo mío —estalló en llanto la madre—, ¿te ha dado vuelta la cabeza? Vuelve en ti, camina como tu padre y tu madre te han enseñado, camina como tus hermanos que tanto te quieren.

Pero sus hermanos no hacían más que reírse a carcajadas.

El padre lo miró severamente durante un rato y después le dijo:

—Basta ya. Si quieres quedarte con nosotros, camina como los otros cangrejos. Si quieres ser un cabeciduro, el arroyo es grande. Vete y no vuelvas más.



El valiente cangrejito quería mucho a los suyos, pero estaba demasiado seguro de estar en lo correcto para dudar; abrazó a su madre, se despidió del padre y de sus hermanos y se marchó por el mundo.

Su paseo despertó de pronto la sorpresa de un corrillo de ranas que, como buenas comadres, se habían reunido a charlar en torno de una hoja de nenúfar.

—Qué falta de respeto —dijo una rana.

—Vaya, vaya —dijo otra.

Pero el cangrejito prosiguió derecho como si fuera dueño de la calle. De pronto, se sintió llamado por un viejo cangrejote de expresión melancólica que estaba solo junto a una piedra.

—Buenos días —dijo el joven cangrejo.

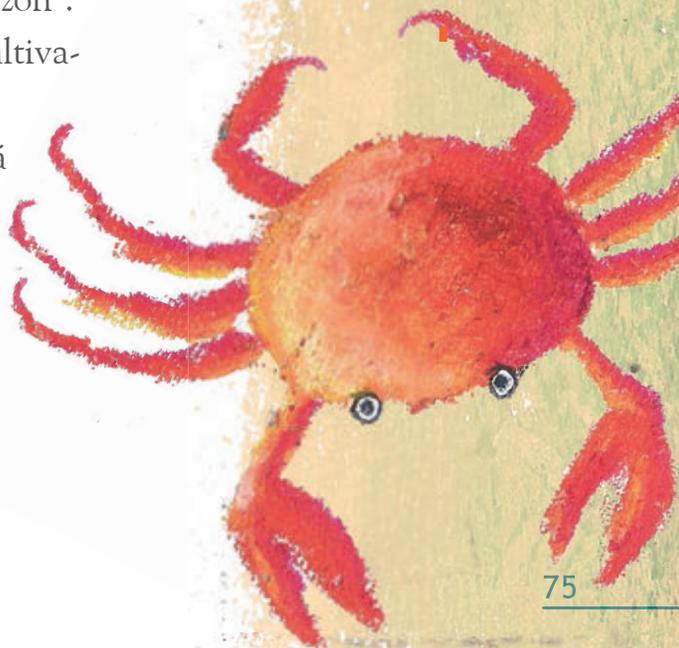
El viejo lo observó largamente, y después dijo:

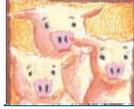
—¿Qué cosa crees que estás haciendo? Yo también, cuando era joven, pensaba enseñar a los cangrejos a caminar hacia adelante. Y fíjate qué he ganado: vivo solo y la gente se cortarían la lengua antes de dirigirme la palabra. Ahora que estás a tiempo, fíjate en mí: resígnate a ser como los otros y un día me agradecerás el consejo.

El joven cangrejo no sabía qué responder y se quedó silencioso. Pero, por dentro pensaba: “Yo tengo razón”. Ha saludado gentilmente al viejo y reanudó altivamente su camino.

¿Andará lejos el joven cangrejo? ¿habrá hecho fortuna? ¿Enderezará todas las cosas torcidas de este mundo? Nosotros no lo sabemos, pero él sigue marchando con el coraje y la decisión del primer día. Sólo podemos desearle de todo corazón:

—¡Buen viaje!





Los tres cerditos

Cuento popular inglés



En el corazón del bosque vivían tres cerditos que eran hermanos. El lobo siempre andaba persiguiéndoles para comérselos. Para escapar del lobo, los cerditos decidieron hacerse una casa. El pequeño la hizo de paja, para acabar antes y poder irse a jugar.

El mediano construyó una casita de madera. Al ver que su hermano pequeño había terminado ya, se dio prisa para irse a jugar con él.

El mayor trabajaba en su casa de ladrillo.

—Van a ver lo que hace el lobo con sus casas —dijo a sus hermanos mientras éstos jugaban en el bosque.

Días después el lobo salió detrás del cerdito pequeño y él corrió hasta su casita de paja, pero el lobo sopló y sopló y la casita de paja derrumbó. El lobo persiguió al cerdito por el bosque, y este corrió a refugiarse en casa de su hermano mediano. Pero el lobo sopló y sopló y la casita de madera derribó. Los dos cerditos salieron corriendo de allí para escapar del lobo.

Casi sin aliento, con el lobo siguiendo sus talones, llegaron a la casa del hermano mayor. Los tres se metieron dentro y cerraron bien todas las puertas y ventanas. El lobo se puso a dar vueltas a la casa, buscando algún sitio por donde entrar. Con una escalera larguísima trepó hasta el tejado, para meterse por la chimenea. Entonces el cerdito mayor puso al fuego una olla con agua. El lobo comilón descendió por el interior de la chimenea, cayendo en el agua hirviendo y se quemó.

Escapó de allí dando unos terribles aullidos que se oyeron por todo el bosque. Se cuenta que nunca jamás el lobo quiso comer cerdito.





Tres cochinitos

Francisco Gabilondo Soler

Tres cochinitos ya están en la cama
muchos besitos les dio su mamá
y calentitos los tres en pijama
dentro de un rato los tres roncarán.

Uno soñaba que era un rey
y de repente quiso un pastel
al gran ministro le hizo traer
quinientos pasteles sólo para él.

Otro soñaba que en el mar
en una barca iba a remar
más de repente al embarcar
se cayó de la cama y se puso a llorar.

El más pequeño de los tres
un cochinito lindo y cortés
sólo soñaba en trabajar
para ayudarle a su mamá

Y así soñando sin despertar
los cochinitos pueden jugar
ronca que ronca y vuelta a roncar
al país de los sueños se van a pasear.



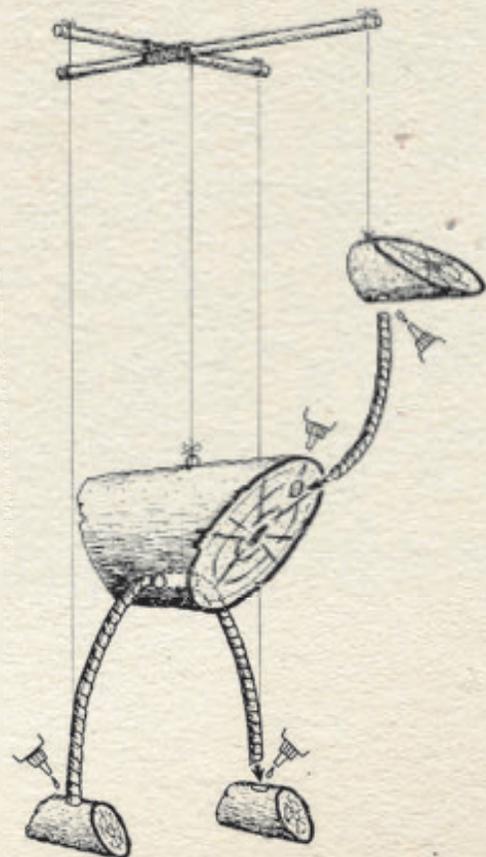
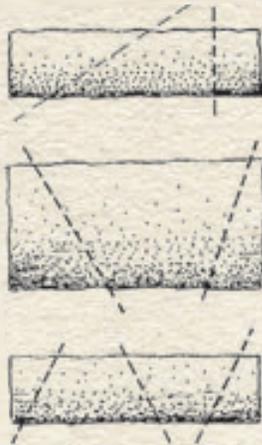
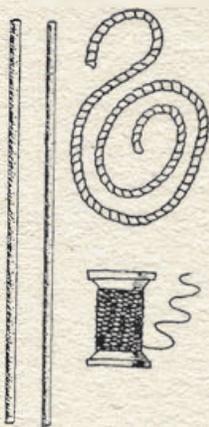


Títeres y marionetas

Los títeres y las marionetas son figuras que se utilizan para representar personajes teatrales.

Los títeres se caracterizan porque una mano los mueve, como si se tratara de un guante. Las marionetas, en cambio, cuelgan de varios hilos que alguien mueve desde arriba.

Ambas se pueden fabricar con todo tipo de materiales (madera, telas, retazos, diversos rellenos) y en una gran variedad de tamaños.



Consigue tres troncos, uno más grueso para el tronco y dos más delgados para pies y cabeza. Corta y amarra las pitas como el dibujo.



Zancos

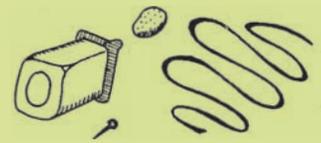
En muchas culturas antiguas, los zancos eran utilizados en rituales mágicos, para poner en fuga a los malos espíritus. Hoy en día, y en muchos países, los zancos le dan alegría y vistosidad a las comparsas que participan en carnavales y bailes tradicionales. En Argentina, los zancos se usan en los días lluviosos, para cruzar charcos y fangales. Con dos tarros de lata vacíos y un par de cuerdas, puedes hacer unos zancos y mirar la vida desde las alturas.



Perinola

Hay pocos juegos que sean tan divertidos para medir la habilidad y el pulso del jugador, como la perinola. La perinola está hecha, por lo general, de madera, y consiste en un palo, al cual está atada por una pita relativamente larga una bola de madera que tiene un hueco en su parte de abajo, que debe encajar perfectamente en el palo. Cada jugador debe balancear la bola y hacerla girar en el aire y tratar de “enchocular”, es decir, tratar de que la bola caiga ensartada en el palo.

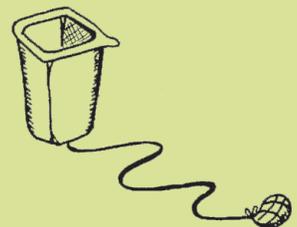
Con un vaso desechable, una pita y una bolita o semilla puedes hacer “la cazadora”, una variación de la perinola.



1. Abro un agujero en el fonde del vaso

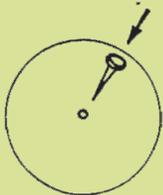
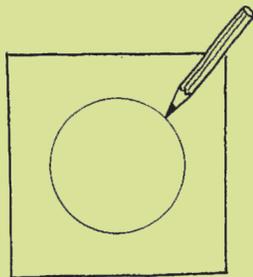


2. Inserta una pita de 50 cm con un nudo en la punta para impedir que se salga.



3. En el otro extremo de la pita amarra la semilla y quedará lista tu cazadora.

El trompo



El trompo es un juguete muy antiguo que ha permanecido vivo a lo largo del tiempo, gracias a la magia que tiene su baile.

Como al trompo le gusta bailar, hay que lanzarlo con fuerza al aire para que caiga al piso y gire con elegancia sobre su eje el mayor tiempo posible.

Cuando el trompo empieza a perder impulso su baile se inclina hacia los lados hasta que pierde su movimiento por completo y se dice que el trompo está “muerto”.

Hay muchas formas de jugar. Hay quienes juegan en grupo lanzando varios trompos que deben caer dentro de un círculo para que bailen allí. El trompo que se salga del círculo, pierde.

Trompo

Rubén Darío Lotero.



Vestir el trompo con delgado hilo,
y en un envión
desvestirlo,
esbelta bailarina de lisas caderas
danzando libre
en un solo tacón.

La cometa

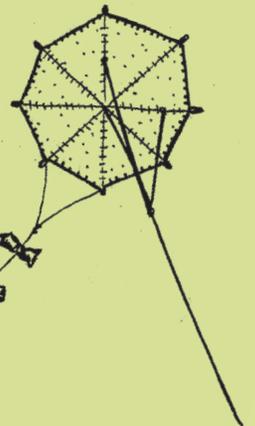
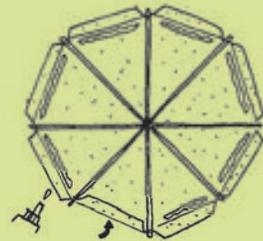
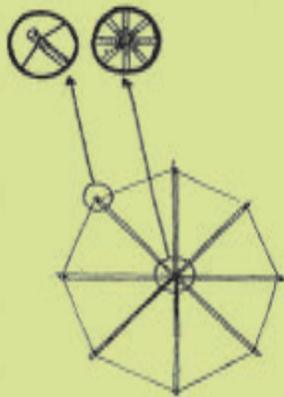
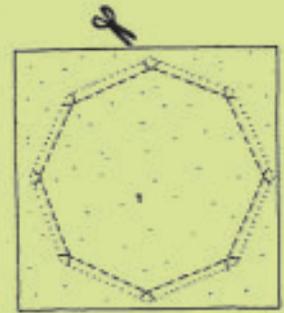
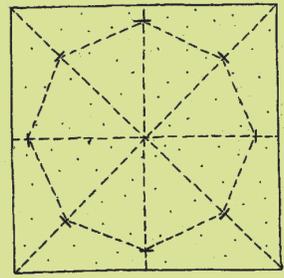
La cometa, también llamada papalote o barrilete, es un bello juguete diseñado para volar y alegrar el cielo. La cometa tiene una estructura ligera, hecha normalmente de madera, que está cubierta por un material liviano que puede ser tela, plástico o papel, que suele tener bellos y vistosos colores. La cometa se eleva gracias al viento que la impulsa hacia lo alto, y está anclada en el aire por una cuerda larga que sirve para controlarla desde la tierra, y tiene una cola que le da estabilidad a su vuelo.

La palabra “cometa” proviene del griego y significa “de cabellos largos”. Las cometas fueron creadas en China, en tiempos muy remotos.

Barrilete

Rubén Darío Otálvaro

El niño
observaba su barrilete
entre el azul y el viento.
De pronto,
bajó la cabeza
para mirar a una linda niña
que iba vestida de cielo;
y al volver la mirada,
descubrió con sorpresa
que su juguete de aire
volaba tras una hermosa
paloma blanca.





La herencia del rey

Anónimo

Un rey tenía tres hijos y quería elegir a uno de ellos como su heredero. Era una decisión muy difícil, porque los tres eran muy inteligentes, muy valientes y eran trillizos todos de la misma edad, de modo que no había forma de decidir. Entonces preguntó a un gran sabio y el sabio le sugirió una idea.

El rey fue a su casa y pidió a sus tres hijos que vinieran. Le dio a cada uno una bolsa con semillas de flores y les dijo que se iba de viaje. “Me tomará unos pocos años, uno, dos, tres, quizá más, y ésta será una prueba para ustedes. Tendrán que devolverme estas semillas cuando regrese. Y aquél que mejor las proteja se convertirá en mi heredero”. Y partió a su viaje.

El primer hijo pensó: “¿Qué debería hacer con estas semillas?” Las guardó en una caja de seguridad de hierro, porque al regresar su padre, debería devolverlas como las había recibido. El segundo hijo pensó: “Si las guardo como hizo mi hermano, morirán, y una semilla muerta no es una semilla”. De modo que fue al mercado, vendió las semillas y guardó el dinero. Y pensó: “Cuando mi padre regrese, iré al mercado, compraré semillas nuevas y le devolveré semillas mejores que las primeras”. Pero el tercero fue al jardín y arrojó las semillas por todas partes.

Después de tres años, cuando el padre regresó, el primer hijo abrió la caja fuerte. Todas las semillas estaban muertas, apestaban, y el padre le dijo: “¿Son éstas las semillas que te di? Tenían la posibilidad de florecer y dar un hermoso perfume, y estas semillas apestan. ¡Estas no son mis semillas!”.

El segundo hijo corrió al mercado, compró semillas, volvió a la casa y se las presentó a su padre. El padre dijo: “Pero no son las mismas. Tu idea fue mejor que la de tu hermano, pero todavía no eres tan capaz como yo quisiera”.

Fue al tercero, con gran esperanza y también con temor: “¿Qué has hecho?”. Y el tercer hijo lo llevó al jardín y allí había millones de plantas creciendo, millones de flores por todas partes. Y el hijo dijo: “Estas son las semillas que me diste. En cuanto estén listas, juntaré las semillas y te las devolveré”. Y el padre contestó: “Tú eres mi heredero. Es sembrando como se dan los frutos que nos dejan las semillas”.

Amor fraternal

Anónimo

La historia cuenta que había dos hermanos que se querían con toda el alma. Ambos eran agricultores. Uno se casó y el otro permaneció soltero.

Decidieron seguir repartiendo toda su cosecha a medias.

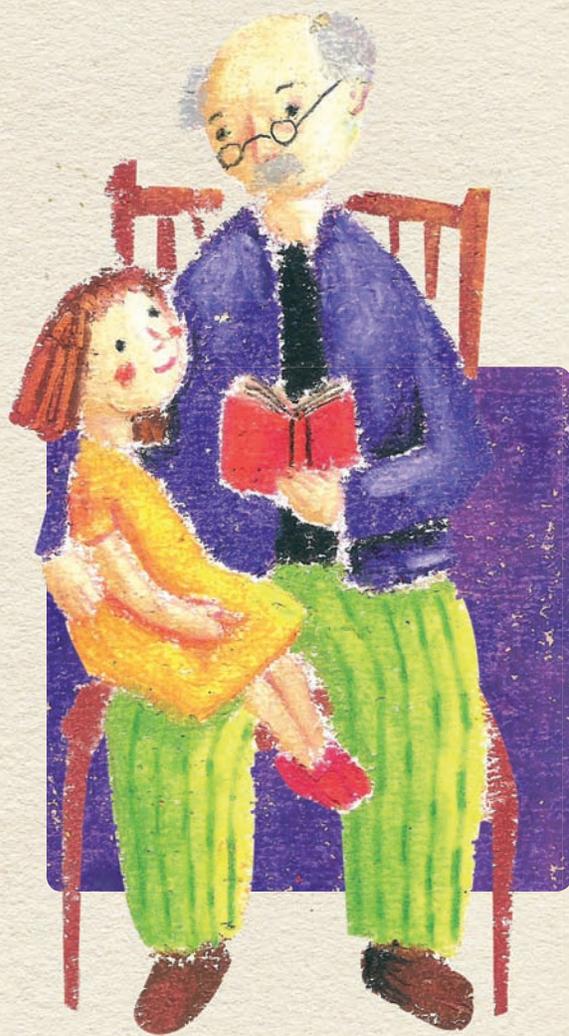
Una noche, el soltero soñó: ¡No es justo! Mi hermano tiene mujer e hijos y recibe la misma proporción de trigo que yo que estoy solo. Iré por las noches a su granero y le añadiré varios sacos sin que él se dé cuenta.

A su vez, el hermano casado soñó también una noche: ¡No es justo! Yo tengo mujer e hijos y mi futuro estará con ellos asegurado. A mi hermano, que está solo, ¿quién lo ayudará? Iré por las noches a su granero y le añadiré varios sacos de trigo sin que sé de cuenta.

Así lo hicieron ambos hermanos. Y ¡oh, sorpresa! Ambos se encontraron en el camino, una misma noche, portando sacos el uno para el otro.

Se miraron, comprendieron lo que pasaba, y se abrazaron con un abrazo de hermano, aun más fuerte que antes, y para siempre.





“Los años nos enseñan muchas cosas que los días no saben nunca”.





Cadeneta

Las cadenetas se hacen con uno o más cordones que van formando lazos sucesivos los cuales se hacen pasar por el interior de otros lazos.

Recuerdos de mi abuelo

“A mi abuelo, uno puede tratar de definirlo de muchas maneras: querendón, noble, consejero, buen amigo, sagaz, audaz, trabajador, intuitivo, arrojado, orgulloso, generoso, digno, valiente, pero creo que si sigo nunca acabo. Resumo, entonces, con la mejor descripción que jamás oí de él: ‘es el hombre’ ”.

“Cuando mi abuelo caminaba por el campo parecía que conversara con los samanes, los cedros y los piñones, a los cuales limpiaba de chamizas. Admiraba cada cosa que veía: un árbol de mango criollo de 50 años, los guayabos rebosantes, un piñón florecido de orejas, el perfil de una montaña, la algarabía de unas gallinetas, el cacareo de una cubanita culeca, el amargo biche de un mango chancleto, el aullido expectante de un perro enrastrado”.

“Al abuelo le gustaba contar cuentos. Era un cuentero innato. Quienes lo escuchábamos nos transportábamos en una máquina del tiempo, alucinados con sus historias”.

“Cada día que compartí con mi abuelo me llena de recuerdos mágicos y enseñanzas. Noche tras noche, domingo tras domingo, todos íbamos a rendirle tributo a este genio enamorado de la vida que fue capaz de relatar mil historias en una, o una historia en mil historias”.





Conversaciones con el abuelo

Irene Vasco

Abuelo: Entonces el pescado grande, grande, se transformó en un globo y el capitán que lo dirigía dijo a los pasajeros...

Niña: Sigue, sigue, abuelo.

Abuelo: ¿Qué crees tú que le dijo el capitán a los pasajeros?

Niña: No sé, no sé, abuelo. Tú eres el que se sabe todos los cuentos. Sigue con la historia que está muy emocionante.

Abuelo: La historia termina mañana. Puedes pensar esta noche en lo que va a pasar. Mañana veremos si tenías razón o no.

Niña: Abuelo, siempre me haces lo mismo. Me dejas en la mitad de un cuento y yo con ganas de saber cómo termina. Pero no importa, te quiero igual.

Abuelo: Si te cuento todo al mismo tiempo, ¿qué le dejo a tu imaginación? Además, así es más emocionante y vas a quedar con ganas de que yo vuelva a contarte historias.

Niña: Yo siempre quiero que vuelvas, aunque ya me sepa el final de la historia. Tú eres el papá de mi papá, es decir, mi familia. Me encanta porque ya no trabajas y tienes mucho tiempo para estar conmigo y cuidarme.

Abuelo: A mí también me gusta estar con ustedes, pero no me gusta eso de no trabajar. Tengo las manos fuertes y todavía puedo hacer muchas cosas.

Niña: Pero tú y la abuela hacen muchísimas cosas. Nos cuidan cuando nuestros papás no están, nos cuentan historias, nos enseñan montones de cosas...

Abuelo: Pero podría salir al campo y ayudar en la huerta.

Niña: Entonces estarías tan ocupado, que no me podrías contar la historia de la familia, de dónde somos, quiénes somos, por qué somos así.

Abuelo: ¿Y para qué quieres saber todo eso?

Niña: Abuelo, no hagas preguntas tontas. Porque si no sé quién soy, si no tengo las palabras de la familia, ¿cómo me voy a reconocer? Voy a andar perdida por el mundo y eso no es nada bueno.

Abuelo: Pon mucha atención, entonces. Hoy te voy a contar de cuando salí de mi pueblo, llegué aquí y conocí a tu abuela. Eso fue el día de San José, allá en el año de ...



De otra manera



Antonio Orlando Rodríguez



Mi abuela es olvidadiza, tan olvidadiza, que a veces se sienta a hacerme una carta, dobla el papel sin haber escrito ni media palabra, lo mete en un sobre, le pega un jazmín de cinco hojas y lo echa, tan campante, en el primer buzón que encuentra en su camino.

Suerte que ya todos los carteros conocen lo distraída que es mi abuela y cada vez que hayan en su bolso una carta sin dirección ni remitente y con un sello que huele muy lindo, no lo piensan dos veces y me lo entregan.

Entonces yo despego el sobre, con mucho cuidado para que no vaya a romperse, lo sacudo despacito y de su interior, como en un desfile, van saliendo las cosas más asombrosas: cañaverales, palmas, guijas y jilgueros, estrellas, panales, remiendos invisibles, décimas, agujeros y el montón de maravillas que mi abuela pensaba contarme en la carta y que no me contó, o que sí me contó, pero de otra manera.

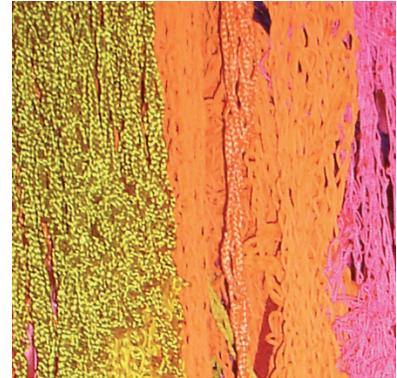


La abuelita

Tomás Allende Irigorri

Quién subiera tan alto
como la luna
para ver las estrellas
una por una,
y elegir entre todas
la más bonita
para alumbrar el cuarto
de mi abuelita.





Ronda del pinar

David Cherician

Las agujas del pino
—señor, señero—
nunca fueron agujas
de costurero.

Las agujas del pino
—señor, señora—
nunca fueron agujas
de bordadora.

Las agujas del pino
—señor, señor—
nunca fueron
agujas de tejedor.

Pero todas quisieran
—señor, ¡soñar!—
coser, bordar, tejer
el viento al mar.

Yo tengo un ovillo de hilo amarillo que empieza en la punta y termina en mi bolsillo termina en la punta de hilo amarillo yo tengo un ovillo

La abuela tejedora

Uri Orlev

Un día llegó a una pequeña ciudad una abuela muy anciana. Sólo llevaba un bastón y un par de agujas de tejer. Recorrió la ciudad y no encontró casa, entonces se sentó en el campo sobre una piedra fría y tejió unas hermosas pantuflas para reposar sus pies cansados.

Pero la abuela no quiso poner sus pantuflas sobre la tierra. Así que se tejió un tapete. Luego se preguntó dónde lo podría extender. A su alrededor sólo había espinas y rastrojo. Y de nuevo se puso a laborar. Suenan, suenan las agujas.

Dos segundos más tarde, había tejido el piso, y de ese problema se olvidó.

Pero ahora, ¿dónde conseguiría una cama o un sillón? De nuevo se puso a laborar. Suenan, suenan las agujas. Tejió una cama, una almohada y un colchón. Tejió una funda, una colcha y una sábana.

Pero ¿cómo podría dormir sin una cortina? Y de nuevo se puso a laborar. Suenan, suenan las agujas. Tejió una pared, una ventana y un mosquitero. Tejió una columna y luego otra y sobre ellas tejió el techo.

Pero, sin té ni tetera, ¿qué haría para desayunar? Entonces se puso a tejer una tetera y un pastel. Tejió tres tazas, pues sola ahí no quería vivir. Suenan, suenan las agujas.

La abuela supo qué quería, se tejió un nieto y una nieta. Con hilo fino les agregó unas muecas de tristeza, otras de risa y mucha picardía. Afuera tejió pasto y flores. Adentro, puertas con manijas. Y los dos nietos salieron a la terraza a brincar sobre un paso de estambre verde.



Yo tengo un ovillo de hilo amarillo

La abuela seguía tejiendo juguetes, estantes, roperos, mientras afuera dos pícaros traviesos algunas flores destejieron. Luego el pícaro atrapó a la pícara y le rompió unos hilos del tobillo. Y ella a su hermano le descosió un pedazo de espalda. La abuela tejedora no se enojó. Remendó el tobillo y el pedazo de espalda reparó.

Con estambre negro tejió un poco de oscuridad, acostó a los niños y los arropó. Y frente a la cama se sentó a tejer dulces sueños de fina trama.

Por la mañana tejió un libro para cada uno de sus nietos y a la escuela los llevó. Pero los maestros dijeron al verlos: —No aceptamos niños de estambre. La abuela contestó: —Son niños lindos y encantadores. Vean lo que saben. Son tejidos, pero no es culpa de ellos. —¿Niños de hilo y huecos? ¡No en nuestra escuela! ¡Eso no es respetable! —Dijeron los maestros.

La abuela era obstinada Así que suenan que suenan las agujas. Tejió un auto y en él viajaron a exigir una disculpa. El alcalde y sus consejeros escucharon a la abuela y decidieron que en una ciudad decente no podían aceptar niños llenos de agujeros.

¿Qué clase de alcaldía es ésta? —preguntó la abuela y, de nuevo, se puso a laborar.



Suenan, suenan las agujas. Tejió un avión, y en él volaron a la capital. Discutieron con el presidente y sus ministros ¿Niños de hilo y huecos?

Fruncieron la nariz y declararon: —El alcalde y los maestros no se equivocan, aquí no hay lugar para niños de estambre.

Ya para entonces la pequeña ciudad era famosa. De todas partes venían turistas a conocer la extraña casa y su jardín. El alcalde y sus consejeros decidieron levantar una cerca para proteger la casa, pues en ninguna otra parte había una así, toda tejida. Pero la cerca no sirvió, pues la abuela tejedora, muy enojada, destejió en secreto por la noche la casa entera: las puertas, las paredes, la cerca, las flores, la tetera.

Ya no suenan las agujas. Cuando desapareció todo, la abuela destejió a sus nietos también. Tomó su bastón y abandonó el lugar para siempre.

Pero la abuela encontrará otro lugar y tejerá todo nuevamente. Lo primero serán sus nietos, para que vuelvan a reír y a correr. Y si en aquel lugar encontrara gente agradable, que con gusto acepte sus nietos, la abuela tejedora sin preocuparse se sentará a tejer y tejerá, tejerá, tejerá...



Los ojos de mamá

Lionel Koechlin

Cuéntame otro cuento, abuela, que mañana no hay escuela.



Serafín amanece feliz tocando el saxofón.

Está tan entretenido, que se sorprende cuando su mamá le dice:

—Serafín, ve a llevarle el almuerzo a tu abuelo que trabaja en el bosque.

—¿Ya es mediodía? —pregunta Serafín.

—Sí. Y el abuelo debe tener hambre. Apúrate.

Serafín guarda su saxofón y camina hacia el bosque. El sendero bordea una laguna azul. A la orilla crecen flores de muchos colores y Serafín se detiene a mirarlas. Por fin escoge una.

Entonces, un cocodrilo sale chapoteando del agua

—¿Por qué has tomado esa flor? ¡Ese color es horrible! El cocodrilo grita tan fuerte que salpica de saliva a Serafín.

—¡Qué asco! —dice Serafín, y huye bosque adentro.

El cocodrilo lo persigue chillando:

—¡Ven! ¡Vuelve acá! Quiero comerme tu cesta llena de comida. Y no me hagas correr que me duelen mucho las rodillas. Serafín corre más rápido que el cocodrilo, pero algo se le atraviesa en el camino.

¡Es un león!

Serafín se detiene de golpe y el león ruga:

—¿A dónde vas con tanta prisa? ¡Esa cesta que huele tan sabroso!

—Voy donde... —Serafín no termina de contestar cuando el león se enfurece.

—¿Y esa flor tan fea?

—¿Fea, esta flor? —titubea Serafín.

—¡Horrible! Has podido escoger una flor anaranjada, ¡anaranjada como mi magnífica melena!

—¡Cállate la boca, león engreído! —grita el cocodrilo que los alcanza jadeando —¡Pfff! Este niño debería escoger una flor verde, y punto.

—¿Verde? ¡Qué verde ni qué verde! —reclama el león. El anaranjado es mejor. ¡No me digas que no te encanta el anaranjado!

—¡No! —opina el cocodrilo—. El verde es mejor.

El león se ríe y exclama:

—¡Ja! Está completamente chiflado. Niño, ¿que piensas tú? ¿Cuál es más bonito, el anaranjado o el verde?

—Ehhh...umm ...— Serafín no se atreve a contestar, así que les propone:

—Vayamos a ver a mi abuelo, que es un gran pintor. Mezcla colores desde hace más de cien años. Él nos podrá ayudar.

Cuando llegan al claro del bosque, Serafín pregunta:

—Abuelo, ¿cuál es el color más bello de todos?

Y susurrándole a la oreja, le pide:

—¿Puedes tú explicárselo al león y al cocodrilo, pero sin que se enojen?

—Abran bien las orejas —anuncia el abuelo—, y escuchen lo que les voy a decir: el color más bello de todos es el de los ojos de la mamá de cada uno.

—¡El color de los ojos de mi mamá! —exclama el león.

—¡El color de los ojos de mi mamá! —repite el cocodrilo.

Ambos se quedan pensando.

—Qué extraño —suspira el cocodrilo—. He olvidado por completo el color de los ojos de mi mamá.

—Yo también —confiesa el león—. Volvamos a casa a mirarles los ojos a nuestras mamás.

—Buena idea —dice el cocodrilo.

El león y el cocodrilo se van hacia el bosque.

—¡Mamá! —llama el cocodrilo.

—¡Mamá! ¡Mamá? —ruge el león.

Entonces, Serafín le regala a su abuelo la flor.

—¿Sabes qué, Serafín? Yo nunca he olvidado el color de los ojos de mi mamá. Eran violetas, como esta bella flor que me has traído.

Pictogramas

El juego consiste en hacer una serie de dibujos sucesivos, relacionados entre ellos, de modo que con ellos se pueda componer una historia.

En el juego de los pictograma hay dos modos de participar: Una persona hace los dibujos y los otros inventan la historia. O uno mismo puede hacer los dibujos e inventar la historia, para contársela a otros.

Para ayudar a componer la historia, puedes pensar en que todo cuento tiene, por lo general, tres o cuatro momentos muy importantes:



Había una vez...



Entonces...



Luego...



Y colorín colorado

Para los personajes de tus dibujos, aquí tienes algunas ideas



Sombras chinescas

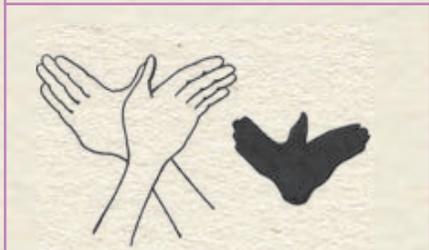
Las sombras pueden producir mucho miedo en la noche si no sabemos lo que son. Desde tiempos muy antiguos, las sombras proyectadas por la luz de las hogueras y de las lámparas sobre las piedras y las paredes sirvieron para hacer figuras y representar animales o cosas. Las sombras proyectadas sobre telas blancas se han convertido en un delicioso juego, con el cual se cuentan historias.

Para hacer figuras con sombras necesitas una luz, ya sea de una vela, de una lámpara o de una linterna, una sábana blanca o una pared y poner las manos en diferentes posiciones entre la luz y la pared.

Ensayá con tus manos y encontrarás increíbles figuras:



- Conejo saltarín brinca y salta por aquí



- Paloma mensajera vuela que vuela



- Este es el perro Sultán que cuida el rancho de Don Tomás



- ¿Quién de noche se esconde en el bosque?

Los abuelos cuentan siempre las mejores historias. Ellos saben cuentos y juegos que han pasado de boca en boca durante muchas generaciones, y saben que nosotros los vamos a contar a nuestros hijos y nietos para que los conozcan las muchas generaciones que vendrán. Esta es una bella manera de conservar las tradiciones familiares.

Charada

El juego de charadas es uno de esos juegos. Consiste en adivinar una palabra a partir de pistas que nos dan otras palabras. Estas palabras que sirven de pistas contienen una o varias de las sílabas que conforman la palabra que tenemos que adivinar.

Por ejemplo:

Hay que adivinar una palabra de cinco sílabas.

La primera sílaba corresponde al verbo de la identidad.

La segunda y la tercera sílabas forman una parte del cuerpo.

La cuarta y quinta sílabas son lo contrario de alto.

Todas las sílabas juntas forman un insecto.

Respuesta: es - cara - bajo

Con estas pistas podemos jugar a las charadas:

- ✦ Mi primera es una pica,
mi segunda es una flor,
mi todo es un avecilla
de lindísimo color.
- ✦ Mi primero es una parte del cuerpo,
mi segundo es una hortaliza
y mi todo es un animalito de tierra y de mar.
- ✦ Mi primero es el astro que alumbra el día.
mi segundo un objeto que se usa en los juegos de mesa
y mí todo un oficio.



Cadena de palabras

Existen muchas retahílas y canciones que sirven para jugar y divertirse con las palabras. Algunas nos ponen a buscar palabras que pertenecen a un conjunto de cosas determinado. Otras nos obligan a pensar en palabras que comienzan por una letra. Se juegan en círculo y según la orden dada, cada participante elige una palabra para decir cuando le llegue el turno.

- ★ De la Habana viene un barco cargado de... animales: perro, mico, loro, gato...
- ★ Atención, por favor, diga usted, nombre de frutas por ejemplo coco, caimito, corozo, cacao..

Otros juegos de palabras ayudan a ejercitar la memoria, pues durante ellos se van acumulando las palabras que cada uno de los participantes en el juego va sumando cuando le toca el turno. Por ejemplo, en los juegos que siguen, la primera persona dice la primera frase, la segunda agrega una palabra, la tercera tiene que repetir las dos palabras que los otros dijeron y agregar una tercera, y así sucesivamente

- ★ En el baúl de mi abuela, encontré unos zapatos.
En el baúl de mi abuela, encontré unos zapatos y un trompo.
En el baúl de mi abuela, encontré unos zapatos, un trompo y unas tijeras.
En el baúl de mi abuela, encontré unos zapatos, un trompo, unas tijeras y un sombrero...

jglklkluglyulsm:
kjda. ewati wtawe
r tñ re nv t qñtq
qot faiowe aeh o
t'hs erit ñqet qawe
ywhf sytT O4 WT
W ID DJHF tert
ie ñir trta irt riue
rey oy ri nfgjigse t st
ñt ñoriut oryñyw
y weywñ yi ñwier y
weryñoiñ to





El árbol de manzanas

Anónimo

Hace mucho tiempo existía un enorme árbol de manzanas. Un pequeño niño lo amaba mucho y todos los días jugaba alrededor de él. A veces trepaba al árbol hasta el tope, otros se refrescaba en su sombra. El niño amaba al árbol y el árbol amaba al niño.

Pasó el tiempo y el pequeño niño creció y nunca más volvió a jugar alrededor del enorme árbol.

Un día el muchacho regresó y escuchó que el árbol le preguntó:

“¿Vienes a jugar conmigo?”, pero el muchacho contestó: “ya no soy el niño de antes que jugaba alrededor de enormes árboles. Ahora quiero son juguetes y necesito dinero para comprarlos”.

“Lo siento, dijo el árbol, pero no tengo dinero. Te sugiero que tomes todas mis manzanas y las vendas. De esta manera, obtendrás el dinero para tus juguetes”.

El muchacho se sintió muy feliz. Tomó todas las manzanas y obtuvo el dinero, y el árbol volvió a ser feliz.

Pero el muchacho no regresó y el árbol volvió a estar triste.

Tiempo después, el muchacho regresó y el árbol se puso feliz y le preguntó:

“¿Vienes a jugar conmigo?” “No tengo tiempo para jugar. Debo trabajar para mi familia. Necesito una casa para vivir con mi esposa y mis hijos.

¿Puedes ayudarme?”... “Lo siento, —dijo el árbol—, no tengo una casa, pero tú puedes cortar mis ramas y construir tu casa”.

El joven cortó todas las ramas y el árbol fue feliz nuevamente. Pero el joven se perdió y el árbol volvió a estar triste y solitario.

Cierto día de un cálido verano, el hombre regresó y el árbol estaba encantado. “Vienes a jugar conmigo?”, le preguntó el árbol. El hombre contestó: “estoy triste y volviéndome viejo. Quiero un bote para navegar y descansar. ¿Puedes darme uno?” El árbol contestó: “Usa mi tronco para que puedas construir uno y así puedas navegar y ser feliz”. El hombre cortó el tronco y construyó el bote. Luego se fue a navegar por un largo tiempo.

Finalmente, regresó después de muchos años y el árbol le dijo: “Lo siento mucho, pero ya no tengo nada que darte, ni siquiera manzanas”. El hombre replicó: “no tengo dientes para morder ni fuerza para escalar. Ya estoy viejo”.

Entonces el árbol, con lágrimas en los ojos, le dijo: “ya no puedo darte nada. Sólo me quedan mis raíces muertas”. Y el hombre contestó: “Yo no necesito mucho ahora, solo un lugar para descansar. Estoy tan cansado después de tantos años”. “Bueno, las viejas raíces de un árbol son el mejor lugar para recostarse y descansar”. Y el manzano replicó: “Ven, siéntate conmigo y descansa”.





La vasija vieja

Cuentos del Talmud

Un cargador de agua de la India tenía dos grandes vasijas que colgaba a los extremos de un palo que cargaba encima de los hombros. Una de las vasijas tenía varias grietas, mientras que la otra era perfecta y conservaba toda el agua al final del largo camino que el cargador hacía a pie, desde el arroyo hasta la casa de su patrón. Cuando el hombre llegaba, la vasija rota sólo tenía la mitad del agua. Durante dos años completos, lo mismo sucedió. La vasija perfecta estaba muy orgullosa de sus logros, pues se sabía perfecta para los fines para los que fue creada. Pero la pobre vasija agrietada estaba muy avergonzada de su propia imperfección, y se sentía miserable porque sólo podía cumplir con la mitad de su trabajo.

Después de dos años, la tinaja quebrada le habla al aguador diciéndole:

—Estoy avergonzada y me quiero disculpar contigo, porque debido a mis grietas, sólo puedes entregar la mitad de mi carga y sólo obtienes la mitad del valor que deberías recibir—.

El aguador, apesadumbrado, le dijo compasivamente:

—Cuando regresemos a la casa quiero que notes las bellísimas flores que crecen a lo largo del camino.

Así lo hizo la tinaja. Y vio muchas flores hermosas a lo largo, pero, de todos modos, se sintió apenada, porque al final sólo quedaba dentro de ella la mitad del agua que debía llevar.

El aguador le dijo entonces:

—¿Te diste cuenta de que las flores sólo crecen del lado en que tu vas? Siempre he sabido de tus grietas y quise sacar partido de ellas. Sembré semillas de flores a todo lo largo del camino por donde vas, y todos los días has venido regándolas. Durante dos años yo he recogido estas flores para decorar el altar de mi Maestro. Si no fueras tal como eres, con todo y tus defectos, no hubiera sido posible crear esta belleza.





Los abuelos

Jairo Ojeda

En las sombras del árbol, en el alero,
en la silla,
en la mesa de roble viejo,
siento vivo el abrazo de mis abuelos.

En el patio, en las flores, en la cometa,
mi papá los recuerda.
en la siembra, en la casa, en el camino...

¿Cuántas cosas le digo?
¿Tantas cosas sabe mi viejo?
¿Tanta sabiduría y tan poca escuela?
Su tiempo fue de escucha y de consejo,
ese hacer con las manos, no en el tablero.

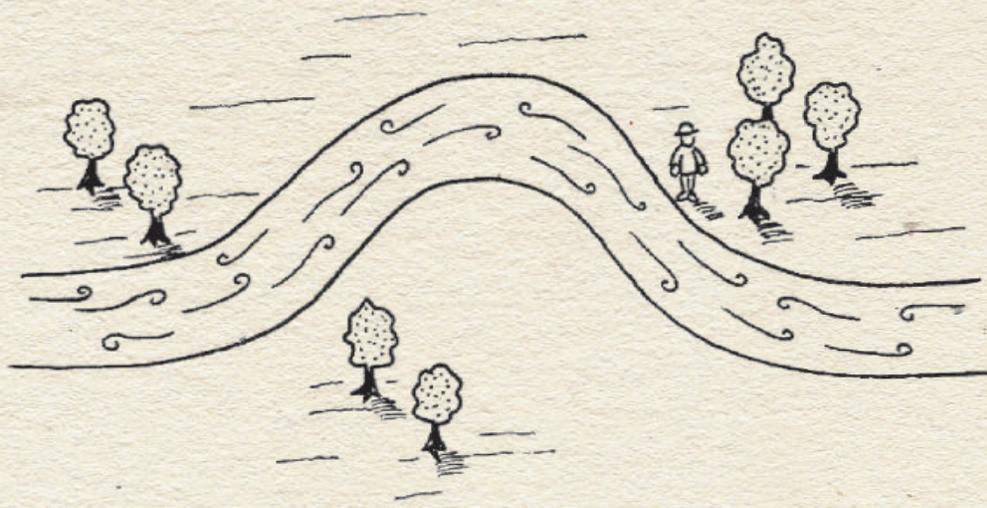
Aprendieron del viento
a escuchar en silencio.
A preguntarle al cielo,
a la nube, a la montaña
otro alfabeto de palabras
talladas desde los hechos.

Yo tengo la fortuna de tener a mis abuelos,
de su tiempo en mi tiempo, la ternura y el juego.
Más allá del olvido nos acercan los sueños.





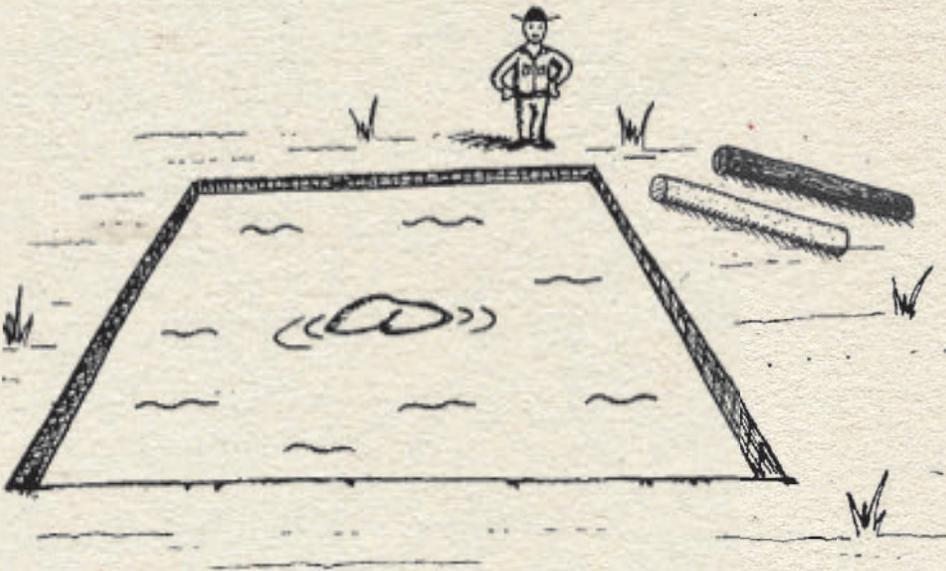
- ★ Me tienes que adivinar este problema que tengo: ¿De qué se puede llenar un saco para que pese menos?
- ★ Un hombre debe cruzar un río profundo y ancho, como el que se ve en la ilustración. No hay puente ni bote y él no sabe nadar. ¿Cómo hace para cruzar?



Este era un sapo con barriga de trapo y los ojos al revés. ¿Quieres que te lo diga otra vez?

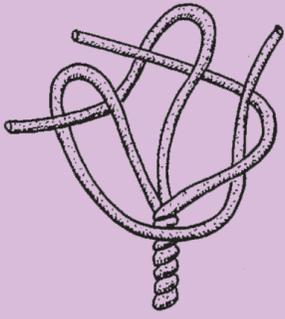


- ★ Don José tiene un estanque. En medio del estanque hay una isla en la que viven un par de patos. La isla está a tres metros de cada una de las orillas del estanque y don José sólo dispone de dos listones de madera de 2.80 cada uno. ¿Cómo hace don José para cruzar hasta la isla?



- ★ Don José llegó al río llevando un zorro, un pato y un saco de maíz. En la canoa que cruzaba sólo podía llevar uno de los tres por vez. El problema de don José era que no podía dejar solo al zorro con el pato, por que se lo comía, ni al pato con el maíz, porque también se lo comía. ¿Cómo hizo don José para cruzar el río y seguir su camino con el zorro, el pato y el saco de maíz?





Piña

Este nudo se usa para rematar cuerdas de tres o cuatro cordones.

Para rematar una cuerda, se hace una vuelta o anillo con cada cordón y luego se pasa la punta de cada uno por debajo del anillo que forma el cordón de al lado.

La característica de este nudo, y de todas las piñas, es que los cordones salen siempre hacia arriba.

Pasatiempos

Mario Benedetti

Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía.

Cuando muchachos
los viejos eran gente de cuarenta
un estanque era océano
la muerte solamente
una palabra.

Ya cuando nos casamos
los ancianos estaban en cincuenta
un lago era un océano
la muerte era la muerte
de los otros.

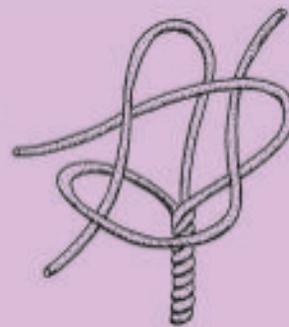
Ahora veterano
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser
la nuestra.



Sé todos los cuentos

León Felipe

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto:
Que la cuna del hombre la mecen los cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los ahoga con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan con cuentos
que los huesos del hombre los entierran con cuentos,
y que el miedo del hombre...
Ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos lo cuentos...
Y sé todos los cuentos.

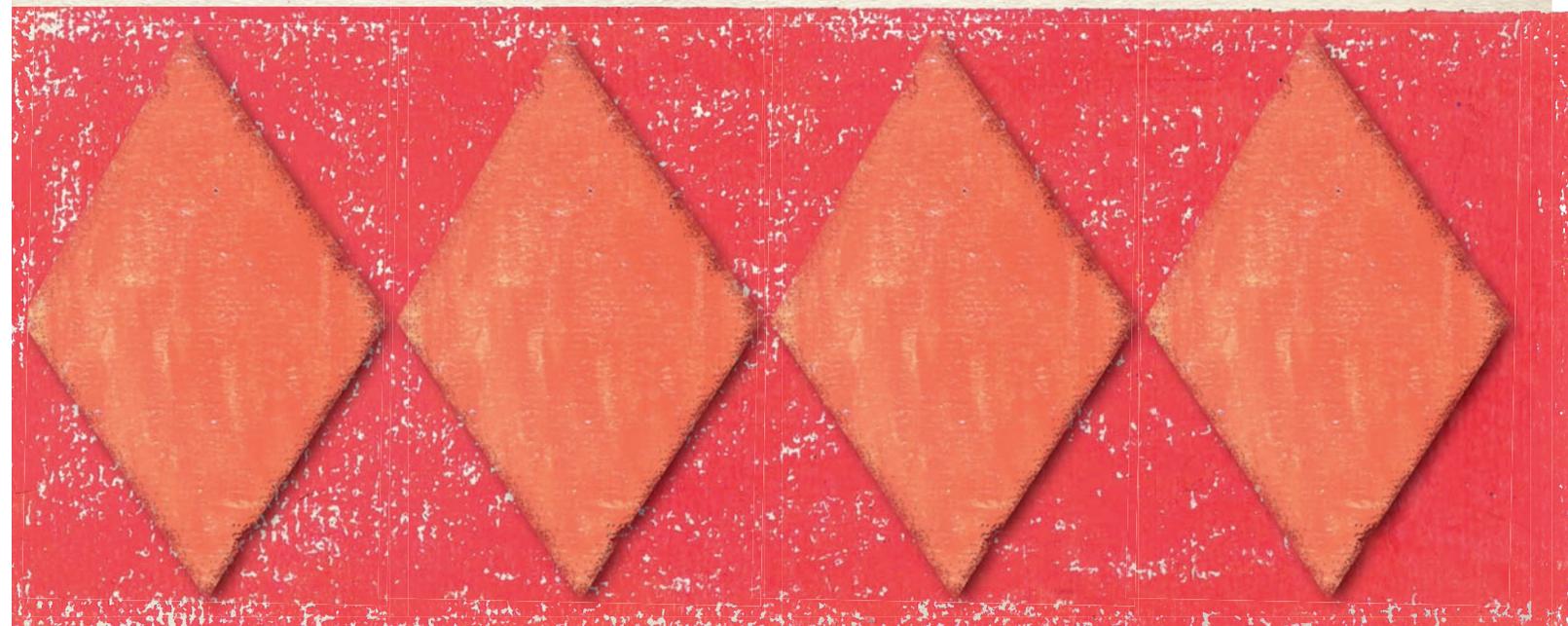


Corona

Al igual que la Piña, éste nudo también sirve para rematar una cuerda. Como en el nudo anterior, se hace una vuelta o anillo con cada cordón, y luego se pasa la punta de cada uno por arriba.



“He conseguido algo de más valor que un tesoro: un amigo.”





Nudo múltiple



Este nudo lo han usado, por tradición, los frailes capuchinos para añadir peso a los cordones de sus hábitos. Los marinos lo utilizan para dar peso a lazos que tienen un diámetro pequeño. Los artesanos lo usan para decorar manillas.

Para hacer el nudo, mantenga la onda de la cuerda abierta y floja mientras va haciendo las vueltas. Luego tire suavemente de ambos extremos al mismo tiempo.



Un amigo

Leif Kristiansson

Tener un amigo es maravilloso.
Ser amigo de alguien es aun mejor.
Es como levantarse y sentir que brilla el sol.
Un amigo es alguien con quien se puede pasar un rato hermoso,
alguien que piensa en vos cuando está lejos
y que cruza los dedos cuando tienes algo difícil que hacer.
Nunca estás del todo solo cuando se tiene un amigo.
Un amigo escucha lo que dices
y también trata de entender lo que intentas decir.
Un amigo no siempre está de acuerdo con vos,
a veces te contradice, para que pienses con cuidado.
Un amigo te quiere, aunque hayas estado medio zonzo
y te incita a cosas nuevas, cosas que nunca hubieras imaginado.
Un alguien es alguien en quien podés confiar.

Amigo es una palabra hermosa. ¡Es casi la mejor palabra!

Un amigo fiel

Anónimo

Un hombre, su caballo y su perro caminaban por una calle.

Después de mucho caminar, el hombre se dio cuenta de que los tres habían muerto en un accidente. Hay veces que lleva un tiempo a los muertos caer en cuenta de su nueva condición.

La caminata era muy larga, cuesta arriba, el sol era fuerte y los tres estaban empapados de sudor y con mucha sed.

Necesitaban desesperadamente agua. En una curva del camino avistaron un portón magnífico, todo de mármol, que conducía a una plaza calzada con bloques de oro, en el centro de la cual había una fuente de donde brotaba agua cristalina.

El caminante se dirigió al hombre que cuidaba de la entrada desde una garita.

—Buen día —dijo el caminante.

—Buen día —respondió el hombre.

—¿Qué lugar es este, tan lindo? —preguntó el caminante.

—Esto es el Cielo —fue la respuesta.

—Qué bueno que nosotros llegamos al Cielo, estamos con mucha sed, dijo el caminante.

—Usted puede entrar a beber agua — dijo el guardián, indicándole la fuente.

— Mi caballo y mi perro también tienen sed.

—Lo lamento mucho —le dijo el guarda—. Aquí no se permite la entrada de animales.

El hombre se sintió muy decepcionado, porque su sed era grande. Pero no podía beber, dejando a sus amigos con sed. De esta manera, prosiguió su camino.

Después de mucho caminar cuesta arriba, con la sed y el cansancio multiplicados, llegaron a un sitio en cuya entrada había un portón viejo semiabierto. El portón daba a un camino de tierra, con árboles a ambos lados que le hacía sombra. Bajo uno de los árboles, un hombre estaba, al parecer dormido, con la cabeza cubierta por un sombrero.

—Buen día —dijo el caminante.

—Buen día —respondió el hombre.

—Estamos con mucha sed, yo, mi caballo y mi perro.

—Hay una fuente en aquellas piedras —dijo el hombre indicando el lugar —. Pueden beber a voluntad.

El hombre, el caballo y el perro fueron hasta la fuente y saciaron su sed.

—Muchas gracias —dijo el caminante al salir.

—Vuelvan cuando quieran —respondió el hombre.

—A propósito —dijo el caminante —, ¿cuál es el nombre de este lugar?

—Cielo —respondió el hombre.

—¿Cielo? ¡Si el hombre que cuida el portón me dijo que allí era el cielo!

—Aquello no es el cielo, aquello es el infierno.

El caminante quedó perplejo.

—Entonces —dijo el caminante— esa información falsa debe causar grandes confusiones.

—De ninguna manera —respondió el hombre—. En verdad ellos nos hacen un gran favor, porque allí quedan aquellos que son capaces de abandonar a sus mejores amigos.





El Búho y la Luna

Arnold Lobel

Una noche, el Búho bajó a la orilla del mar. Se sentó sobre una gran roca y miró las olas.

Todo estaba oscuro. Entonces, la puntica de la Luna apareció sobre el borde del mar. El Búho contempló la Luna subir cada vez más alto en el cielo.

Pronto la Luna estuvo brillando entera y redonda.

El Búho se sentó en la roca y miró a la Luna durante un largo rato.

—Si yo estoy mirándote a ti, Luna, tú debes estar también mirándome a mí. Tenemos que ser muy buenos amigos.

La Luna no contestó, pero el Búho dijo:

—Volveré a verte otra vez, Luna, pero ahora tengo que irme a casa. El Búho bajó andando por el sendero. Levantó los ojos al cielo.

La Luna estaba todavía allí. Venía siguiéndole.

—No, no, Luna —dijo el Búho—.

Eres muy amable por iluminarme el camino, pero debes quedarte arriba sobre el mar, donde estás tan hermosa.

El Búho siguió andando un poco más. Volvió a mirar el cielo. Allí estaba la Luna yéndose con él.

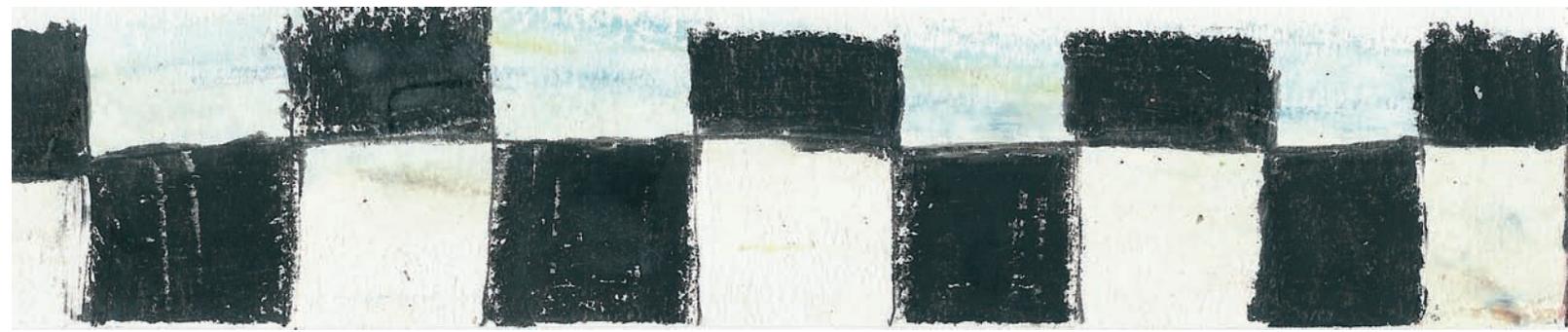
—Querida Luna —dijo el Búho—, francamente, no debes venir a mi casa conmigo. No cabrías por la puerta, y no tengo nada que darte para cenar. El Búho continuó caminando. La Luna se deslizaba tras él sobre las copas de los árboles.

—Luna —dijo el Búho—, creo que no me oyes.

El Búho subió a lo alto de una colina. Gritó todo lo fuerte que pudo:

—¡Adiós, Luna!

La Luna se metió detrás de unas nubes. El Búho miró y miró. La Luna había desaparecido.



—Siempre resulta un poco triste decir adiós a un amigo —dijo el Búho.

El Búho llegó a casa. Se puso la pijama y se fue a la cama. La habitación estaba muy oscura. El Búho se sentía todavía triste.

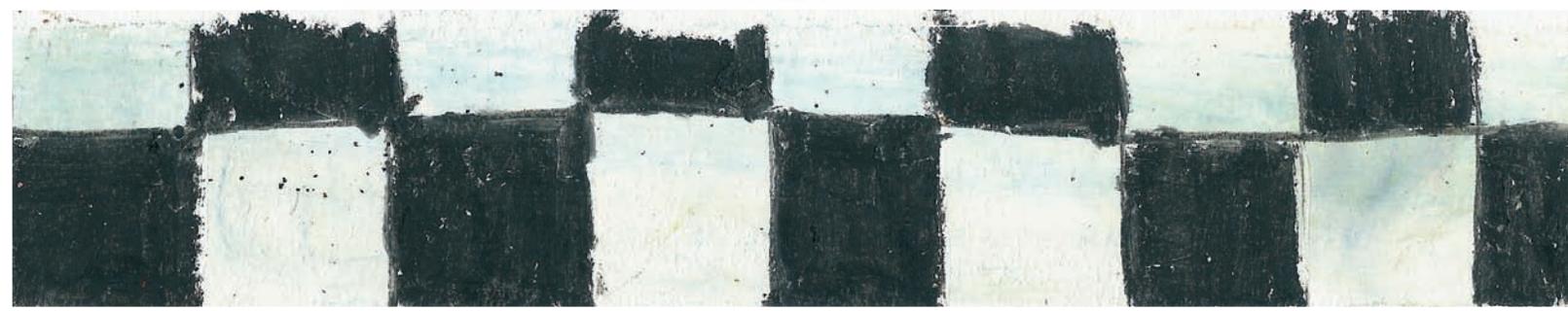
De repente, la habitación del Búho se llenó de luz plateada. El Búho miró por la ventana. La Luna estaba saliendo detrás de las nubes.

—Luna, me has seguido durante todo el camino a casa.

¡Qué amiga tan buena y redonda eres! —dijo el Búho.

Luego, el Búho apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

La Luna entraba brillando por la ventana. El Búho ya no se sintió triste.





Androcles y el león

Anónimo

Hace muchos siglos, Androcles, un pobre esclavo romano, fue llevado por su amo a vivir al norte de Africa. El amo era muy cruel y la vida del esclavo era muy dura. Androcles decidió escapar a la costa y de allí tratar de regresar a Roma. Sabía muy bien que si le prendían, le matarían, y por eso esperó a que llegaran las noches oscuras y sin luna para salir secretamente de la casa de su amo, atravesar cautelosamente la ciudad y llegar a campo abierto. En medio de la oscuridad, apresuró su marcha; pero al llegar la luz del día se dio cuenta de que en lugar de haber huido hacia la costa, había penetrado en el interior del país hacia el solitario desierto. Estaba rendido, hambriento y sediento, y al ver la entrada de una cueva en la falda de una colina, penetró en aquel antro, se echó en el suelo y durmió tranquilamente.

De pronto, lo despertó un terrible rugido y al ponerse en pie de un salto vio a la entrada de la caverna un enorme león de color oscuro. Androcles había dormido en la madriguera de aquella fiera y sabía que no tenía escape posible, porque la bestia cerraba el paso. Esperaba, pues, temblando de terror, que el animal saltara sobre él y lo matara.

Pero el león no se movía. Se quejaba y se lamía una garra de la que manaba sangre. Al ver sufrir a la fiera, Androcles olvidó su terror. Se acercó al león, y éste levantó la zarpa como pidiendo auxilio. Androcles vio que el león tenía clavada una gran espina en la carne, y le había causado una gran inflamación. Con rápido movimiento extrajo la espina, y luego detuvo el flujo de sangre.

Aliviado de su dolor, el agradecido león salió de la caverna y, a los pocos minutos, volvió con un conejo muerto que puso a los pies de Androcles. Cuando el pobre esclavo asó el conejo y hubo saciado su hambre, el león le condujo a un sitio en la colina, donde había un manantial del que brotaba agua fresca.

Durante tres años, hombre y fiera vivieron juntos. Juntos cazaban, juntos comían, y juntos reposaban durante la noche. El agradecido león, tendido junto a su bienhechor, movía la enorme cola de un lado a otro, como un perro o un gato que yace feliz a los pies de su amo, junto al fuego.

Un día, Androcles sintió deseos de hablar con sus semejantes y dejó la cueva, y fue pronto capturado por unos soldados y enviado a Roma acusado de ser un esclavo fugitivo. Los antiguos romanos no tenían piedad con los esclavos fugitivos, y llevaron a Androcles al Coliseo, para que fuera despedazado por las fieras el primer día de fiesta.

Mucha gente del pueblo acudió a presenciar el triste espectáculo, y entre los espectadores figuraba el emperador de Roma que tenía en el Coliseo su asiento imperial, desde el cual contemplaba la cruel fiesta, rodeado de senadores.

Androcles fue echado a la arena, y pusieron en sus manos una lanza, para que se defendiera de un tremendo león al que habían tenido varios días sin comer para que fuera más fiero. Tenía, pues, el esclavo, muy pocas probabilidades de conservar la vida.

Cuando el hambriento león salió de la jaula, Androcles tembló y se le cayó la lanza de las manos. Pero el león, en vez de atacar a Androcles, agitó amigablemente la cola y le lamió las manos. Androcles vió entonces que el león era el mismo con quien había vivido en la cueva, y le acarició el lomo, e inclinó la cabeza sobre él y lloró.

El pueblo quedó maravillado ante una escena tan prodigiosa, y el emperador mandó llamar a Androcles y le pidió que explicara lo que había sucedido. El emperador quedó tan sorprendido con el relato, que concedió a Androcles la dignidad de un hombre libre, y le obsequió, además, una importante suma de dinero.

Durante muchos años, Androcles pudo pasear por las calles de Roma acompañado de su león, que como un fiel amigo le seguía a todas partes.



La Amistad de Damón y Pitias

Anónimo

Damón y Pitias habían sido siempre excelentes amigos. Desde la infancia y cada cual confiaba en el otro. Eran el símbolo de la amistad.

Vivían en la ciudad de Circoza, en Sicilia, donde reinaba Dionisio el tirano.

Dionisio era tan cruel, que quien lo enojara era condenado a muerte de inmediato. Cierta día se encolerizó con un joven llamado Damón por haberse quejado de sus crueldades, y lo condenó a la pena de muerte. Antes de morir, Damón suplicó al tirano que le dejara ir a ver a su mujer y a sus hijos. Dionisio se burló de semejante pretensión.

—Si te soltara, no volvería a verte.

Damón le dijo que tenía un amigo, Pitias, que se quedaría de rehén mientras regresaba. Pitias, en efecto, se presentó ante el tirano para ofrecerse de rehén.

—Si Damón no vuelve —dijo—, moriré yo en lugar de mi amigo.

Dionisio quedó maravillado de que existiera un hombre que amara tanto a su amigo, y concedió seis horas a Damón.

Damón creyó que bastarían cuatro horas. Pero más de seis horas pasaron sin que Damón apareciera. Pitias estaba dichoso, pues deseaba ardientemente que Damón no regresara y salvara la vida pues debía velar por su familia. Amaneció el día fatal, y a la hora de la ejecución se presentó Dionisio para ver morir al rehén.

Con ánimo tranquilo se preparó Pitias para la muerte.

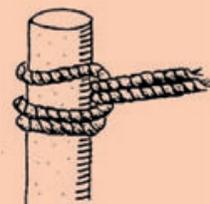
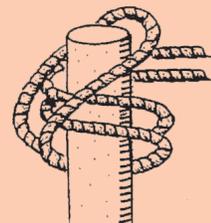
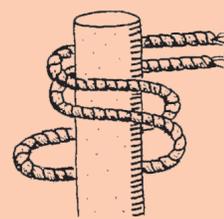
—Mi amigo — dijo, habrá tenido algún accidente o estará enfermo.



En ese instante llegó Damón y abrazó a su amigo. Estaba rendido de fatiga y llevaba el traje sucio por el viaje. Su caballo había muerto y tuvo que conseguir otro para llegar a tiempo y salvar a Pitias. Pero Pitias suplicó a Damón y al tirano que le permitieran morir por su amigo.

Dionisio no había visto jamás tanta lealtad. Le parecía que éste era un rasgo hermoso que no creía que existiera en el mundo: una amistad que acogía gustosa la muerte, si la muerte podía ayudar a un amigo.

Se le oprimió el corazón. Necesitaba hombres como aquellos para tenerlos como amigos. Entonces, se dirigió a Damón y Pitias, les estrechó las manos y los dejó libres mientras les suplicaba que le permitieran participar de su amistad.



Vuelta de poste

Es una vuelta limpia y práctica que sirve para asegurar objetos a un poste. Es la más adecuada para amarrar temporalmente un bote o para sujetar un animal enlazado. La gran ventaja de esta vuelta es que resulta muy rápida de hacer y deshacer.



Solo

Arnold Lobel

Sapo fue a casa de Sepo. Encontró una nota en la puerta que decía: “Querido Sepo: No estoy en casa. Me he ido, porque quiero estar solo”.

—¿Solo? —exclamó Sepo—. Sapo sabe que soy su amigo. ¿Por qué quiere estar solo?

Sepo miró por las ventanas. Se asomó al jardín. En ningún sitio vio a Sapo.

Sepo fue al bosque. Sapo no estaba allí. Fue al prado. Sepo no estaba allí. Estaba sentado en una isla, estaba solo.

—Pobre Sapo —dijo Sepo—. Debe estar muy triste. Voy a animarlo.

Sepo corrió a casa. Hizo empanadas. Preparó una jarra de té con hielo. Lo puso todo en una canasta.

Sepo volvió de prisa al río.

—¡Sapo! —gritó —, ¡Sapo, soy yo, tu mejor amigo!

Sapo estaba demasiado lejos para oírle.

Sepo se quitó la chaqueta y la agitó en el aire como una banderá, pero Sapo estaba demasiado lejos para verle.

Sepo gritó y le hizo señales con los brazos, pero todo fue inúti.

Sapo seguía sentado en la isla. No veía ni oía a Sepo.

Una tortuga pasó nadando. Sepo se subió a la tortuga.

—Tortuga —pidió Sepo—. Llévame a la isla. Sapo está allí. Quiere estar solo.

—Si Sapo quiere estar solo —dijo la tortuga—, ¿por qué no lo dejas que esté solo?

—Quizá tienes razón — dijo Sepo — . Quizá Sapo no quiere verme. Quizá ya no quiere ser mi amigo.

—Sí, es posible — dijo la tortuga mientras nadaba hacia la isla.

—¡Sapo! —gritó Sepo .

Lamento mucho todas las tonterías que hago.

Lamento mucho todas las tonterías que digo.

¡Por favor, vuelve a ser mi amigo!

Sepo resbaló de la tortuga, cayó de espaldas al río y se dio un tremendo chapuzón.

Sapo oyó el estrépito y ayudó a Sepo a subir a la isla.

Sepo miró la canasta. Las empanadas estaban mojadas. La jarra de té con hielo estaba vacía.

—Se ha estropeado todo —dijo Sepo—. Lo preparé para ti, Sapo, para que te pusieras contento.

—Pero Sepo —dijo Sapo—, si estoy contento. Estoy muy contento.

Cuando me desperté esta mañana, el sol brillaba y yo me sentí muy feliz.

Y me sentí muy feliz porque soy un sapo, y también me sentí feliz estar seguro de que tú eres mi amigo. Quería estar solo para poder pensar en lo maravilloso que es todo.

—¡Ah, claro! —dijo Sepo—, me parece que es una buena razón para querer estar solo.

—Ahora, en cambio —dijo Sapo— me alegro mucho de no estar solo.

Vamos a comer.

Sapo y Sepo se quedaron en la isla toda la tarde. Comieron las empanadas mojadas sin té con hielo.

Eran dos amigos, muy amigos, sentados juntos, solos.



El teléfono roto

¿Qué pasa cuando el teléfono no funciona? De un lado, alguien intenta contar algo; del otro, la persona que escucha no entiende nada.

Para jugar al Teléfono roto no es necesario tener un aparato telefónico. Sólo necesitas reunirte con tus amigos, tener algunas frases graciosas para decir y prepararte para oír cosas divertidas y reírte mucho.

Se forma un círculo con todos los participantes. Se escoge a una persona para que inicie la conversación. Éste jugador debe decir una frase al oído de la persona que está a su lado. El que escuchó el mensaje tendrá que repetírselo en secreto al siguiente jugador, tal como lo escuchó, y así sucesivamente hasta llegar al último jugador, éste dice en voz alta la frase que acaba de escuchar y todos la comparan con la frase que dio inicio a la conversación. Así se sabrá si el teléfono funciona bien... o está roto.



Mímica

Se arman dos equipos con un mínimo de tres integrantes cada uno. El equipo que inicia elige un jugador del otro equipo y le da un tema para representar. El jugador escogido, usando sólo la mímica y los gestos, debe lograr que sus compañeros comprendan o adivinen cuál es el tema que le dieron. Los temas del juego son innumerables: objetos, títulos de películas y de libros, programas de televisión, oficios, nombres de canciones. Todo depende de los intereses y de la imaginación de los jugadores.



Veo, veo

Una persona mira la habitación o el lugar en que se encuentra y piensa en uno de los objetos que allí están. El resto de los participantes tienen que adivinar cuál es.

Para empezar, se sortea quien escoge el primer objeto.

El diálogo del juego es así:

- Veo, veo
- ¿Qué ves?
- Una cosa
- ¿Qué cosa?
- Una cosa que empieza por la A
- Qué será, qué será, qué no será.

Los participantes van diciendo objetos que empiecen con la letra A, o la que se haya escogido, y el niño que adivina el objeto es quien gana, y tiene que pensar en un nuevo objeto para que el juego recomience. Se puede jugar con pistas diferentes, por ejemplo: “Veo una cosa de color... rosado”.

El Dominó

El Dominó nació en China, en 1120. Luego, fue llevado a Europa para entretener a los nobles en las cortes. A América fue traído por los españoles y desde entonces se extendió por todo el continente convirtiéndose en uno de los juegos más populares en casi todas las regiones y culturas. En Colombia es el juego preferido de muchos pueblos y comunidades. Cuando se reúnen varias personas para jugar, se oye a lo lejos el golpeteo de las fichas sobre la mesa.

En una partida de Dominó se emplean una serie de términos:

Piedras: así se le llama a cada una de las 28 piezas que tiene el juego.

Pinta: es el número de puntos que tiene marcada cada piedra.

Barajar: es la acción de revolver las 28 piedras para iniciar cada mano.

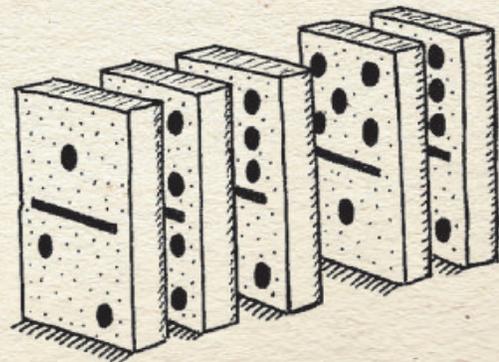
Mano: es una partida completa, y acaba cuando alguno de los cuatro jugadores se queda sin piedras, o cuando el juego se cierra.

Doble: cualquiera de las siete piedras que tenga la misma cantidad de puntos en sus dos mitades.

Ahorcado: cualquiera de los dobles que alguien tiene en la mano y ya no puede ser jugado.

Muela: la última pieza de una pinta que falta poner en la mesa.

Cierre: cuando durante una mano ningún jugador puede colocar una pieza en alguno de los dos extremos.



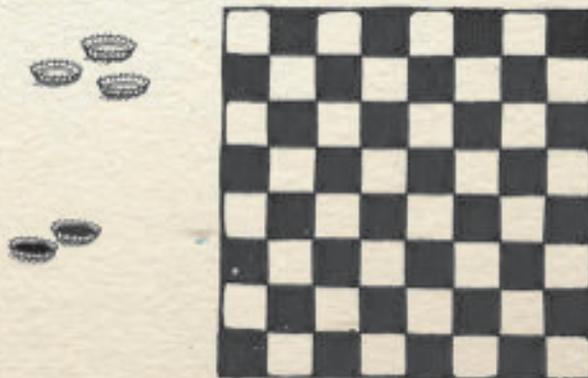
Damas

La finalidad del juego es capturar o bloquear todas las piezas contrarias, de forma que se acaben o que no les sea posible realizar movimiento alguno. Cada jugador controla las piezas de un color, blancas o negras, situadas al comienzo a cada lado del tablero. Las blancas empiezan el juego.

En cada turno se mueve una sola ficha una sola casilla, siempre en diagonal y hacia delante en dirección al campo del otro jugador. Si un jugador consigue llevar una de sus fichas hasta la última fila del lado contrario del tablero, ésta se convertirá en una dama o reina. La dama o reina se mueve sólo en diagonal, pero puede hacerlo hacia adelante y hacia atrás a lo largo de las casillas en que quiera moverse.

Se puede capturar una pieza del contrario si esta se encuentra delante y es posible saltar por encima de ella y caer en la casilla inmediatamente siguiente, siempre y cuando sea hacia adelante y en diagonal. Se puede también capturar varias piezas en una sola jugada, si las fichas contrarias permiten saltar sobre varias de ellas, teniendo en cuenta que haya una casilla vacía entre cada ficha capturada. La dama o reina puede capturar en cualquier dirección.

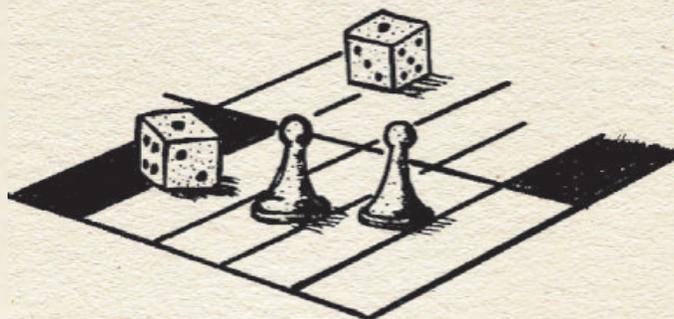
La captura es obligatoria. Si una o más piezas están en posición de realizar capturas, será obligatorio realizar la jugada y no se puede mover otra pieza diferente.



Parqués

EL parqués es un juego de mesa que consiste en llevar todas las fichas de un mismo color hasta el cielo, o meta final, antes que los demás contrincantes lo hagan. Las fichas avanzan casillas sobre el tablero, según lo marquen los dados que cada jugador tira cuando le toca el turno. Las fichas pueden ir a la cárcel cuando la ficha de algún jugador llegue hasta la misma casilla que ésta ocupa. Hay casillas que ofrecen seguridad a las fichas, y allí nadie se las puede comer.

Este juego es muy popular en Colombia, a tal punto que es común encontrar grupos de amigos o familiares reunidos alrededor de un tablero de parqués en las tiendas y cafés de muchos pueblos y ciudades.



Trabalenguas

Pedro Pérez pesca peces
para Paco Paz Jiménez,
para Paco Paz Jiménez
peces pesca Pedro Pérez.

Pablo Pérez Prieto
pobre pintor portugués,
pinta paisajes por poco precio
para poder pasar por París.

Compró Paco pocas copas y,
como pocas copas compró,
pocas copas Paco pagó.

El gallo pinto no pinta,
el que pinta es el pintor
que al gallo pinto las pintas
pinta por pinta pintó.

Don Pepito verdulero
se metió entre un sombrero;
el sombrero era de paja,
se metió entre una caja;
la caja era de cartón,
se metió en un cajón;
el cajón era de pino,
se metió entre un pepino;
el pepino maduró
y don Pepito se salvó.



Compañeros

Emilio Abreu Gómez

Los dos llegaron cojeando: Guy y el perrito más dócil que había nacido en la finca. Guy tenía una pierna vendada y el perrito una de las patitas entre dos tablillas envuelta en trapos. Los dos caminaban a saltos. El perrito gruñía —tal vez de dolor— y meneaba la cola —tal vez de agradecimiento.

—Nos caímos, Jacinto.

—Ya veo, niño Guy.

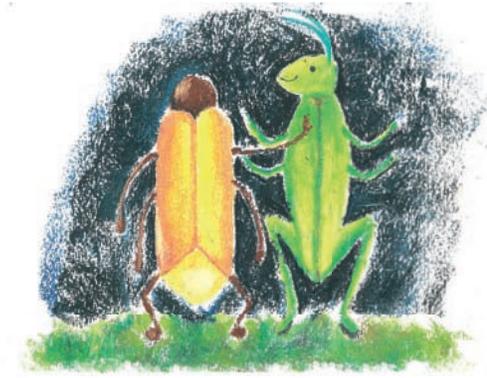
—Al perrito se le torció una pata, ya se la compuse.

—¿Y tú?

—Acércate... No se lo digas a nadie. Yo no tengo nada. Me vendé sólo para consolarlo.



Adivina adivinador
¿Qué cosa es que cosa
que aunque tiene boca
se ríe con la cola?



Grillito y Cocuyo

Raúl Sánchez Acosta

¿A dónde vas, Cocuyo,
mi buen amigo?

—A prestarle a la noche
mi farolito.

Y tú, ¿qué andas haciendo
compadre Grillo?

—Ensayaba un concierto
para un amigo,
pero la partitura
se me ha perdido.

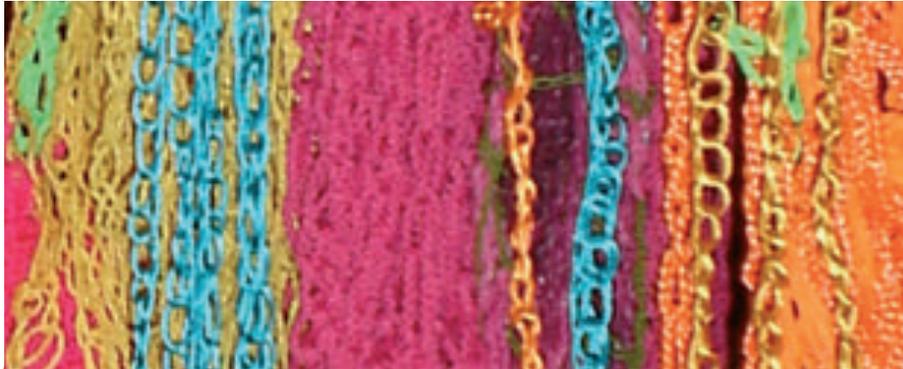
—Te ayudaré a buscarla
muy complacido
entre el húmedo musgo
del caminito.

Y se van de la mano
Cocuyo y Grillo,
a través de la noche
negra de frío.

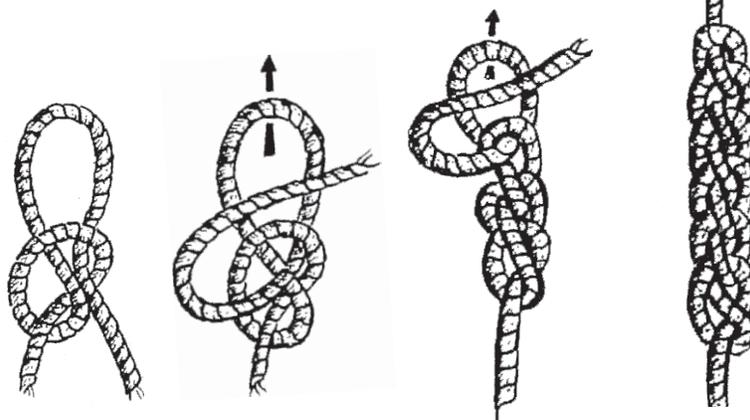


“Nadie es tan rico que pueda vivir sin un vecino”.





Vuelta Cadena



Es un tejido provisional que se hace alrededor de objetos tales como troncos de árboles, tablones o postes, para poder arrastrarlos, empujarlos, subirlos o bajarlos. También se usa para asegurar el entablillado de un brazo o de una pierna fracturada. Es un nudo muy útil que puede hacerse con rapidez y es muy seguro de usar. Este nudo no se aprieta.



Mi vecina está enamorada

Regis Lejenc

Mi vecina está enamorada.
Al sapo le enloquecen las libélulas.
Las libélulas se acurrucan en las flores de loto.
Las flores de loto veneran al Sol.
El Sol corre tras la Luna.
La Luna adora el mar.
El mar adora a los peces.
Los peces besan a las moscas.
Las moscas danzan alrededor de las vacas.
Las vacas están locas por las margaritas.
Las margaritas se emocionan con la abeja.
Las abejas viven para su reina.
La reina se ha encaprichado de un abejorro.
El abejorro solo se trata con las amapolas.
Las amapolas se sonrojan con los corderos.
Los corderos no atienden más que al perro.
El perro no piensa más que en el gato.
El gato solo me quiere a mí.
Y yo.
Yo estoy enamorado de mi vecina.



Vive como creas que es mejor

Tradicional

Había una vez un matrimonio con un hijo de doce años y un burro.

Decidieron viajar, trabajar y conocer el mundo. Así, partieron los tres con el burro. Al pasar por el primer pueblo, la gente comentaba: “Mira ese chico tan mal educado. Él, arriba del burro y los pobres padres llevándolo de las riendas”.

La mujer le dijo a su esposo: “No permitamos que la gente hable mal del niño”.

El esposo bajó al niño del burro y se montó él.

Al llegar al segundo pueblo, la gente murmuraba: “Mira qué sinvergüenza ese tipo. Deja que la criatura y la pobre mujer tiren del burro, mientras él va muy cómodo encima”.

Entonces, decidieron que ella montara al burro mientras padre e hijo tiraban de las riendas.

Al pasar por el tercer pueblo, la gente comentaba: “¡Pobre hombre, después de trabajar todo el día debe llevar a la mujer sobre el burro! Y ¡pobre hijo! ¡qué le espera con esa madre!” Se pusieron de acuerdo y decidieron encaramarse los tres al burro para continuar su peregrinaje.

Al llegar al pueblo siguiente, escucharon que los pobladores decían: “Son unas bestias, más bestias que el burro que los lleva, ¡van a partirle la columna!”

Por último, decidieron bajarse y caminar los tres junto al burro.

Pero al pasar por el pueblo siguiente, no podían creer lo que las voces decían sonrientes: “Mira a esos tres idiotas: ¡caminan, cuando tienen un burro que podría llevarlos!”



Las ventanas de oro



Anónimo

Gracias a este cuento, sabréis quién posee la mejor casa del mundo.

Roberto vivía en una granja en mitad del campo, junto a un amplio valle de verdes pastos, que estaba rodeada de montañas y bosques. Su casa se hallaba situada en lo alto de una colina. Era un bonito lugar donde vivir, con mucho espacio donde jugar y corretear. Por las tardes, cuando Roberto terminaba de hacer los deberes, se entretenía dando de comer a su ternero, arrojando palitos al agua del estanque o, simplemente, deambulando por la granja.

Su momento preferido del día era la caída de la tarde, cuando el sol estaba a punto de ponerse. Le gustaba entonces sentarse en el porche y contemplar la colina que se alzaba a lo lejos, en el otro extremo del valle. En aquel lejano promontorio, se erguía un viejo caserón con ventanas de oro. El único momento del día en que esas ventanas podían verse era justo antes de la puesta del sol, pero a esa hora despedían tal brillo, que no era capaz de mirarlas sin guiñar los ojos. Su resplandor se extendía por todo el valle, y a Roberto aquella casa se le antojaba la más maravillosa del mundo.

Un día, el chico decidió que tenía que ver de cerca aquella casa de las ventanas de oro. Se preparó la merienda y la metió en su mochila. Luego se despidió de sus padres, prometiéndoles que tendría mucho cuidado, y emprendió el camino a través del valle.

Era un día precioso para salir de excursión. El sol sonreía y, por encima de las lejanas cumbres de las montañas, flotaban hermosas nubes blancas. Roberto pasó junto a varios campos de trigo, y desde el otro lado de las cercas de los prados, las vacas lo observaron con recelo. De vez en cuando le adelantaba algún coche por la carretera, por lo general ocupado por un conocido que lo saludaba con la mano al pasar. La sombra de Roberto caminaba con él, haciéndole compañía, y se sentía feliz.

Al cabo de un rato, Roberto sintió hambre y tomó asiento junto a un arroyo de agua clara que discurría por el centro del valle. Se comió el bocadillo, la manzana y la chocolatina que llevaba en su mochila y reemprendió la marcha.

Finalmente llegó a una montaña muy alta y frondosa. Escaló a duras penas la ladera y en la cima divisó la casa que andaba buscando. Pero al acercarse, se llevó una gran sorpresa: se trataba de un viejo caserón como cualquier otro, con ventanas corrientes de cristal. Allí no había oro de ninguna clase.

Una señora salió sonriente a la puerta, para darle la bienvenida.

—Desde nuestro monte, sus ventanas parecían de oro —dijo Roberto—, y he venido andando hasta aquí para verlas de cerca.

La señora sacudió la cabeza y se rió.

—Ojalá fueran de oro —contestó—, pero son de cristal; aunque el cristal es mejor porque así se ve lo que hay al otro lado.

La señora invitó a Roberto a sentarse en el porche. Le sirvió un pedazo de pastel y un vaso de leche y charlaron un rato. Después fue a llamar a su hija, que tenía más o menos la edad de Roberto, y ella regresó al interior.

Nancy, que así se llamaba la niña, acompañó a Roberto a dar una vuelta por la granja y le enseñó su ternero negro, que tenía una estrella blanca en la frente. Y Roberto le habló del suyo, que era de color castaño, con las patas blancas.

Después se sentaron a comer una manzana y se hicieron amigos, y Roberto le preguntó por las ventanas de oro.





—¡Te has equivocado de casa! —exclamó Nancy—. Ven conmigo, te enseñaré dónde está esa casa de las ventanas de oro.

Se dirigieron los dos hacia un promontorio que se alzaba tras la morada de Nancy. Mientras se dirigían hacia allí, la niña le comentó a su amigo que aquellas ventanas sólo podían verse a una hora determinada, justo antes de la puesta del sol.

—¡Ya lo sé! —saltó enseguida Roberto.

Cuando llegaron a lo alto del promontorio, Nancy se volvió hacia el valle y señaló hacia el extremo opuesto. Allí, en una colina lejana, se alzaba una casa con brillantes ventanas de oro, igual que las que Roberto había visto. Sin embargo, al mirarla bien, el niño se dio cuenta de que aquélla era su propia vivienda.

Le dijo a Nancy que debía irse. Antes, le regaló su guijarro favorito, el blanco con una franja roja, que guardaba en el bolsillo desde hacía un año. Nancy, por su parte, obsequió a Roberto un silbato que le había salido de regalo dentro de una caja de cereales. Roberto prometió que regresaría, pero no le reveló lo que acababa de descubrir. Bajó la colina a toda prisa, seguido por la mirada de Nancy, que lo observó alejarse a la luz del atardecer.

Casi era ya de noche cuando Roberto llegó a casa. Su familia se disponía a cenar en ese momento. Nada más abrir la puerta, su madre se acercó a darle un beso y su hermanita se le lanzó al cuello para abrazarlo. Su padre, que estaba poniendo la mesa, lo miró con una sonrisa.

—¿Qué tal ha ido la excursión? —preguntó la madre.

Muy bien, le había ido muy bien.

—¿Qué, has descubierto algo? —preguntó el padre.

—¡Pues sí! —respondió Roberto—. ¡Que tenemos una casa con las ventanas de oro!

La idea que da vueltas

Gabriel García Márquez

Les voy a contar, por ejemplo, la idea que me está dando vueltas en la cabeza hace ya varios años y sospecho que la tengo ya bastante redonda. Imagínese un pueblo muy pequeño, donde hay una señora vieja que tiene dos hijos: uno de 17 y una hija menor de 14.

Está sirviéndole el desayuno a sus hijos y se le advierte una expresión muy preocupada. Los hijos le preguntan qué le pasa y ella responde: “No sé, he amanecido con el presentimiento que algo grave va a suceder en este pueblo”. Ellos se reían de ella, dicen que esos son presentimientos de vieja, cosas que pasan.

El hijo se va a jugar billar y en el momento en que va a tirar una carambola sencillísima, el adversario le dice:

“Te apuesto un peso a que no la haces?” Todos se ríen. Él se ríe, tira la carambola y no la hace. Pagó un peso y le preguntan: “Pero qué pasó si era una carambola muy sencilla”. Dice: “Es cierto, pero me ha quedado la preocupación de una cosa que dijo mi mamá esta mañana sobre algo grave que va a suceder en este pueblo”. Todos se ríen de él y el que se ha ganado un peso regresa a su casa, donde está su mamá.

Con su peso, feliz, dice: “Le gané este peso a Dámaso en la forma más sencilla, porque es un tonto”. “¿Y por qué es un tonto?” –Dice: “Hombre, porque no pudo hacer una carambola sencillísima estorbado por la preocupación de que su mamá amaneció hoy con la idea de que algo muy grave va a suceder en este pueblo”. Entonces le dice la mamá: “No te burles de los presentimientos de los viejos, porque a veces salen”. Una pariente lo oye y va a comprar carne. Ella le dice al carnicero. “Véndame una libra de carne”. En el momento en que está cortando agrega: “Mejor véndame dos, porque andan diciendo que algo grave va a pasar y lo mejor es estar preparado”. El carnicero despacha la carne y cuando llega otra señora a comprar una libra de carne le dice: “Lleve dos porque hasta aquí llega la gente diciendo que algo muy grave va a





pasar y se está preparando, y andan comprando cosas”. Entonces la vieja responde: “Tengo varios hijos, mejor deme cuatro libras”. Se lleva las cuatro libras y, para no hacer largo el cuento, diré que el carnicero en media hora agota la carne, mata otra vaca, se vende todo y se va expandiendo el rumor. Llega el momento en que todo el mundo en el pueblo está esperando que pase algo, se paralizan las actividades y, de pronto, a las dos de la tarde hace calor como siempre. Alguien dice: “¿Se han dado cuenta del calor que está haciendo?” “Pero si en este pueblo siempre ha hecho calor. Tanto que es un pueblo donde todos los músicos tenían instrumentos remendados con brea y tocaban siempre a la sombra porque si tocaban al sol, se les caía a pedazos”. “Sin embargo, dice uno —nunca a esta hora ha hecho tanto calor”. “Pero si a las dos de la tarde es cuando más calor hay”. “Sí, pero no tanto calor como ahora”. Al pueblo desierto, a la plaza desierta baja de pronto un pajarito y se corre la voz: “Hay un pajarito en la plaza”. Y viene todo el mundo espantado a ver el pajarito. Pero, señores, siempre han andado pajaritos que bajan: “Sí, pero nunca a esta hora”. Llega un momento de tal tensión para todos los habitantes del pueblo, que todos están desesperados por irse y no tienen el valor de hacerlo. “Yo sí soy muy macho —grita uno— yo me voy”.

Agarra sus muebles, sus hijos, sus animales, los mete en una carreta y atraviesa la calle central donde está el pobre pueblo viéndolo. Hasta el momento en que dice: “Si éste se atreve a irse, pues nosotros también nos vamos”.

Y empiezan a dismantelar, literalmente, al pueblo. Se llevan las cosas, los animales, todo. Y uno de los últimos que abandona el pueblo dice: “Que no venga la desgracia a caer sobre todo lo que queda en nuestra casa”, y entonces incendia la casa y otros incendian otras casas. Huyen en un tremendo y verdadero pánico, como en éxodo de guerra, y, en medio de ellos, va la señora que tuvo el presagio exclamando: “Yo lo dije que algo grave iba a pasar, y... me dijeron que estaba loca”.



Un drama en el corral

Victor Eduardo Caro

¿No saben ustedes lo que ha sucedido en un gallinero? Es horrible, ¡horrible!

La que así hablaba era una gallina que se hallaba en un lugar a donde todavía no habían llegado los ecos de la tragedia.

—Sí —decía la gallina—; ¡es horrible! Tanto, que no voy a poder pegar el ojo en toda la noche. Menos mal que somos muchas; si llego a estar sola, ¡qué miedo!

Y empezó a contar la terrible historia; y al cacarear, su voz temblaba de espanto, de tal modo que a las gallinas que le escuchaban se les erizaron las plumas, y al gallo que las acompañaba se le encogió la cresta.

Pero a lo mejor tampoco vosotros que me leéis, estáis al corriente de los acontecimientos. Empecemos, pues, por el principio.

La cosa sucedió en un gallinero situado en un barrio de la ciudad, muy alejado de éste en que estábamos hace un momento.

Caía la tarde; el sol se ponía y las gallinas tomaban sus posiciones para la noche.

Una de ellas, una gallina blanca, de patas cortas, que era una persona de lo más respetable que cabe, de esas que ponen su huevo con toda regularidad, en cuanto se hubo colocado en el sitio que le correspondía, se puso a rascarse, según solía hacer todas las noches antes de dormirse.

Al efectuar esta pequeña operación, se le cayó una plumita.



—¡Vaya, una menos! —dijo. Y añadió: — Aunque se me caigan algunas plumas, no por eso dejo de estar guapa.

Eso lo dijo con tono alegre, pues era una gallina de muy buen humor, siempre dispuesta a reír, a divertirse y a echarlo todo a broma, lo cual no impedía que, según ya hemos dicho, fuese una gallina perfectamente respetable.

Luego se quedó dormida.

Ya la oscuridad era profunda y las gallinas, apretujadas unas contra otras, se iban durmiendo. Pero la que estaba junto a la gallina blanca no se dormía. Había oído lo que dijo su vecina, pues ella sabía oír sin parecerlo.

Y le faltó tiempo para comunicárselo a su otra vecina; ahora que naturalmente lo varió un poco:

—¿Ha oído usted lo que acaban de decir? —le preguntó—. Yo no quiero nombrar a nadie, pero es el caso que aquí hay una gallina que se quiere quedar sin plumas para estar más guapa. ¡Qué atrocidad!

Precisamente encima del gallinero moraba la familia búho: el papá, la mamá y los pequeños búhos.

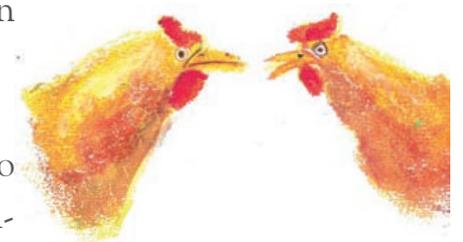
Tenían todos los oídos tan finos, que no perdieron una palabra de lo que dijo la gallina.

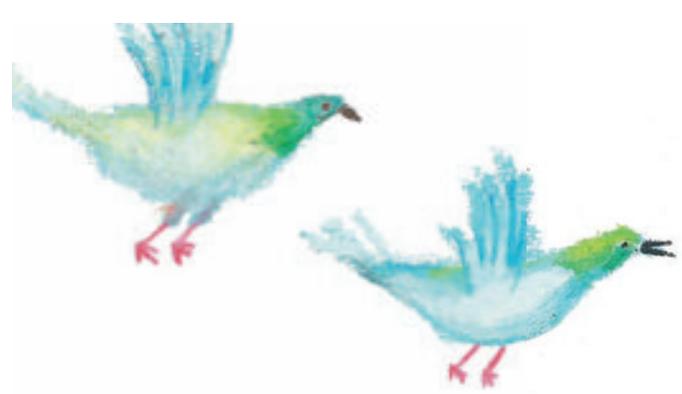
Sus ojos, que ya de por sí eran redondos, se redondearon más que de costumbre, y la mamá búho exclamó, abanicándose con las alas:

—¡No escuchéis esas cosas, hijos míos; y Dios sabe si en este mundo se oyen atrocidades antes de que a uno se le caigan las orejas de horror!

Y añadió, dirigiéndose a su esposo, el señor búho:

—¡Ya ves tú qué cosas pasan! Hay en el gallinero de abajo una gallina que se ha olvidado de la educación y de las convivencias, hasta el punto de arrancarse las plumas para estar más guapa, sin duda para ver si así logra llamar la atención del gallo y que se case con ella.





—Ten cuidado —dijo el papá búho—; no son cosas para hablarlas delante de los niños.

—Tienes razón —dijo la mamá búho—, pero al menos se lo iré a contar a la lechuza del frente; también ella me viene a contar todo lo que oye.

Y se fue volando.

—¡Huuuuuuu! ¡Huuuuuuu! Estuvieron charlando las dos comadres cerca de un palomar.

—¡Huuuuuuu! ¡Huuuuuuu! ¿Se ha enterado usted?

Allí hay una gallina que se ha arrancado las plumas para ver si así pesca marido. ¡De fijo que lo que así pesca será una pulmonía! ¡Si es que no se ha muerto ya de frío! ¡Huuuuuuu!

—¡Rrrrrrucu! ¡Rrrrrrucu! —dijeron unos pichones al oírlas—.

¿Dónde ha sido eso? ¿Dónde, dónde?

—Ha sido en el corral del vecino —contestaron unas palomas que también habían oído—. Tan seguro es, ¡como si lo hubiéramos visto con nuestros ojos! Da vergüenza contarlo y sin embargo, no cabe duda de que así es.

—¡Ah! ¡Claro que no cabe duda! ¡No cabe duda ninguna! —dijeron los pichones.

Y se fueron con el cuento a otro corral; pero con el cuento un poquito corregido, naturalmente.

—Allí hay una gallina, y puede que sean dos, que han tenido la desvergüenza de arrancarse todas las plumas para distinguirse de las demás, llamar la atención del gallo y casarse con él. ¡Han caído enfermas de frío!



—¡Kikirikí, ikikirikí! —dijo el gallo de este gallinero; y volvió a encaramarse a lo alto de la tapia. Desde allí se puso a cantar:

—Tres gallinas se han muerto por haberse arrancado todas las plumas, para agradar al gallo! ¡Qué horror! ¡Es preciso que todo el mundo se entere de esta historia!

—¡Sí, sí, que se enteren, que se enteren! —silbaron los murciélagos. Y los gallos y las gallinas corearon.

—¡Que se enteren, que se enteren! —De este modo, la historia circuló de corral en corral, y cada vez aumentada un poco.

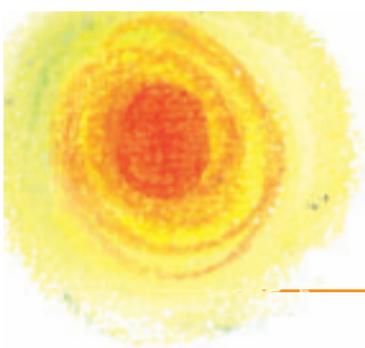
Pero en qué forma llegó, Dios santo.

—Cinco gallinas —decían— se habían propuesto cada una casarse con un gallo. Tan enamoradas de él estaban las cinco, que se arrancaron las plumas, para demostrar lo flacas que se habían quedado. Cuando estuvieron completamente desplumadas, se pelearon, se hirieron a picotazos, se ensangrentaron y se mataron unas a otras. Sus respectivas familias están desesperadas; y más desesperado todavía está el dueño del corral, que ha perdido de un golpe cinco hermosas gallinas.

La gallina blanca a la que se le había caído una pluma, oyó esta trágica historia. Naturalmente, como estaba “algo” desfigurada, no la reconoció.

—Qué cosas pasan en el mundo, Señor —exclamó juntando sus patitas con indignación—. ¡Qué gallinas más locas! Gracias a Dios, en este corral nuestro no pueden suceder atrocidades semejantes. Pero es preciso que se entere todo el mundo de esta historia, para que sirva de ejemplo. Y, tal como ella lo había oído, se lo refirió todo a cierta cotorra, que era la encargada de redactar la Gaceta del Corral.





Una anciana terca

Anónimo

Una anciana observaba que, con precisión casi matemática, su gallo se ponía a cantar todos los días, justamente antes de salir el sol. Está claro, clarísimo. El gallo llama al Sol y éste acude a su llamado. Es el gallo el que hace amanecer.

Por este motivo, cuando se le murió el gallo, se apresuró a reemplazarlo por otro. Temía que, a la mañana siguiente, el astro rey no se decidiera a salir.

—¡Estás loca, vieja!... ¡Cómo vas a pensar que el Sol... ¡el Sol!... obedece a tu gallo?

—Así es. Lo he comprobado durante años.

—Pero, vecina, piense, razone, lo que usted dice no tiene pies ni cabeza.

—Así es, señores... Con estos ojos que se los va a comer la tierra, lo he visto. Canta el gallo y sale el Sol.

—No sea tonta, vecina, ¿cómo se le ocurre que... ?

—Tonta serás tú que no entiendes cómo funciona el mundo. Ni tienes fe.

—¡Qué cabeza tan dura!... ¡Sabe qué, señora?... ¡Quiere convencerse de su error?... Váyase del pueblo y llévese a su gallo... ¡a ver si no amanece!

—Pues sí, me voy a ir. Me voy de este pueblo incrédulo. Arréglenselas como puedan cuando mañana se queden a oscuras... ¡A oscuras para siempre!

Dicho y hecho. La anciana se fue ese mismo día a vivir lejos, a un pueblo que quedaba a bastantes millas de la aldea donde había nacido.

Al día siguiente, en el nuevo pueblo, el gallo se puso a cantar bien temprano. Y un poco más tarde, comenzó a salir el Sol por el horizonte.

—¡Ya ven?... ¡Y todavía no se convencen?... El Sol sale ahora aquí, en este pueblo, porque aquí está el gallo.

Lo único que le extrañó a la anciana fue que sus antiguos vecinos nunca acudieron a rogarle que regresara al pueblo acompañada de su gallo.

—¡Bahhh!, por testarudos, por ignorantes. En fin, ellos se lo buscaron. Quisieron quedarse sin Sol, sin luz... ¡problema de ellos!





¡Ay, señora, mi vecina!

Nicolás Guillén

¡Ay, señora, mi vecina,
se me murió la gallina!

Con su cresta colorada
y el traje amarillo entero,
ya no la veré ataviada,
paseando en el gallinero,
pues señora mi vecina,
se me murió la gallina
domingo de madrugada;
sí, señora mi vecina,
domingo de madrugada.

¡Míreme usted cómo sudo,
con el corral enlutado
y el gallo viudo!

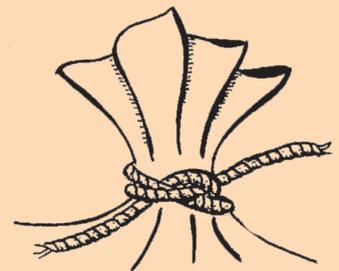
¡Míreme usted cómo lloro,
con el pecho destrozado
y el gallo a coro!

¡Ay, señora, mi vecina,
cómo no voy a llorar
si se murió mi gallina!



Nudo corredizo

Se hace primero un
nudo simple y luego
se pasa la punta por
entre el nudo.



Nudo molinero

Esta es una aplicación
del nudo en forma de
ocho. Tiene la parti-
cularidad de quedar
plano con respecto
a lo que vayamos a
sujetar.

puedo hacerlo en casa

En los días especiales, amigos y vecinos se juntan para celebrar. Entre todos se organiza la comida, los juegos, la música y las demás actividades que nos hacen pasar momentos felices.

Adornar el camino, la casa, la escuela es darle vida a las fiestas. Hay muchas formas fáciles y divertidas de hacerlo.

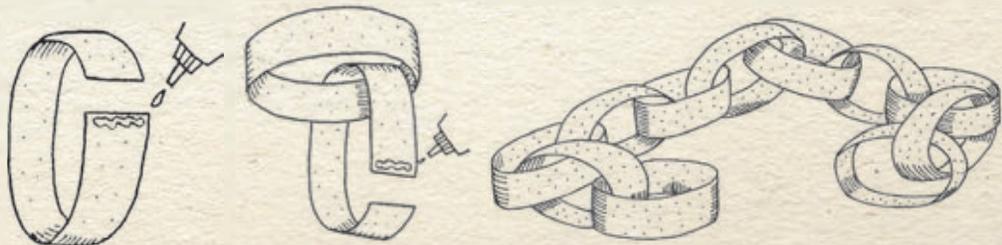


Cadenas de papel

Las cadenas de papel son muy importantes en las fiestas. Con ellas se pueden decorar los corredores colgándolas entre los pilares, poniéndolas en el umbral de la puerta, para dar la bienvenida a los invitados, o a lo ancho del camino, para alegrar el paso.

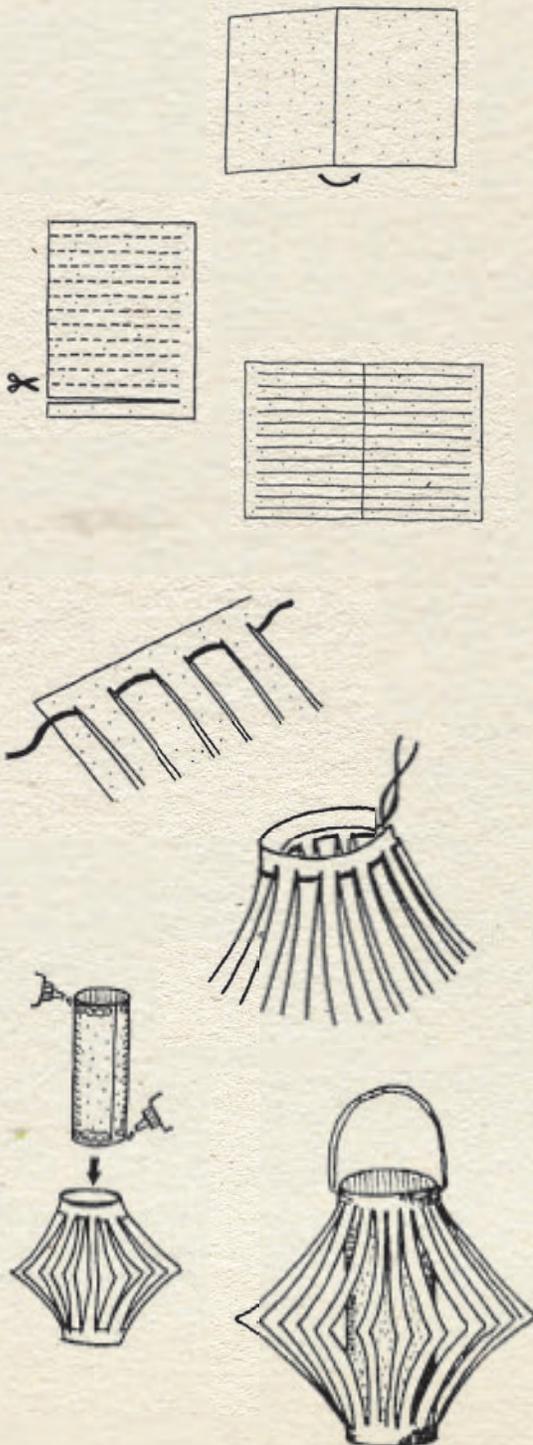
Para hacerlas, sólo se necesitan papeles de colores (se pueden reutilizar papeles o cartones de empaques), tijeras y pegante o engrudo.

Se recorta el papel en tiras de tres dedos de ancho (4 centímetros) por una cuarta y media de largo (25 centímetros). Se toma la primera tira y se pegan sus extremos, para formar el primer eslabón de la cadena. Luego engancha otra tira en este primer eslabón y de nuevo pega los extremos. Repite la misma operación con todas las tiras recortadas y tendrás una cadena tan grande como la necesites.



Farolitos

Los faroles pueden servir para adornar la casa o, colocándoles una vela o bombillo adentro, para iluminar en las noches. Para hacer un farol, sólo necesitas cartulina, tijeras, hilo, lápiz y pegante.



1. Recorta en la cartulina un rectángulo de 30 x 20 centímetros aproximadamente y dóblalo por el medio.

2. Traza líneas horizontales, a la misma distancia una de otra, dejando al borde un margen de un centímetro y recorta los trazos.

3. Pasa por el extremo el hilo, tejiendo una sí, una no. Ata las que queden en el interior hacia el centro del cilindro.

4. Pega los bordes a un tubo de cartón (el del papel higiénico) formando el farol.

Sillas

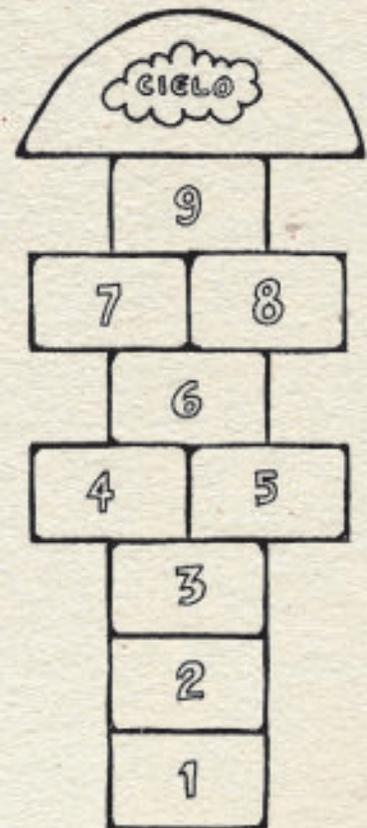
Se disponen tantas sillas como participantes haya, menos una. Se disponen las sillas en círculo o bien juntas, respaldo contra respaldo, en el centro de la habitación.

Una persona pone una pieza de música y empieza el juego. Todos comienzan a dar vueltas alrededor de las sillas. Cuando se detiene la música, todos deben sentarse en la silla que tengan más cerca. Pierde la persona que no logre sentarse en una silla y sale del juego. Se retira también una silla. Suena de nuevo la música y todo comienza de nuevo.

La golosa

Es uno de los juegos más conocidos en todo el mundo. No se sabe de donde viene, pero según versiones que se conocen, fue inventada por un monje español, que quería simbolizar en este juego el comienzo de la vida, con sus dificultades y alternativas. Rayuela se le dice en muchas partes del mundo

Existen en el mundo numerosas variantes de este juego, pero todas tienen algo en común: se avanza sobre casillas dando saltos en un solo pie y se utiliza una piedrita o semilla, que es lanzada por cada jugador, en orden a cada una de las casillas hasta llegar al cielo.



Quemado o ponchado

Es un juego de grupo ideal para jugar en paseos o fiestas comunitarias. Solo se necesita una pelota. Para jugar, se conforman dos equipos que tengan el mismo número de jugadores. Se demarca una cancha con una raya en el centro.

Cada equipo, por turnos, sin cruzar la raya, debe tratar de “ponchar” -pegarle con la pelota- a algún integrante del otro equipo. Si un jugador es ponchado, se retira del juego. Gana el equipo que quede con más jugadores.

Pañuelito

También es un juego de grupo. Para jugarlo, se conforman dos equipos que tengan el mismo número de personas, y a cada una de ellas se le pone un número. En cada equipo debe haber alguien con el número uno, y alguien con el número dos, y así sucesivamente hasta numerar los dos equipos. En la mitad de la cancha y a la misma distancia de cada equipo, se pone un pañuelo en el piso. Una persona hace de árbitro y dirige el juego. El árbitro grita un número cualquiera. Los dos jugadores que tienen este número salen corriendo en busca del pañuelo. Gana quien logre llegar al punto de partida con el pañuelo sin que el contrincante lo alcance y lo toque. Se juega de nuevo con otros números y cada ganador da un punto a su equipo.



Carreras de encostalados

Es éste un juego típico de las fiestas populares, en el que pueden intervenir, tanto los pequeños como los mayores. Tan sólo se necesita un buen costal por cada jugador, sentido del equilibrio y, sobre todo, sentido del humor, para encajar con ánimo alegre las posibles caídas.

Puede haber tantos participantes como sacos disponibles, según el ancho de la pista. Ésta deberá ser blanda, de tierra o de hierba, preferiblemente. Los jugadores se sitúan en la línea de partida, listos para comenzar la carrera. El árbitro da la señal de largada y los jugadores comienzan a brincar y a caerse, para tratar de alcanzar la meta.



Gallinita ciega

Quien hace de Gallinita ciega trata de encontrar, con los ojos tapados con un pañuelo, a alguna de las personas del grupo, utilizando el sentido del tacto.

Cuanto más jugadores participen, mejor. Los jugadores, cogidos de la mano, formarán un círculo. Un participante se ubica en el centro del círculo con los ojos vendados, y ha de hacer todo lo posible para atrapar a alguien y descubrir su identidad.

Si la Gallinita ciega adivina o descubre la identidad del jugador que ha atrapado, esta persona será la próxima Gallinita ciega. Pero si no lo consigue, deberá seguir atrapando personas, para tratar de adivinar su identidad.



Chucha congelada

Hay un perseguidor y los demás participantes del juego corren para no dejarse tocar. El perseguidor debe correr para alcanzar a alguien y tocarlo para que quede “congelado”. Si el perseguidor logra “congelar” a todos, gana el juego. Pero es difícil que lo logre, pues una persona “congelada” puede ser “descongelada” por cualquier otro jugador que la toque. La persona “descongelada” sigue viva en el juego y corre para no dejarse “congelar” de nuevo.



Tiempo sin tiempo

Mario Benedetti

Preciso tiempo necesito ese tiempo
que otros dejan abandonado
porque les sobra o ya no saben
qué hacer con él
tiempo
en blanco
en rojo
en verde
hasta en castaño oscuro
no me importa el color
cándido tiempo
que yo pueda abrir
y cerrar como una puerta
tiempo para mirar un árbol
un farol para andar por el filo del descanso
para pensar qué bien hoy no es invierno
para morir un poco
y nacer enseguida
y para darme cuenta
y para darme cuerda
preciso tiempo el necesario para
chapotear unas horas en la vida
y para investigar por qué estoy triste
y acostumbrarme a mi esqueleto antiguo
tiempo para esconderme en el canto de un gallo
y para reaparecer en un relincho
y para estar al día
para estar a la noche
tiempo sin recato y sin reloj
vale decir preciso
o sea necesito
digamos me hace falta
tiempo sin tiempo.

Tres hermanos viven en una casa,
los tres se parecen, pero son diferentes.
El primero no está: ha de venir.
El segundo no está: se fue.
Sólo está el tercero, menor de todos,
sin él, no existen los otros dos.
Aún así, el tercero sólo existe
porque el primero se convierte en segundo,
y si quieres mirarlo,
no veras más que a otro de sus hermanos.
Dime pues, ¿los tres son uno?, ¿o solo dos?,
¿o ninguno?

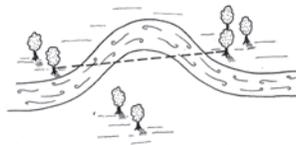
Michael Ende



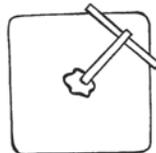


Soluciones

- * La hija del carpintero es la mujer del herrero.
- * Un saco lleno de huecos pesa menos.
- * El padre de Juan es el de la foto.
- * Puertas y ventanas fueron un gran invento de la humanidad.
- * Primero el hombre cruzó al pato, después volvió y cruzó al zorro. Dejó al zorro...y siga usted la ruta de don José.
- * Para cruzar el río el hombre necesitó una soga.



- * Así lleva don José comida a sus patos todas las mañanas.





TITA MAYA

Nació en Medellín, Colombia, un 16 de diciembre al amanecer. Estudió Música en el Conservatorio de la Universidad de Antioquia y realizó cursos de pedagogía en Salzburgo, Austria, y Madrid, España. Ha dedicado toda su vida a la enseñanza. Escribe canciones para niños y hace cartillas de educación para maestros. Desde 2002 trabaja como Directora de la Fundación Secretos para Contar, donde ha realizado su sueño de trabajar con las familias del campo colombiano.



CAROLINA BERNAL

Nació en Medellín, Colombia, en 1975. Se graduó como Diseñadora Gráfica, en 1996, de la Universidad Pontificia Bolivariana. Ha hecho cursos de dibujo y pintura a lo largo de su vida. Estudió Dibujo e Ilustración en Barcelona, España, en 1999. Siempre ha trabajado en Colombia como ilustradora y diseñadora independiente. La mayoría de sus trabajos han sido ilustraciones para niños. Desde 2000, es profesora de Ilustración y Diseño.



Este libro pertenece
a la familia:

.....
.....
quien asistió a la entrega de los
libros Secretos para Contar

en :

el día:

Hoy, esta familia hace parte de la gran
red de lectores de Secretos para Contar

secretos para contar